Nada desde las tinieblas: Filosofía para extraviados

Desde Grecia hasta la Nueva España

NUSQUAM TENEBRÆ.



Miguel Ángel Martínez Barrada (Puebla, 1985) es doctor en literatura hispanoamericana. Académicamente se desempeña como docente de literatura y filosofía en nivel superior. Su obra escrita consiste en artículos de investigación, columnas periodísticas y libros de poesía y ensayo. En lo profesional, se dedica a la edición, diseño y maquetación de libros y revistas bajo el sello editorial "El mundo iluminado".

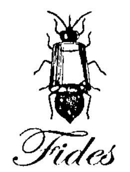
Nada desde las tinieblas: Filosofía para extraviados

Desde Grecia hasta la Nueva España

MIGUEL ÁNGEL MARTÍNEZ BARRADAS







Nada desde las tinieblas: Filosofía para extraviados. Desde Grecia hasta la Nueva España

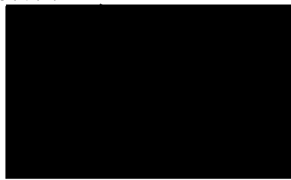
Esta obra fue sometida a un riguroso proceso de dictaminación por pares académicos siguiendo el método de doble ciego conforme a las disposiciones de la Coordinación Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Primera edición: agosto 2023.

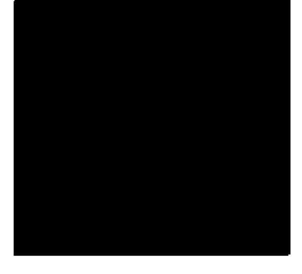
Facultad de Filosofía y Letras. Avenida Don Juan de Palafox y Mendoza 219, altos,
Col. Centro Histórico, C. P. 72000.
Tel: (222) 229 55 00 ext: 5425, 3539, 5426, 5429 y 5439.

Edición y producción: Fides Ediciones
Coordinación editorial de la FFyL y BUAP: Araceli Toledo Olivar

fides.ediciones@gmail.com
www.fidesediciones.com.mx



ISBN: 978-607-59618-7-3



Impreso en México.

CONTENIDO

CAPÍTULO II
EDAD MEDIA, RENACIMIENTO Y NUEVA ESPAÑA

PRÓLOGO

Cuando el príncipe Edipo salió del reino de Corinto para pasar al de Tebas se encontró con una enorme esfinge[1] custodiando la frontera. Este monstruo era conocido por hacer preguntas enigmáticas a los viajeros que tenían intenciones de entrar o salir del reino de Tebas, si la respuesta al enigma era correcta, la esfinge les permitía seguir con su camino, pero en caso de ser equivocada, los asesinaba; sin embargo, lo cierto era que desde que la diosa Hera había colocado a la esfinge en la frontera para castigar la impiedad del reino de Tebas, nadie había sido capaz de responder certeramente a ningún enigma. El mito narra que la buena fortuna de la esfinge se terminó cuando un viajero de nombre Edipo atinó a la respuesta del enigma, acontecimiento que ocasionó un episodio de locura en ella, mismo que la orilló a suicidarse lanzándose de un peñasco. El enigma que la esfinge le lanzó a Edipo fue el siguiente: ¿Quién tiene una sola voz y viene en cuatro pies, en dos pies y en tres pies?[2] La respuesta fue: el hombre[3].

---

[1] Se desconoce la etimología precisa de la palabra "esfinge", las hipótesis apuntan a que vendría del griego Σφίγξ (la pronunciación aproximada sería: sphinx"), que significa "apretar" o "estrangular".

[2] En la *Biblioteca mitológica* de Apolodoro podemos leer el enigma en griego: τί ἐστιν ὃ μίαν ἔχον φωνὴν τετράπουν καὶ δίπουν καὶ τρίπουν γίνεται (la pronunciación aproximada sería: "Ti estin ho mian ekhon phōnēn tetrapoun kai dipoun kai tripoun ginetai?") En cuanto a las funciones gramaticales del enigma, sin profundizar demasiado, tendríamos: τί ἐστιν (¿Quién es?); ὃ μίαν (una); ἔχον (tiene) φωνὴν (voz); τετράπουν (cuatro pies); καὶ (y); δίπουν (dos pies); καὶ (y); τρίπουν (tres pies); γίνεται (viene / llegar a ser).

[3] Edipo responde: ἀνθρωπος (la pronunciación aproximada sería: ántropos). Este sustantivo no es genérico, sino de especie, por lo que su significado es: "el ser humano". De igual

Si bien es fácil de deducir por qué la esfinge menciona que el hombre camina en cuatro pies, luego en dos y al final en tres[4], no es tan claro el asunto de la voz. ¿Qué quiere decirnos la esfinge con aquello de que tenemos una sola voz? A priori, podríamos afirmar que la voz es la esencia del ser humano, aquello que se mantiene invariable a pesar del paso del tiempo y de la vivencia de las incontables experiencias cotidianas. La voz podría entenderse como "el alma", si es que consideramos posible la realidad metafísica, o podríamos aceptar a la voz como "el ser", así, sin entrar en detalles; de tal suerte que esa "voz" que siempre nos acompaña es a lo que le debemos el quiénes somos; sin embargo, el hecho de que poseamos esta "voz" no quiere decir que la entendamos, ni siquiera que seamos conscientes de su existencia, por lo que es posible incluso llegar a la tercera etapa de la vida y morir, sin que nos hayamos enterado de quiénes somos.

El asunto de la "voz" en el enigma de la esfinge es complejo porque implica la noción del "yo"; ¿quién soy?, ¿por qué soy así?, ¿puedo cambiar? Realmente, cuando Edipo resolvió el enigma únicamente lo hizo en su parte más simple: la de las edades del hombre, pero no en la más compleja: la del yo, ¿qué es esa voz? Y podemos afirmar con toda certeza que si la esfinge le hubiera preguntado a Edipo "¿quién eres?", el joven príncipe habría fallado en su respuesta y perecido, por tanto, en las garras y fauces del terrible monstruo.

En la mitología la esfinge fue colocada por la diosa Hera en la frontera de dos ciudades, pero simbólicamente podríamos considerar que ella es aquel aspecto de nosotros mismos que en todo momento nos está empujando a hacernos diversas preguntas, sean éstas en su sentido coloquial y superficial, o filosófico y profundo. La esfinge es símbolo del pensamiento y, por ello, es que siempre está atormentando a los hombres con preguntas, con palabras, con ideas, con conceptos y definiciones, tal y como lo hace la esfinge que cada quien lleva en su

---

manera, cuando en lo sucesivo me refiero al "hombre", lo hago en la misma relación etimológica de especie y no de género, entendiendo a "hombre" desde su raíz latina *homine*, que significa "tierra" (en latín *humus*) y que implica tanto a varones como a mujeres.

[4] Se refiere a las tres etapas de la vida humana: infancia (gatear), madurez (caminar) y vejez (avanzar con un bastón).

pensamiento y que resulta imposible acallar, pues el pensamiento nunca cesa de producir "ruido".

El tema de la voz está ligado al de la vocación, es decir, al de saber qué queremos hacer en nuestra vida. La palabra "vocación" viene del latín *vocare* y significa "llamado". La vocación es, entonces, el llamado que la vida nos hace para que hagamos aquello en lo que consideramos que tenemos una destreza considerable; la vocación es la voz que cada uno posee y que, como en el enigma de la esfinge, se mantiene invariable a lo largo de la vida. Descubrir la voz propia no es sencillo y tampoco es posible hacerlo desde una edad temprana, por lo que resulta ridículo que a los jóvenes se les exija que sean conscientes de su elección vocacional, pues, ¿cómo podrían saber qué quieren hacer en la vida cuando ni siquiera son conscientes de lo que la vida implica? Generalmente, la vocación se confunde con "el gusto", es decir, se tiene la idea equivocada de que la vocación es lo que a uno en determinado momento le gusta; sin embargo, a diferencia de la voz de la que habla la esfinge en su enigma, el gusto es variable, cambia con la edad, con las circunstancias y con las experiencias, mientras que la voz, es aquello que nos hace ser, se mantiene; por lo que se abre la pregunta: ¿hasta qué punto es posible pedirle a la juventud claridad en su vocación (en su propia voz) cuando la mayoría de los adultos están perdidos e insatisfechos con sus decisiones? Y para quien se pregunte cómo podemos dar testimonio de esta insatisfacción generalizada, que revise el incremento en los índices de violencia, de ansiedad, de angustia y depresión, que no son más que los síntomas de una sociedad conformada por individuos que no han sido capaces de resolver la parte más compleja del enigma: la de la voz.

¿Cómo encontrar la voz propia? Sencillamente, viviendo, pero, además, reflexionando en aquello que se vive. Solemos tener la equivocada idea de que todos, por el simple hecho de poseer un cerebro, somos capaces de pensar, pero no es así. Todos tenemos ideas, algunas mejores, otras peores, pero tener ideas no es lo mismo que pensar en las ideas. El pensamiento es la esfinge del mito edípico, pero esta esfinge debe de ser educada, pues de no hacerlo, nos sentiremos constantemente afligidos y asfixiados por los pensamientos desordenados. Aprender a pensar es aprender a poner orden en las ideas, el cual se manifiesta en el ordenamiento de la vida misma. Aprender a pensar es aprender a utilizar un método para razonar, es aceptar que nuestras ideas deben de ser contrastadas con otras

a fin de mejorarlas o incluso de suprimirlas, si es que son equivocadas. Aprender a pensar es estar dispuestos a elevarnos más allá de la simple animalidad que nos constituye para depositarnos en el sitial de la inteligencia, de la propia voz.

Dicho lo anterior, ¿podemos afirmar que sabemos pensar?, ¿tienen nuestras ideas orden y método o estamos a expensas del desorden y de los impulsos animales? y en caso de que sí sepamos pensar, ¿hemos hallado nuestra propia voz? El descubrimiento de la propia voz está íntimamente ligado con el conocimiento de uno mismo; conocerse es descubrir la inmutable voz de la que habla la esfinge, voz que es al mismo tiempo un llamado, una vocación. La voz del autoconocimiento es inaudible, pero perceptible y no es necesario que nos conozcamos del todo para notar los efectos útiles de la empresa que implica el autodescubrimiento, entre los que podríamos destacar la manifestación del orden como el más relevante. Quien decide conocerse a sí mismo, como decía el antiguo oráculo griego de Delfos, conocerá al universo.

Casi nadie se conoce a sí mismo y casi todos son inconscientes de este desconocimiento. La mayoría de las personas cree que se conoce, pero no es así, pues confunden lo que en realidad son (su voz) con lo que les han dicho que son: el nombre propio, el sexo, la nacionalidad, la profesión, los gustos y las creencias. Conocerse a sí mismo es una labor fundamental para la que la mayoría de las personas "no tiene tiempo" –lo tienen, pero lo malgastan– y son realmente pocos los individuos que se han detenido a autoexaminarse y a renunciar a los dogmas, ideas y creencias que desde la infancia recibieron. La muestra de que somos incapaces de decir quiénes somos es que no podemos definirnos sin recurrir a los espejismos mencionados: el nombre propio, el sexo, la nacionalidad, la profesión, los gustos y las creencias. ¿Pues qué son los anteriores, sino las partes de un disfraz que nos impusieron y que ciegamente aceptamos?

El conocimiento de uno mismo y, por ende, del universo sólo es posible mediante el desarrollo del pensamiento filosófico, es decir, del entrenamiento constante e implacable de la esfinge que tantas ideas desordenadas nos instiga. La filosofía es el "amor a la sabiduría", pero también es "la madre de todas las ciencias", como coloquialmente se dice, pues es gracias a ella que aprendemos a pensar, a ordenar nuestras ideas, a reflexionar metódicamente. La base del pensamiento filosófico está en la duda, por lo que basta una sola pregunta para que la filosofía sea una posibilidad. La filosofía no consiste en dudar por dudar, la filosofía no

es la pregunta vana y superflua, sino el cuestionamiento sincero y profundo de lo que acontece a nuestro alrededor, de lo que nuestros sentidos captan, así como de las imágenes y representaciones que nos formamos a partir de nuestro contacto con el mundo y con el otro. La filosofía no inició en un lugar en específico, ni le pertenece a ninguna civilización en concreto, pues en donde hay una duda sincera, ahí estará la filosofía; sin embargo, lo que sí le pertenece a ciertas civilizaciones y grupos sociales es la manera en la que han hecho filosofía, tal es el caso de los griegos quienes, para el caso de nosotros los occidentales, son la piedra fundacional de nuestro pensamiento sistematizado, pues fueron ellos quienes se preguntaron sobre las propiedades y funcionamiento del mundo físico (la naturaleza), sobre las propiedades y funcionamiento del mundo metafísico (el espíritu y lo sagrado) y las propiedades y funcionamientos de las convenciones sociales (la vida íntima del hombre). Mundo, espíritu y hombre son las tres dimensiones inagotables que la filosofía aborda con miras a un sólo fin: el descubrimiento de la voz propia, de la Verdad.

Los primeros filósofos griegos estuvieron interesados en el mundo físico, así que se preguntaron sobre el movimiento de los astros, las combinaciones de los elementos de la naturaleza, la composición de la materia y la posible o no intervención de los dioses en ésta, estos primeros filósofos casi no pensaron en las estructuras sociales, pues primero había que comprender el orden del mundo del que formaban parte. Con la llegada de Sócrates, la filosofía tomó un nuevo rumbo. Los pensadores no sólo consideraban fundamentales las cuestiones sociales –aquí es en donde la política adquiere una forma semejante a la actual–, sino que también las del espíritu, de ahí que la doctrina de Platón que fue discípulo de Sócrates– haga tanto énfasis en el origen, desarrollo y finalidad del alma; estos postulados sobre lo eterno y lo sagrado constituirán el fundamento del monoteísmo cristiano que siglos después se erigirá como la norma. Pero a la vez que la filosofía platónica centraba su discurso en las regiones etéreas, Aristóteles –que fue discípulo de Platón– abría una nueva vertiente para el pensamiento filosófico: la del estudio de la naturaleza –como los antiguos–, pero ligada a la ética, a la razón y a la virtud. En estos tres filósofos que existieron casi al mismo tiempo (Sócrates, Platón y Aristóteles) se fundamentan prácticamente todas las ideas y creencias de la cultura occidental.

En un inicio, en la antigua Grecia los límites entre la literatura y la filosofía no estaban claramente delimitados, de hecho, sería posible afirmar que la literatura y la filosofía eran diferentes caras de un mismo cuerpo poliédrico que con el paso de los siglos fue segmentándose hasta el punto en el que la literatura y la filosofía pasaron a representar disciplinas si no opuestas, al menos, diferentes, pues mientras que la literatura perseguía la ficción, la filosofía iba en busca de la Verdad, o al menos así podría afirmarse sin entrar en detalles. Esta convivencia armónica entre la literatura y la filosofía que detectamos con los griegos antiguos es lo que explica que los diálogos platónicos nos parezcan, hasta cierto punto, semejantes a un cuento y que los cuentos de Jorge Luis Borges; por ejemplo, nos parezcan hasta cierto punto filosofía. La literatura y la filosofía al poseer la misma materia prima (el lenguaje) no buscaban distanciarse y, por ello, es posible leer *La Ilíada*, de Homero, *La naturaleza de las cosas*, de Lucrecio, *La República*, de Platón, y *La Ética*, de Aristóteles, con la impresión de cada uno de estos textos es, hasta cierto punto, el mismo, pero presentado desde una cara distinta de la poliédrica figura que el lenguaje representa y que invariablemente nos habla siempre de lo mismo: la condición humana.

Podríamos afirmar, sin temor a errar, que la principal diferencia entre la filosofía y la literatura es que la primera está llena de preguntas, mientras que la segunda, de respuestas. La filosofía tiene un interés particular por cuestionar todo, mientras que la literatura se deleita en la imprudencia de responder todo, sin embargo, hay un punto en el que a pesar de los más de dos mil años que nos alejan de la antigua Grecia, la filosofía y la literatura permanecen hermanadas y es en esta frontera, en la que la esfinge de Edipo se niega a desaparecer, en donde *Nada desde las tinieblas: Filosofía para extraviados* encuentra su posibilidad de realización. El título de esta obra está pensado a partir de una afirmación del filósofo Karl Popper[5] que dice que puesto que un intelectual tiene el privilegio

[5] El texto dedicado a Popper, el lector lo encontrará en el último capítulo de este libro. Cabe destacar, además, que en un inicio se tenía pensado utilizar la expresión "Nada desde las tinieblas" en su lengua original: el latín (*Nusquam tenebrae*), sin embargo, y apelando a las palabras de Popper, es que se decidió utilizar en su traducción al español, pues de lo contrario, el lector podría tener dificultades en el esclarecimiento y compren-

de estudiar, adquiere el compromiso de devolver a la sociedad de un modo simple, claro y modesto los frutos de su estudio, y es que cuántas veces no hemos sido testigos de intelectuales que para dar muestra de su "inteligencia" expresan sus ideas de un modo tan enredado y artificial que termina siendo semejante a que si no hubieran dicho palabra alguna.

Nada desde las tinieblas: Filosofía para extraviados se compone de cuatro capítulos[6] en los que, de manera cronológica, se exponen de manera simple, clara y modesta –nada desde las tinieblas– las principales ideas, conceptos y teorías de la filosofía y que de alguna manera mantienen un vínculo con la literatura. En el primer capítulo, el cuál es el más extenso por ser el fundamento de nuestra cultura occidental, se estudian a los filósofos de la antigüedad grecolatina; en el segundo, el recorrido filosófico abarca a la Edad Media, al Renacimiento y a la Nueva España; en el tercero, se abordan las ideas filosóficas de la modernidad; mientras que en el cuarto capítulo y último, se reflexiona a partir de las ideas de

---

sión de la expresión, lo cual iría en contra del propósito de la presente obra. La expresión *Nusquam tenebrae* (literalmente: "En ninguna parte tinieblas") aparece en una colección de los *Salmos* que fueron traducidos al alemán, en 1675, musicalizados y acompañados de emblemas, bajo el título: *Lust und Arzneigarten des Königlichen Propheten Davids* (traducido, el título sería: *Lujuria y jardines medicinales del Real Profeta David*), de Hieronymus Kradenthaller, Wolf Helmhardt von Hohberg; en esta obra, el emblema "Nusquam tenebrae" se encuentra en el folio 490. Esta obra se publicó nuevamente en 1680 con el título *Die Mit Teutschen Saiten überzogene, Heilige Kron-Harffe; Oder Verfassung des gantzen Psalter Davids in Teutsche Reim* (traducido, el título sería: *El Arpa de la Santa Corona cubierta con cuerdas alemanas; O composición de todo el Salterio David en rima alemana*), de Wolfgang Helmhard Freiherr von Hohberg; en esta obra, el mencionado emblema "Nusquam tenebrae" también está en el folio 490. En este punto, agradezco al maestro y latinista, Alexis Hellmer Villalobos, su intervención y ayuda en el rastreo de las dos obras anteriormente mencionadas.

[6] Si bien la presente obra fue concebida de manera integral, la extensión de la misma hizo necesario dividirla en dos volúmenes. En el presente, que es el primero, se incluyen las épocas clásica grecolatina, el medioevo, el Renacimiento y la Nueva España. El segundo volumen contiene los análisis correspondientes al periodo de la modernidad y de la posmodernidad.

nuestros tiempos. Se tiene la plena consciencia de que en este recorrido por la historia de las ideas son muchos los filósofos y literatos que quedaron fuera, sin embargo, lo esencial, lo que es verdaderamente necesario para la vida humana, está incluido y todo lo que el lector considere como esencial y ausente se deberá al mismo criterio que permitió darle forma a esta obra: el de la subjetividad.

Socialmente, se tiene la equivocada idea de que la filosofía es compleja y esto se debe a que muchos de los académicos han fallado en aquello que Karl R. Popper menciona con respecto a la simpleza, claridad y modestia en la exposición de las ideas. Si las personas hoy no se acercan a la filosofía, se debe en parte a que la lucha en contra de todo aquello que favorezca al ocio es compleja, no importando que el ocio deleite al inicio y fastidie al final, pero también a que quienes son los responsables de la enseñanza de la filosofía, en su afán por erigirse como los grandes intelectuales y académicos de la sociedad, no hacen sino entorpecer el camino de quienes están extraviados en el conocimiento de sí mismos y en el encuentro de su propia voz.

Puesto que Edipo en verdad nunca venció a la esfinge, es que ésta nuevamente aparece para asfixiarnos en pensamientos desordenados, pero también para custodiar la frontera que pocos están dispuestos a cruzar, pues ello implicaría la renuncia a todo lo que durante años han creído: la frontera que separa a la ignorancia de la sabiduría, la que excluye a las tinieblas de la luz y la que regresa nuevamente al camino filosófico a todos aquellos que, por desconocer su propia voz, se encuentran extraviados.

CAPÍTULO I. ANTIGÜEDAD CLÁSICA

HOMERO: INTRODUCCIÓN A OCCIDENTE[7]

Μῆνιν ἄειδε θεὰ Πηληϊάδεω Ἀχιλῆος[8] [Canta, oh Diosa, la cólera del Pélida Aquiles]". La cólera, la ira, el enojo es el origen de todos los actos del Pélida Aquiles, semidiós hijo del rey Peleo y de la ninfa marítima Tetis. "Menin", la ira, la cólera, el impulso homicida que mueve a Aquiles a exterminar al otro, a vestir su armadura, a correr con pies ligeros a la velocidad del rayo y penetrar, con su cruenta espada, los pechos temerosos de sus semejantes.

La Ilíada es un poema épico, una epopeya griega compuesta por Homero en el año 750 a. C. cuyo tema es la cólera de Aquiles. La historia sucede en las costas de Troya, donde los aqueos (los griegos) se han instalado para tomar la ciudad amurallada; no ha sido una guerra sencilla, han pasado diez años desde que las tropas aqueas encallaron en las playas de lo que hoy es Turquía y la desesperación, el aburrimiento y una mortal peste asola a los compañeros del Pélida. El líder de los invasores griegos es Agamenón, quien por un acto de soberbia y tiranía se ha apropiado del tesoro de Aquiles: una mujer llamada Briseida; tal arrebato es el motivo de la ira del semidiós.

---

[7] Aunque se carecen de datos fidedignos, se calcula que Homero existió alrededor del siglo VIII a. C. Sus poemas épicos *La Ilíada* y *La Odisea* son considerados las primeras obras literarias de Occidente.

[8] La pronunciación aproximada sería: "Menin aeide, thea, Peleiadeo Achileos". Este verso dactílico es el primero de *La Ilíada*, de Homero.

Además de *La Ilíada*, Homero compuso otro poema épico llamado *La Odisea*, en el que se narra el regreso de Odiseo (Ulises) a su reino en Ítaca. Odiseo pasó diez años peleando para conquistar Troya, y tardaría una década más para regresar a su casa, la cual encontrará amenazada por los pretendientes que quieren convertirse en reyes mediante la obtención de la mano de Penélope, soberana de Ítaca. Los primeros versos de este poema dicen: "Habla, Musa, de aquel hombre astuto que erró largo tiempo después de destruir el alcázar sagrado de Troya" (Homero, 1993: 97).

Ulises, como se le conoce en el mundo latino a Odiseo, destaca por una cualidad que los griegos llaman Μῆτις[9] y que podríamos traducir como "astucia" o "inteligencia". Él es hábil con las armas, domina como Aquiles la lanza, la espada y el escudo, sin embargo, es el arco su mejor extensión corporal para aniquilar a sus enemigos. No hay soldado humano que se le iguale, y si bien su paso por *La Ilíada* es casi inadvertido, en *La Odisea* será el personaje principal que no sólo cautivará los oídos del auditorio de su tiempo, sino aún de siglos posteriores y del nuestro.

La palabra "Ilíada" viene del griego Ιλιον[10], que era el nombre que los helenos le daban a esa ciudad, Troya se construyó por el rey Tros; en cambio, "Odisea" se desprende de "Odiseo" que significa "aquel que es hijo del odio", pues la mitología considera que el rey Sísifo, su padre, se dio a conocer por ser avaro y homicida, siendo castigado con la condena de subir una piedra a la cima de una montaña, la cual rueda cuesta abajo cuando está por llegar a la cumbre; la subida y caída de la piedra es eterna.

La Ilíada y *La Odisea* se consideran los primeros poemas épicos de Occidente, a partir de éstos surgen todas las demás expresiones literarias que conocemos hoy en día. Comprender que nuestra civilización occidental está cimentada en la ira de Aquiles y el odio de Ulises nos permitiría hacer conjeturas con respecto a la violencia de todos los días. Nuestra cultura occidental lleva en su esencia la semilla del crimen, y nuestra mexicanidad la ha absorbido y nutrido con la ex-

---

[9] Μῆτις: *Metis* (prudencia, astucia).

[10] Ιλιον: Ilión. El nombre deriva de "Ιλος", hijo de *Tros* (Τρώς), fundador mitológico de Troya.

presión del pueblo mexica, cuya sangre del sílex sobre la piedra del sacrificio llega, hoy en día, a los pies de ese Sísifo que encarnamos y que sueña con llegar a la cima sin que la roca de sus errores vuelva a rodar hacia el abismo.

Los imperios invisibles

Icario de Atenas fue, en la antigua Grecia, un sacerdote dedicado al culto de Dioniso, el dios de la ebriedad. De esta deidad, Icario aprendió a elaborar un vino sagrado, pues él era el copero de los dioses, y su ebriedad (sabiduría) era interminable y sagrada. Hecho el vino, lo escanció a cuantos pudo, y en cada uno de sus viajes por el mundo lo acompañaron su hija Erígone y su perra Mera. Icario fue hombre más de campo y menos de ciudad, así que, en una ocasión se encontró con unos pastores que le pidieron un poco de aquel vino sagrado del que todos ya habían escuchado. Icario vivía en una alegría inagotable y no necesitó de súplicas para compartir su fermentado a la primera petición. El sacerdote de Dioniso y los pastores comenzaron a beber, y el primero fue más feliz, pero los segundos, más desdichados, pues no comprendieron el Misterio que revestía al enigmático vino. Tan pronto como se sintieron ebrios, los pastores dedujeron que Icario los había envenenado y poseídos por una furia inhumana –la otra cara de lo sagrado es lo maldito– lo asesinaron y arrojaron por un peñasco.

Mera, la perra de Icario, no pudo impedir el crimen –los pastores eran numerosos y sostenían las filosas herramientas de su oficio– y tan pronto inició el homicidio de Icario, ella corrió a casa para llamar a Erígone, la hija del escanciador, quien tan pronto miró los ojos pavorosos de la canina, comprendió que su padre había bebido de la copa sagrada por última vez. Erígone y Mera llegaron al sitio del asesinato, el cuerpo de Icario no estaba, y en el suelo el rojo vino que escurría del odre viejo se mezclaba con la sangre del elegido por Dioniso. Erígone, incapaz de encontrar a su padre, subió a un árbol cercano, pero no para buscar desde sus alturas a su padre, sino para ahorcarse y alcanzarlo en el inframundo. Mera, por su lado, no descansó hasta encontrar el cuerpo de su amo, olfateó la sangre y siguió su rastro hasta donde desaparecía, en la orilla del peñasco, del que sin dudarlo ella se arrojó hacia las filosas rocas que terminaron con su vida y permitieron seguir guiando a Icario, pero ahora en la negra dimensión de los muertos.

La historia de Icario, narrada por Pseudo-Apolodoro[11], es rica en interpretaciones simbólicas por sus referencias a Dioniso, al vino, a Icario, a los pastores, a Erígone y a Mera, y surgen preguntas como: ¿por qué Icario, Erígone y Mera eran capaces de beber del vino de Dioniso, pero los pastores no? ¿Por qué los pastores interpretaron la manifestación de lo divino como veneno? ¿Por qué la ebriedad es sagrada y la sobriedad mundana? ¿Qué tan semejantes somos a esos pastores sobrios que vieron al vino como veneno? De todas estas preguntas, nos centraremos sólo en una: ¿por qué Mera, la perra, era capaz de beber vino y los pastores no?

La presencia de los perros en la literatura griega antigua, aunque se da en diversas obras, no es en el mismo sentido que en la historia de Icario, es decir, lejos de beber vino y de ser fieles compañeros como Mera, la mayoría de los perros son salvajes, comen cadáveres humanos, cazan, van a la guerra e incluso resguardan las tierras de sus dueños –incluido el inframundo, como sucede con el perro de tres cabezas llamado Cerbero–, pero nunca es posible vislumbrar en ellos la más mínima muestra de amor o de afecto hacia sus dueños. Mera es un caso único del imaginario canino griego por sus dotes humanas y divinas, y si fuera necesario buscarle un semejante, el único que se le podría aproximar sería Argos, el perro de Odiseo, protagonista de *La Odisea*, obra que en su capítulo XVII[12] relata el encuentro entre el héroe y su perro:

> [...] y un perro que estaba echado levantó la cabeza y las orejas, era Argos, el perro de Odiseo, al que en otro tiempo crió sin disfrutarlo, pues partió a la guerra de Troya. Argos yacía sin cuidados en abundante estiércol de ganado y lleno de piojos. Y en ese momento, al reconocer a su amo, lo saludó con el rabo y bajando las orejas, pero después ya no tuvo fuerzas, pues era viejo, y al reconocerlo, Odiseo se enjugó una lágrima. Un pastor que ahí estaba contó que Argos fue ligero y fuerte, incomparable, pero que

[11] Pseudo-Apolodoro, ubicado hacia el siglo I d. C., es autor de la Βιβλιοθήκη (*Biblioteca mitológica*), uno de los compendios de mitología más importantes de la antigüedad junto con el del romano Ovidio (*Las Metamorfósis*), y el del griego Heráclito (*Teogonía*), éste último es el más antiguo. Sobre la vida de Pseudo–Apolodoro no se sabe nada.

[12] El pasaje corresponde a los versos que van del 290 al 327 del mencionado capítulo.

> ahora era presa de la desgracia. Así diciendo, Odiseo entró a su casa para asesinar a los usurpadores de su reino, y a Argos, mientras tanto, se lo llevaba la negra muerte, pues había visto nuevamente a Odiseo después de veinte años (1993: 374).

Odiseo había estado fuera de su patria por veinte años. Conoció a Argos cuando éste era un cachorro, pero tuvo que dejarlo en Ítaca para ir a combatir en Troya. La guerra duró diez años, y pasaron otros diez antes de que pudiera regresar a su reino. Odiseo volvió veinte años después, pero, puesto que su reino había sido invadido, tuvo que entrar a Ítaca bajo un disfraz de mendigo elaborado por la mismísima diosa de la sabiduría, Atenea, disfraz que engañó a todos los hombres, pero no a Argos, quien lo reconoció al instante. ¿Por qué Argos, que sólo había visto a Odiseo en su vida de cachorro, fue capaz de reconocerlo? ¿Por qué no pudo ser engañado por el disfraz que las manos de la Sabiduría hicieron? ¿Por qué murió tan pronto como su amo regresó a casa?

Indudablemente los casos de Mera y de Argos son excepcionales en la literatura griega. Mera y Argos son ejemplos de fidelidad, pero también, de sacralidad, la primera por vivir embriagada con el vino de Dioniso y el segundo por haber vencido al disfraz elaborado por la diosa de la Sabiduría. En ambas historias, un tránsito al inframundo ocurre en estos perros. Mera se suicida para alcanzar a su amo en el Hades; y Argos se le adelanta a Odiseo para esperarlo, una vez más, en su próxima casa: la región de los muertos. ¿Cómo es que estos perros se relacionan con nosotros? La respuesta dependerá de si nos asemejamos a Icario en su embriaguez divina, o a Odiseo en su agobiante retorno a casa. El perro, en estos relatos griegos, es un símbolo de la animalidad que se humaniza, del vicio que se sublima a partir de la Revelación (el vino) o de la experiencia (la espera), y es representación de nuestro pronto descenso a los imperios invisibles.

Hesíodo: un hoyo en la arena[13]

San Agustín de Hipona[14] estaba en una playa de Argelia. Sus pies desnudos se enterraban en la arena. Los granos de la superficie cambiante, ínfimos e invisibles cuando aspiraban a su individualidad, ocultaban los pies del santo en el momento en que se convertían en una presencia colectiva y armónica. El místico, como sus pies, se hundía en sus pensamientos, y el mar, de gotas sin nombre, azotaba en la orilla rompiéndose; las olas eran el espejo de las ideas del asceta, quien, ensimismado, era incapaz de ver el prodigio que lo circundaba.

Un cuerpo acribillado flota en el mar de Grecia. ¿De qué no será testigo el inconmensurable observador mudo de barbas espumosas germinadas en la edad oscura de la teogonía? El cadáver es de Hesíodo[15], el poeta de la paz que, por escuchar al oráculo, viró su camino y encontró a la muerte en forma de una seductora mujer joven. Su cuerpo fue arrojado al agua por sus asesinos, y su sangre, intensificada por el sol que desde occidente baja a las profundidades del acuoso abismo, acrecienta la belleza del despojo. “Es imposible escapar del destino”[16], decían los antiguos.

La vida estacionaria frente al mar no es fortuita. Hesíodo nació en el año 700 a. C., y san Agustín lo haría mil años después, en el siglo IV. Y la búsqueda de la felicidad fue lo que llevó los pies de ambos hasta la playa. Los dos, el poeta y el santo, tenían su fe arraigada en un reino superior, en una dimensión más allá de toda posibilidad humana, y si viajaron al mar fue sencillamente porque éste es el símbolo más palpable que tenemos del infinito. Respecto a la obtención de la felicidad, Hesíodo nos dejó, en su obra *Los trabajos y los días*, estas palabras: “El

[13] Al filósofo Hesíodo lo ubicamos en el siglo VII a. C. Aunque algunos lo consideran el primer filósofo griego, también podríamos añadir que se trata del primer mitógrafo, es decir, el primer compilador de la mitología griega.

[14] Nacido y muerto entre los años 354 y 430.

[15] Se suele proponer que el poeta Hesíodo perteneció al siglo VIII a. C.

[16] La frase es anónima. En griego se escribe de la siguiente manera: τὸ πεπρωμένον φυγεῖν ἀδύνατον, y su pronunciación aproximada es: “Tò peprōménon phygeîn adýnaton”. Su aplicación se verá más adelante con Sófocles, autor de la tragedia *Edipo Rey*.

mejor de todos los hombres es el que por sí mismo comprende todas las cosas; es bueno, asimismo, el que hace caso al que bien le aconseja; pero el que ni comprende por sí mismo, ni lo que escucha a otro retiene en su mente, éste, en cambio, es un hombre inútil" (1978: 140)[17].

Para el poeta existe una relación natural entre felicidad y comprensión del mundo y, por lo tanto, también entre infelicidad e ignorancia. Saber nos hace libres; ignorar, esclavos.

San Agustín, en su obra *Confesiones*[18], entiende la felicidad en los mismos términos y pone a la verdad como el bien supremo:

> No es, pues, cierto que todos quieran ser felices, porque los que no quieren gozar de ti (Dios), que eres la única vida feliz, no quieren realmente la vida feliz. ¿O es acaso que todos la quieren, pero como la carne apetece contra el espíritu y el espíritu contra la carne para que no hagan lo que quieren, caen sobre lo que pueden y con ello se contentan? Porque, si yo pregunto a todos si por ventura querrían gozarse más de la verdad que de la falsedad, tan no dudarían en decir que querían más de la verdad cuanto no dudan en decir que quieren ser felices. La vida feliz es, pues, gozo de la verdad. [...] ¿Pero por qué los hombres no son felices? Porque se ocupan más intensamente en otras cosas que les hacen más bien miserables que felices con aquello que débilmente recuerdan. Pero todavía hay un poco de luz en los hombres: caminen, caminen; no se les echen encima las tinieblas (2010: 502-503).

El cuerpo de Hesíodo flotó durante días en el agua hasta que unos delfines lo rescataron y llevaron a una isla desconocida para ser sepultado. La muerte del poeta y su enigmático entierro no cambiaron el curso de los días. Por otra parte, en una playa de Argelia estaba san Agustín discerniendo en el misterio de la Sagrada Trinidad (la Verdad) cuando vio a un pequeño niño sacando agua del mar y depositándola en un reducido hoyo que había hecho en la arena. El asceta lo miró inmóvil hasta que su impaciencia lo hizo alcanzar al infante y preguntarle qué hacía:

---

[17] Los versos corresponden a los numerados entre el 293 y el 299.

[18] Específicamente, estas líneas están tomadas del Libro X, 23–33.

—Quiero meter todo el mar en este agujero.
San Agustín le respondió: —Eso es imposible.
—Pretender comprender la verdad también lo es; reviró el niño desapareciendo al instante.

Aristóteles afirma que la búsqueda de la felicidad es natural para el ser humano[19]. A la felicidad la conforman valores intangibles (el amor y el conocimiento) que son ajenos a la vida mundana (el dinero, la política y los honores). La felicidad nos otorga una libertad interior, la misma que poseyeron Agustín y Hesíodo hasta antes de desaparecer sin alterar el viaje de los astros. Nosotros, como el santo y el poeta, también somos insignificantes, también desapareceremos; hagamos un alto en nuestras vidas, abandonemos toda pretensión de querer poseerlo todo, de querer contener en nuestra pequeñez al inabarcable mar que se funde con el cielo, y vivamos ondeando la bandera del amor y del conocimiento, oponiéndonos al avance de las tinieblas que recubren la mortalidad de los egoístas y de los ignorantes.

Heráclito: todo fluye[20]

"Aun los que se bañan en los mismos ríos se bañan en diversas aguas. Y, cual vapores, se levantan de lo húmedo las almas"[21] (2012: 67). Este es quizá uno de los aforismos más recurrentes de Heráclito, el filósofo del siglo VI a. C. que consi-

[19] Todo el Libro I de Ética nicomaquea, Aristóteles lo dedica al análisis de lo que la felicidad representa para el ser humano. En la línea número 20 podemos leer: "... la felicidad es algo perfecto y suficiente, ya que es el fin de todos los actos" (1985: 141), lo anterior, el filósofo lo señala en el entendido de que, para todas las personas, la felicidad es lo más deseable de todo.

[20] Está ubicado entre los siglos V y VI a. C., y pertenece al grupo de los filósofos presocráticos, cuyo distintivo era su particular interés por el estudio de la naturaleza. Cabe recalcar que la etiqueta "presocráticos" no es tanto una marca de tiempo, sino de interés filosófico. Los presocráticos estudian a la naturaleza y los socráticos al hombre y a la sociedad, por ello es posible encontrar ejemplos de filósofos presocráticos que coexistieron con Sócrates.

[21] El proverbio de Heráclito ha sido tomado de la obra de Juan David García-Bacca.

deraba que el permanente cambio es lo que animaba al mundo; generación y regeneración, no creación. Por este motivo, Heráclito es incluido dentro de los filósofos griegos denominados "físicos" y, sin darle el crédito merecido, dentro de la lista de los tópicos literarios latinos, específicamente, en el *vita flumen*[22], que se podría traducir como "la vida es como un río que se va".

El tópico pasó a la Edad Media con Jorge Manrique, quien en sus *Coplas a la muerte de su padre* nos dice:

> Nuestras vidas son los ríos
> que van a dar en la mar,
> que es el morir;
> allí van los señoríos,
> derechos a se acabar
> y consumir;
> allí los ríos caudales,
> allí los otros medianos
> y más chicos;
> y llegados, son iguales
> los que viven por sus manos
> y los ricos (2016: 75-76).

Tanto en Heráclito de Éfeso como en Manrique, la impermanencia del estado físico y espiritual es el impulso del torrente natural y espiritual al que estamos sujetos.

---

[22] El tópico latino *Vita flumen* (la vida fluye), ha sido tomado de la supuesta expresión griega de Heráclito πάντα ρεῖ (panta rei), que podría traducirse como "todo fluye". Es el filósofo Platón quien la menciona en su *Critón* de la siguiente manera: "En algún sitio dice Heráclito «todo se mueve y nada permanece» y, comparando los seres con la corriente de un río, añade: «no podrías sumergirte dos veces en el mismo río»." (397) La frase griega que Platón emplea es πάντα χωρεῖ καὶ οὐδὲν μένει, y su traducción aproximada sería: "siempre permanece, pero nunca es el mismo".

Jorge Luis Borges, siglos después en una conferencia que llamó "Qué es la poesía", de lo ya citado, diría:

> Y aun para el mismo lector el mismo libro cambia, cabe agregar, ya que cambiamos, ya que somos (para volver a mi cita predilecta) el río de Heráclito, quien dijo que el hombre de ayer no es el hombre de hoy y el de hoy no será el de mañana. Cambiamos incesantemente y es dable afirmar que cada lectura de un libro, que cada relectura, cada recuerdo de esa relectura, renuevan el texto. También el texto es el cambiante río de Heráclito (1980: 61).

Para el argentino, el libro mismo es el río en el que nos sumergimos y salimos siendo otros, no mejores, simplemente diferentes.

Pero en el río hay una trampa y es su reflejo, Borges dice en un poema:

> Yo que sentí el horror de los espejos
> no sólo ante el cristal impenetrable
> donde acaba y empieza, inhabitable,
> un imposible espacio de reflejos
> sino ante el agua especular que imita
> el otro azul en su profundo cielo
> que a veces raya el ilusorio vuelo
> del ave inversa o que un temblor agita (1974: 814).

La metáfora está completa, hemos construido un abismo bicéfalo. Hacia arriba y abajo el horror de lo incognoscible se extiende hasta abarcarlo todo.

Los griegos, civilización prodigiosa que todo lo vio, dividieron el tiempo en tres deidades: Cronos, Aión y Kairós[23], el primero corresponde al tiempo convencional, el segundo al eterno y, el último, al instante, sólo él subvierte el destino de los mortales. El río encierra en su naturaleza y simbología los tres tiempos, pues en sus aguas irreversibles la vida se fuga, la eternidad se oculta, y la opor-

---

[23] La clasificación se ha tomado de la investigación realizada por Antonio Campillo, misma que puede consultarse en el apartado de "Referencias".

tunidad se asoma, a veces como un pez que rompe con nuestro reflejo y se nos ofrenda dentro de la cesta.

Si todo texto, específicamente todo poema, es un río no dudemos que dentro de sus márgenes se esconde un mal terrible. El Hades estaba dividido en siete ríos: Aqueronte (dolor), Cocito (lamentación), Erídano (enfermedad), Estigia (odio), Flegetonte (flamígero), Leteo (olvido), Mnemósine (memoria), y cada uno de estos era atravesado por las almas de los desencarnados. Los ríos, como la poesía, tienen un origen mitológico que sustenta a nuestra civilización, cuando leemos un poema nos abismamos en cada uno de los ríos clásicos.

En las *Sagradas Escrituras* también encontramos un hecho importante y relacionado con el río y es el bautismo de Jesús por Juan el Bautista. Jesús, acepta a Juan como maestro y le pide el bautismo, en ese momento la gracia del Espíritu Santo se hace presente y lo reconoce como "el hijo amado"[24]. A partir de entonces la historia de Occidente sería otra, pues hasta ahora, todavía nadamos en el río de sangre que mana de las heridas del autoproclamado Mesías.

Anaxágoras: por si acaso[25]

Todos tenemos miedo a morir, aunque este miedo es generalmente inconsciente. El miedo a la muerte se manifiesta de varias maneras, siendo las más habituales la vigilancia de lo que comemos, la práctica de una rutina física, el sometimiento a cirugías estéticas e, incluso, el uso de una vestimenta que denote un estilo actual. Por supuesto que podríamos argumentar que, en general, lo anterior tiene como finalidad el cuidado de la salud, sin embargo, la preservación de la salud no se hace por otra cuestión que no sea la prolongación de la vida y, por ende, el retraso de la muerte. Todos tenemos miedo a morir, es un miedo natural y único del ser humano, pues de todas las especies animales, la nuestra es la única que tiene consciencia de su final.

---

[24] La mención se halla en: *Mateo* 3.13-17; *Marcos*. 1:9-11 y *Lucas* 3:21-22

[25] Siglo IV a. C. Demostró un particular interés por el estudio de los astros.

Anaxágoras[26] fue un filósofo de la antigüedad griega que incluyó en su doctrina la palabra *nous*, la cual algunos traducen como "pensamiento" y otros, como "alma" o "espíritu". Anaxágoras fue un filósofo interesado en el estudio de la naturaleza, la cual, si está viva en algunas de sus partes, es gracias a que ha sido penetrada por el *nous*, que es la sustancia que también a nosotros nos anima. Entre las historias que se cuentan de este filósofo, se dice que cuando le dieron la noticia de la muerte de su hijo, misma que había ocurrido en situaciones terribles, él se limitó a decir: "siempre supe que había engendrado a un mortal" (1985: 311). Las palabras de Anaxágoras quizás podrían herir la susceptibilidad de algunos, pero no es errónea en su postulado. El hijo de Anaxágoras, como él y como nosotros, fue un mortal y como tal estaba destinado a fenecer en algún momento. ¿Por qué si nosotros y quienes nos rodean también habrán de morir debido al *nous* que nos anima, sentimos aflicción ante el final? ¿No es acaso la muerte tan natural como la vida? ¿No es cierto que tenemos consciencia de muerte?

El rechazo a nuestra mortalidad es la causa del aumento de casos de estrés, ansiedad y depresión en nuestros días. Esta negativa a la muerte es peligrosamente alentada por los medios de comunicación, los cuales diariamente buscan convencernos de los "beneficios" que nos podrían traer productos diseñados para el rejuvenecimiento, así como supuestas técnicas de medicina preventiva y/o ancestral, para cerciorarnos de que todo en nuestro organismo se encuentra en orden; sin embargo, lejos de que tengan efectos útiles la medicina preventiva, tal cual la presentan los medios de comunicación, y los productos rejuvenecedores resultan adversos sus efectos y se manifiestan en una enfermedad invisible que hoy nos asalta: la hipocondría.

Los griegos pensaban que los síntomas del cuerpo se manifestaban a través de vapores, también llamados humores[27]. En el caso de la preocupación, que era

---

[26] Aproximadamente, está fechado en el siglo V a. C.

[27] Fue el médico Hipócrates quien en el siglo IV o V a. C. introdujo la hipótesis de los cuatro humores que coexisten en el cuerpo (la sangre, la flema, la bilis amarilla y la bilis negra). De estos humores, decían los antiguos, dependen nuestros pensamientos y emociones, de ahí que en la actualidad se emplee la frase "malhumorado" para alguien que, por el desequilibrio de sus cuatro humores, se siente con enojo.

para ellos una enfermedad, ésta se manifestaba en la región abdominal superior lateral llamada "hipocondrio", y como era la fuente de la preocupación es que hoy a quienes se sienten preocupados por creer que están enfermos se les llama hipocondriacos. El hipocondríaco es una persona sana que se siente enferma y que busca, por todos los medios posibles, demostrar que está enferma hasta que llega un punto en el que verdaderamente su cuerpo se ve afectado, sintiéndose satisfecho con ello.. La hipocondría tiene muchas causas, pero al ser ésta una condición mental indudablemente queda determinada por condicionantes como la precariedad laboral, la inseguridad social, la muerte de quien se ama y la pobreza, o al menos así lo considera el médico Antonio Sitges–Serra, quien adoptó el oficio de la escritura para publicar su obra *Si puede, no vaya al médico*, y de la que podemos leer ideas como las que siguen:

> Los hipocondríacos no se quedan tranquilos a pesar de que un médico competente les diga que no tienen nada. No existen estadísticas fiables de la proporción de pacientes que acuden al médico solicitando análisis 'por si acaso' sin tener síntoma alguno, pero seguro que no es inferior al 15 o el 20 por ciento. [...] La hipocondría ha ido ganando terreno en una sociedad obsesionada por conseguir la vida eterna aquí y ahora (2020: 65).
> [...] La retórica preventiva nos ha enseñado a tener miedo de lo que comemos, bebemos y respiramos. El médico tiene miedo a equivocarse, a errar un diagnóstico, y la única forma de combatir su desazón es solicitar pruebas, a menudo innecesarias. [...] El miedo del médico retroalimenta al del paciente (p. 68).
> Que la hipocondría social es una gran oportunidad de negocio está fuera de toda duda (p. 72).
> [...] La medicalización de individuos asintomáticos con fines preventivos se está convirtiendo en un derroche de recursos sanitarios en beneficio de la industria y de los profesionales involucrados (p. 76).
> [...] La hipocondría social no se remediará con la medicalización masiva ni con revisiones periódicas, pues responde a un desasosiego cuya raíz profunda es nuestro rechazo a la muerte (p. 79).

La muerte, dice Sitges-Serra, es una responsabilidad de cada quien, no solamente la vida, por lo que no es prudente entregarnos a las manos de un sistema de

salud que principalmente vela por intereses económicos. No se cuestiona aquí la integridad ni la ética de los galenos ni de quienes los asisten, tan sólo se advierte de la facilidad con la que uno puede caer en la condición del hipocondríaco si llegase a confiar su condición física a los laboratorios y farmacéuticas, las cuales no viven de la buena salud de sus consumidores, sino de su permanente estado de enfermedad, aún cuando sea ésta imaginaria.

El padre de la medicina es el dios griego Asclepio, cuyo símbolo es un bastón con una serpiente. Esta vara representa a la salud, sin embargo, a veces en lugar de que las instituciones médicas usen la vara de Asclepio, por una suerte de confusión usan la de Hermes –que tiene dos serpientes– lo cual es erróneo, pues esta doble serpiente en la vara, que se llama "caduceo", es representativa de la economía. ¿Será lo anterior una confusión o una declaración descarada de que para algunos la medicina es un negocio? Considerando lo anterior, es tiempo de que confiemos en nuestro cuerpo y abandonemos la idea de medicarnos por si acaso.

SÓFOCLES: IMÁGENES Y SOMBRAS[28]

Fue una costumbre de algunas civilizaciones antiguas pensar profundamente en el nombre que recibirían los recién nacidos, pues éste determinaría su destino. Hoy no es así y la selección del nombre se ha vuelto una cuestión banal que muchas veces únicamente busca satisfacer los gustos y pulsiones particulares de los padres o perpetuar el nominativo que desde generaciones anteriores se ha repetido, privando a los recién llegados a este mundo de la oportunidad de poseer una identidad propia, libre de los vicios de su árbol genealógico.

Es arriesgado postular, como los antiguos, que el nombre encierra al destino, sin embargo, es al mismo tiempo innegable que el nombre, al ser una palabra, posee un significado, el cual, lo conozcamos o no, actúa sobre nosotros. Algunos

[28] Está datado en el siglo IV a. C. y junto con Esquilo y Eurípides es uno de los tres grandes poetas dramáticos de la antigua Grecia. Sófocles no inventó el mito de Edipo, pero sí lo retomó para la realización de su obra *Edipo Rey*, la cual utilizaría Sigmund Freud en el siglo XX para desarrollar su teoría del complejo de Edipo.

nombres son bellos tanto en su sonido y escritura, como en su significado; pero otros son más bien engañosos, pues aunque podrían ser agradables a la vista y al oído, no lo serían tanto en su sentido, en lo que quieren decir en un nivel profundo.

Por el nombre somos y si alguien nos lo arrebata dejamos de existir, ya que nuestra identidad va de por medio en esa palabra que nos asignaron al nacer. Por el nombre somos y por el nombre llegamos a ser. Pongamos como ejemplo a los antiguos griegos, en cuyos nombres se esconde el destino de sus hombres, de sus héroes y de sus dioses. El nombre del mirmidón Aquiles[29], por nombrar a un heleno destacado, significa "el dolor del pueblo" y esto es porque cuando Aquiles participa en la guerra se convierte en una pesadilla para sus adversarios, a quienes masacra sin piedad, pero cuando decide no participar en los combates, el dolor que se presenta no es para sus enemigos, sino para su propio pueblo, el cual es derrotado irremediablemente. "Aquiles" significa, a fin de cuentas, "dolor" y esto lo sabían sus padres cuando le otorgaron su nombre. ¿Qué será de los infantes que reciben un nombre cuyo significado es desconocido para sus padres? Nombrar siempre debe de ser un acto consciente.

Un compañero de Aquiles es el salamita Ájax, cuyas características lo describen como un hombre robusto, de gran estatura, poseedor de una fuerza descomunal, cruel y sin miedo. Él peleó junto con Aquiles en la guerra de Troya y a la muerte de éste, pidió para sí las armas que Aquiles había dejado, sin embargo, éstas le fueron entregadas a otro insigne griego: Odiseo. La decisión produjo en Ájax una furia tal que entró en un estado temporal de locura que lo hizo desear la muerte de sus compatriotas, así que, por la noche, mientras todos dormían, se escabulló en los campamentos griegos para terminar con la vida de sus iguales, lo cual la diosa Atenea no permitió y para proteger a Odiseo y al resto de los helenos produjo un encantamiento en Ájax que lo hizo creer que un rebaño que se encontraba ahí cerca eran los soldados de los que buscaba venganza. Ájax, loco y hechizado, masacró al rebaño y se llevó a un macho cabrío a su casa al que torturó hasta la muerte pensando que era Odiseo. Cuando la locura temporal

---

[29] Aquíles; del griego Ἀχιλλεύς; de ἄχος (*akos*), que significa "pena, aflicción o dolor", y de λαός (*laos*), que significa "pueblo o gente".

cesó, Ájax descubrió que el cuerpo torturado no era el de Odiseo, sino el de un inocente animal y debido al arrepentimiento que sintió por haber terminado con la vida del rebaño, se suicidó. De lo anterior nos da cuenta Sófocles en su tragedia Ájax[30], leamos:

> No puedo decir lo que ocurrió afuera, sino que al regresar traía cogidos con ataduras toros, perros pastores y carneros: todo un botín de velludas bestias. Y cuando hubo llegado, lanzóse sobre ellas cortándole el cuello a unas y abriendo en canal a otras; otras aún fueron atadas e insultábalas cuales a seres humanos. Finalmente echóse de nuevo fuera y encaróse con un espectro; vomitando insultos contra los atridas y contra Odiseo; y regocijábase más cuanto más soeces eran sus palabras, celebrándolo con fuertes carcajadas. Después regresó a la tienda y lentamente empezó a recobrar el juicio. Pero así que vióse rodeado de bestias mutiladas y observó la tienda ensangrentada, rompió a llorar con amargo llanto y su desesperación subía de tono por momentos. Arrancábase los cabellos y por fin cayó entre las bestias destrozadas, donde permaneció largo rato silencioso (1981: 139).

Pero no es en el estado de locura temporal en donde se encuentra el destino de Ájax, sino en su suicidio, veamos: después de que Ájax recobró la cordura, abandonó su casa y caminó toda la noche hasta un paraje desolado en el que hizo un agujero en la tierra en el que colocó en posición vertical una espada y luego de asegurarse de que la espada había quedado firme en la tierra y que nada podría removerla, se lanzó sobre ella, muriendo al instante atravesado. La cuestión del destino se nos revela cuando revisamos el significado de "Ajax" y descubrimos que esta palabra griega viene de αῖἄ[31] (*aia*) que significa "tierra", precisamente el elemento primigenio sobre el que Ájax coloca la espada para quitarse la vida. La escena en la que este guerrero muere no es más que un símbolo de la tierra volviendo a la tierra, o del polvo volviendo al polvo.

---

[30] El fragmento que aquí se cita corresponde a los versos 295-311.

[31] Se ha propuesto una relación con la palabra Γαῖἄ (*Gaia*), la diosa de la Tierra, sin embargo, la etimología de Ajax es incierta.

Cierto es que la brevedad o longevidad de nuestra vida, así como la felicidad o desgracia de nuestra existencia no se encuentran ya escritas, pues el destino no es una posibilidad, sin embargo, es innegable que en el nombre que hemos recibido se halla plasmada, de manera simbólica, nuestra visión del mundo y la manera en el que lo recorremos, de ahí la relevancia de comprender el significado de la palabra que, por ahora, nos define en todo momento.

De la locura y muerte de Ájax, Odiseo y Minerva hablarán así:

> —Odiseo: Siento pena por su desgracia, aunque sea mi enemigo, porque veo que no somos nada más que imágenes y sombras vanas.
> —Atenea: Como nace el día y desaparece, así todo lo humano (pp. 132-133).

Nuestro nombre es el sol por el que todos los días nacemos en la dimensión del significado y es por nuestro nombre que seremos recordados al partir, sin embargo, y replicando las palabras de la diosa de la sabiduría, un día nos apagaremos también en el recuerdo, pues sólo somos imágenes y sombras.

El terror y la maravilla

¿Qué sucedió mal o qué fue lo que no ocurrió? En el libro del *Génesis 1:3* podemos leer "Hágase la luz"; sin embargo, seguimos durmiendo o caminando sonámbulos en la noche más negra de todas. Nuestros primeros hermanos abandonaron la comodidad de sus rudimentos para explorar el mundo, pero a falta de luz se toparon con formas irreconocibles que vertiginosamente también avanzaban en la misma penumbra; sacaron sus armas y se arrojaron sobre las similares formas que los asediaban y cuando esa primera guerra acabó y la quietud del mundo regresó por breves instantes, vieron con agrado y terror que los cuerpos que allí yacían por la violencia de sus puños eran de otros tantos hermanos semejantes a ellos; desde sus orígenes nuestra raza se aniquila a sí misma.

Sófocles, el escritor de tragedias del siglo V a. C., recuperó algunos mitos griegos y los convirtió en obras dramáticas hasta hoy insuperables. En el ciclo que conforma la serie de Edipo, el coro de la obra "Antígona" dice: "Πολλὰ τὰ

δεινὰ κοὐδὲν ἀνθρώπου δεινότερον πέλει"[32], esta frase regularmente suele traducirse de la siguiente manera: "De las muchas cosas terribles, la peor de todas es el humano" (1981: 261). ¿Qué nos quiere decir Sófocles? Sencillamente que el ser humano, el individuo, es la fuente de todos los males, y Edipo, el personaje clave de su serie dramática, es el más claro ejemplo de esto. Desde su nacimiento el oráculo vaticinó la desgracia para Tebas si Edipo vivía, que eso fue lo que sucedió; después de crecer y vencer los enigmas de la esfinge él mató a su padre, tuvo relaciones carnales con su madre y llevó a Tebas a padecer una de sus peores pestes. Edipo terminó solo en el desierto y ciego, pues ante el reconocimiento de su desdicha se sacó los ojos con una espada.

Plauto, un comediógrafo del siglo III a. C. y perteneciente al imperio romano, escribió una famosa comedia sobre asnos, "Asinaria", en ella destacan las traiciones familiares cometidas en favor del enriquecimiento material, a pesar del honor espurio que de esto resulte. Una frase destaca en esta obra y es la de "Homo hominis lupus est, non homo, quom qualis sit non novit", su traducción aproximada sería: "Cuando una persona te es desconocida, pues es para ti, como un lobo, no un hombre" (1992: 138). ¿Qué tienen en común la frase de Sófocles y la de Plauto? Podríamos aventurar a decir que en ambas reside el gen del egoísmo, y que el individuo se presenta como la más terrible de todas las creaciones del mundo; es interesante que tanto el escritor de tragedias como el de comedias presentan el mismo desencanto ante la vida, desencanto que, como dice Plauto, deviene del desconocimiento del otro, de aquel que es semejante a uno mismo.

Petronio, escritor romano del primer siglo de nuestra era y contemporáneo de Cristo, escribió en su novela *El Satiricón*, una frase que vislumbra la cristianización del imperio latino: "Serva me, servabo te"[33], es decir: "Sálvame y te salvaré" (1978: 49). Qué grandeza de pensamiento y qué distinto resulta respecto a Sófocles y Plauto, en Petronio la semilla maligna no ha fructificado del todo y el

---

[32] La pronunciación aproximada sería: "Pollá ta deiná koudén ántropon deinóteron pelei".

[33] La frase de Petronio aparece en el fragmento 44,3 de *El Satiricón* de la siguiente manera: "Iam annum esuritio fuit. Aediles male eveniat, qui cum pistoribus colludunt "serva me, servabo te". (Llevamos ya un año de hambre. ¡Malditos ediles, por entenderse con los panaderos! "Sálvame y te salvaré").

individuo todavía puede aspirar a la salvación; las palabras de Petronio son las mismas que años después los evangelistas divulgarán entre sus semejantes.

Una última consideración. Cuando Sófocles nos dijo que el humano es el mayor terror que existe utiliza la palabra δεινὰ (deinā), la cual, increíblemente, también significa "maravilla", es decir que, entre todas las maravillas, la mejor de todas es el humano. ¿Qué traducción elegir? ¿Terrible o maravilla? La decisión es personal.

Cómplices del destino

Un interesante cuento de Gabriel García Márquez, dice así:

> El criado llega aterrorizado a casa de su amo. —Señor -dice- he visto a la Muerte en el mercado y me ha hecho una señal de amenaza. El amo le da un caballo y dinero, y le dice: —Huye a Samarra. El criado huye. Esa tarde, el señor se encuentra a la Muerte en el mercado. —Esta mañana le hiciste a mi criado una señal de amenaza -dice-. —No era de amenaza -responde la Muerte- sino de sorpresa, porque lo veía ahí, tan lejos de Samarra, y esta misma tarde tengo que recogerlo allá (1995: 15).

El cuento se titula "La muerte en Samarra", y por su ingeniosa narración y deslumbrante brevedad el lector, en la mayoría de las veces, no dudará en releerlo. El tema principal del cuento es la inevitabilidad del destino, pues el criado, pensando que huye de la Muerte, escapa hacia Samarra sin saber que allá habrá de encontrarla. Interesante es que la Muerte se sorprenda al ver al criado en el mercado, pues una pregunta se abre: ¿acaso la muerte, con toda su potestad, desconoce también el futuro? Parece que sí y por eso hace un gesto de sorpresa al ver al criado en el mercado. Lo anterior permitiría aseverar que tanto los hombres como la Muerte son víctimas del destino, piezas de un juego que se comienza sin que las reglas hayan sido anunciadas. ¿O quién de nosotros podría afirmar que nunca ha pensado que la vida no es más que una terrible broma, una apuesta en la que es imposible ganarle a quien ha lanzado los dados?

Los antiguos griegos imaginaron que el destino era femenino, así, la diosa que lo representó fue Ἀνάγκη (Ananké), cuyo nombre significa "angustia, calamidad,

necesidad"[34]. El esposo de Ananké fue el dios Cronos, que es el tiempo, y entre los varios hijos que de ellos nacieron estamos nosotros, subyugados a una existencia de angustia y de tiempo que nos devora lentamente. Del vientre de Ananké nacieron nuestras hermanas mayores, los griegos las conocieron como moiras y los romanos, como parcas, pero a fin de cuentas eran las mismas y su misión, como la de su madre, era ponerle fin a nuestros días. Los nombres griegos de estas tres son Cloto, Láquesis y Átropos. La mayor, Cloto, se encargaba de formar una madeja con el hilo de la vida; la de enmedio, Láquesis, determinaba con una vara la extensión del mismo; la más chica y terrible, Átropos, poseía unas tijeras con las que lo cortaba una vez que éste había girado en la rueca y sido medido por la vara. Cortado el hilo, terminaba la vida.

El cuento de García Márquez con el que iniciamos, si bien es ingenioso, no es novedoso, pues ya mucho tiempo antes una historia similar había ocurrido en la antigua Grecia, y es que no podía ser de otra manera, pues los griegos fueron los primeros en tener una ideaa sobre el mundo. La historia dice así: Layo y Yocasta son reyes de Tebas y esperan un bebé. Su curiosidad malsana los llevó a buscar al oráculo quien les vaticinó un futuro desgraciado, si dejaban que el bebé naciera. Incapaces de matar a su propio hijo, esperaron a que Yocasta diera a luz y tan pronto como el niño nació se lo entregaron a un pastor para que lo asesinara. El pastor se llevó al niño, pero, debilitado por la compasión, sólo le atravesó los pies y lo dejó colgado en un árbol; Layo, Yocasta y el pastor, al no matar al niño, desafiaron al destino. El niño no murió, fue rescatado, creció y sin quererlo ni desearlo regresó a la casa de Layo y de Yocasta, matando al primero, y casándose y embarazando a la segunda, cuando supo que ellos eran sus verdaderos padres se sacó los ojos y se exilió en el desierto. Este niño que cumplió con

[34] *Diccionario Espasa de mitología griega y romana*, entrada "Destino": "Los griegos llamaban *Anagké* (pronunciado *Ananké*) a una especie de divinidad, o más bien una fuerza suprema, que consideraban superior no solo al mundo, sino a los mismos dioses" (p. 127). Por su parte, Pierre Grimal, en su *Diccionario de mitología griega y romana*, dice, en la entrada "Necesidad": En Grecia figura sólo con el nombre de *Ananke*... Poco a poco, Ananke se convierte en una divinidad de la muerte: la Necesidad de morir" (p. 373).

un funesto destino se llamó Edipo y el crimen que cometió para merecer tan terrible castigo fue sencillamente el haber nacido.

El nombre "Edipo", en griego Οἰδίπους, significa "el de pies hinchados", y este nombre es a propósito de que cuando niño fue atravesado en sus pies con un gancho a fin de que las fieras hicieran lo que los hombres no pudieron: matarlo. Edipo lleva en su nombre su destino –¿no será igual con nosotros? –, y esto explica porque cada uno de sus pasos lo llevaron de un error a otro, su andar de pies hinchados fue un andar de dolor. ¿Por qué Edipo abandonó la tierra de su padre adoptivo, Corintio, y se fue a la de sus padres biológicos, Tebas? Porque Edipo se enteró de que él mataría a su padre y desposaría a su madre y queriendo alejarse de quien él creía que eran sus progenitores, se acercó a quienes verdaderamente lo eran, es decir que Edipo, como el criado del cuento de García Márquez, corrió hacia su destino sin saberlo.

El criado del cuento y el príncipe del mito pareciera que cumplieron con aquello de que quien se resiste al destino termina siendo arrastrado por éste, sin embargo, no podemos dejar de lado que el destino ha quedado en ocasiones fuera de toda consideración para poner en su lugar otra cuestión igual de polémica: la del libre albedrío, y es que así como algunos griegos estuvieron de acuerdo en que el destino era lo que empujaba la vida humana, otros, como Aristóteles, rebatieron estas ideas argumentando que es uno mismo quien se forja su propia vida y que aquello que algunos llaman mágicamente destino no es más que la consecuencia de una causa[35]. Este filósofo deja abierta una interesante pregunta: ¿no será que apelar al destino es en realidad la oportunidad para desligarnos de nuestras responsabilidades para con los demás?

¿Existe el destino o no? Los griegos, en su sabiduría, fueron incapaces de responder, ¿qué podemos, entonces, responder nosotros desde nuestra ignorancia? Lo más prudente es que, si nuestra respuesta es impositiva, nos la guardemos y pensemos mejor en algo que hemos dejado pasar: en el cuento con que iniciamos, el señor le da a su criado dinero y un caballo para que huya de la Muerte,

[35] En la ya mencionada Ética nicomaquea, Aristóteles, desde el capítulo I dedicado a la felicidad, menciona que la conquista de la virtud obedece más a una cuestión de trabajo que de suerte (destino).

sin embargo, es por este gesto de "ayuda" que en realidad lo condena a su trágico desenlace. Pensando en nuestra vida propia, ¿qué tanto de esa ayuda que nosotros damos "de buena fe" no es más bien una sentencia de muerte? ¿No será acaso que caminamos como Edipo, torpe y dolorosamente? ¿No podría ser que nuestra bondadosa ignorancia sea el esmeril en el que las moiras afilan sus tijeras y nos llevan a Samarra como cómplices del destino?

Demócrito: sólo nos queda reír[36]

Seguramente hemos pensado alguna vez que nos gustaría que todos los días pudiéramos divertirnos, reír, estar con amigos, convivir con familiares, comer lo que más nos gusta, visitar lugares nuevos, sorprendernos, gastar dinero, etcétera, en resumen, nos gustaría vivir en un estado constante de placer y olvidarnos para siempre de los problemas, las desdichas, los desatinos y la tristeza, tal y como nos lo dicen todos los días los medios de comunicación, los cuales nos aseguran que la obtención de la felicidad requiere tan sólo de un acto de voluntad, de una muestra de fe o de algún producto milagro que por una módica cantidad podemos obtener en la comodidad de nuestro hogar con tan sólo una llamada telefónica; ¡así es, señoras y señores!, la felicidad está ahí y requiere tan sólo los dieciséis números de nuestra tarjeta de crédito. ¿Por qué no somos felices entonces? ¿Acaso la miseria humana no podría solucionarse dándole a cada persona una tarjeta de crédito para llamar a la empresa que fabrica la felicidad y que la envía, en calidad de urgente, hasta nuestra puerta y en oferta de dos por uno?

Nos gustaría vivir en un placer continuo, o al menos alguna vez soñamos con ello, pero la vida no funciona así. No hay día en el que la ideología de lo políticamente correcto no se manifieste queriéndonos engañar con aquello de que es posible evitar el sufrimiento y que el mundo puede moldearse en relación a nuestro parecer, mas no es así, la realidad no puede reducirse a una cadena de cosas

---

[36] Siglos IV–III a. C. Demócrito es un ejemplo de un filósofo presocrático que existió en tiempos del socratismo. A él le debemos las primeras investigaciones relacionadas al átomo como parte mínima de la materia.

que nos gustan, nos encantan, nos divierten o molestan, pues la realidad va más allá de nosotros, de hecho, ni siquiera le importamos; el mundo es con o sin nosotros, pues ya estaba aquí cuando nosotros llegamos. ¿Somos felices? al mundo no le interesa. ¿Somos infelices? al mundo le da igual; sin embargo, esto no significa que debemos de echar todo por la borda y respirar hasta que nuestras energías se nos agoten, pues al mundo podrá no importarle nuestra felicidad o nuestra miseria, pero a cada uno de nosotros sí nos interesa, por lo que aprender a equilibrar nuestra entrega al placer y al sufrimiento es fundamental.

Siempre que la muerte toca a nuestra puerta o a la de alguien que estimamos, solemos comportarnos de la misma manera. Primero nos sentimos preocupados, en seguida nos angustiamos, después acudimos a los respectivos ritos funerarios y finalizamos siempre con la misma idea en la cabeza: que, a pesar de todo, la vida sigue. Y es que el acto mortuorio se reduce por entero a ese pensamiento "la vida sigue", o su variante "así es la vida". ¿Entonces por qué llorar, por qué afligirnos, si somos conscientes de que nada podemos hacer ante la ocurrencia de la muerte? ¿No será que en realidad no lloramos tanto por el muerto, sino por nosotros mismos que ya no podremos experimentar placer o felicidad con aquella persona que ha expirado? Y es que, en cuestiones de muerte, pareciera que todo gira más en torno al yo que al otro y por eso decimos "lo extraño tanto", "me hace mucha falta", "no puedo seguir", "llévame a mí", etcétera.

Desear vivir en un placer continuo, negarse a la experiencia del sufrimiento y concebir a la muerte como un acontecimiento triste son impulsos cuyo origen está en nuestra mala interpretación de la realidad. Huimos del dolor y lloramos a la muerte sencillamente porque así fuimos educados, nuestra cultura occidental, desde que adoptó en su seno al cristianismo, anuló en nosotros la posibilidad de reír ante la muerte y es por ello que cuando se nos presenta, la sentimos como un trago amargo de desesperanza, como una negación del placer a que nuestro yo infantil tiene derecho y que lejos de alegrarse por el bienestar del otro, imagina una escena en donde es él quien reposa en la sepultura y quien llora fuera de la misma. En este sentido, si deseamos permanecer en un placer continuo, es únicamente por miedo y egoísmo.

No siempre la visión del mundo fue tan pesimista como la nuestra. En la antigua Grecia el filósofo Demócrito, aquel que sólo por la observación del mundo concibió la idea de que la materia está formada por átomos, fue conocido por el

hecho de que siempre se reía de todo, de los demás, del mundo y, principalmente, de sí mismo. Convencidos sus conciudadanos de su locura, le pidieron al médico Hipócrates que lo diagnosticara, diciendo, después de hablar con él, que hombre más cuerdo no había conocido jamás. Algunas de las ideas de Demócrito[37], son:

> Quien quiera ser feliz no debe ocuparse de muchos asuntos, ni en lo público ni en lo privado, ni elegir actividades que excedan su propia capacidad, y en caso de que la suerte se le ponga a uno enfrente y lo lleve demasiado lejos, debe uno de tener la valentía de renunciar y no tratar de llegar más allá de sus posibilidades, pues una empresa mesurada es una gran empresa (2008: 284).
> [...] La medicina sana las enfermedades del cuerpo, mas la sabiduría libera al alma de padecimientos. [...] Somos un mundo en miniatura. [...] Ni en el cuerpo ni en las riquezas hallan los hombres su felicidad, sino en la integridad y la cordura (p. 288).
> [...] Es amor justo desear sin arrogancia las cosas bellas (p. 291).
> [...] Es arrogancia hablar de todo y no querer oír nada (p. 292).
> [...] En realidad nada sabemos, pues la verdad se halla en lo profundo (p. 294).
> [...] Una vida sin fiestas es un largo camino sin posadas (p. 305).

Demócrito es el filósofo que ríe por todo y Heráclito, aquel que dijo que nadie se baña dos veces en el mismo río, es el filósofo que se aflige por todo. ¿A cuál de los dos nos parecemos? Del primero decían que estaba loco y del segundo, que estaba enfermo, sin embargo, ellos fueron alguien en tanto que vivieron de acuerdo a su filosofía y no a ideologías políticamente correctas como a las que nosotros nos exponemos diariamente y que no sólo nos anulan como individuos, sino que nos privan de la oportunidad de sufrir, lo cual es necesario para madurar. ¿Nos preocupa la muerte? echémonos a reír. ¿Vivimos en la monotonía, en el sinsentido, en la ausencia del placer? echémonos a reír porque lo cierto es que todos, aunque lo neguemos, vivimos entregados a la misma incertidumbre y

---

[37] Se cita a Demócrito desde *Fragmentos presocráticos. De Tales a Demócrito.*

así como la muerte puede resumirse a "la vida sigue", la vida puede reducirse a decir, como Demócrito, que sólo nos queda reír.

Confucio: miramos y no vemos[38]

El más temible juez frente al que podemos comparecer es ante uno mismo, pues resulta casi imposible –sino es que imposible– sentenciarnos con objetividad. Muchas veces, cuando nos equivocamos, preferimos adjudicar la responsabilidad de nuestro error a un tercero, mientras que asumimos, cómodamente, el rol de la víctima. Cuando se trata de observarnos no somos objetivos, sino más bien laxos y asumimos que nuestras faltas son menores, mientras que las de los demás las tachamos por graves. Irónicamente, existen también los casos en donde uno asume el papel del juez severo y exageramos con respecto a los errores que hemos cometido, convirtiéndonos en victimarios y verdugos de nosotros mismos insultándonos repetidamente, menospreciándonos e, incluso, burlándonos de lo que nos ha ocurrido. Sin importar si asumimos el papel del juez blando o del juez duro, somos incapaces de actuar con justicia para con nosotros mismos dándonos lo que en verdad nos corresponde.

Juzgar es un mal hábito que todos tenemos, pues ese "juzgar" no se hace desde la justicia, sino desde la subjetividad. Juzgamos, generalmente, no para solucionar, sino para satisfacer nuestras creencias. Porque asumimos que estamos bien y los otros mal, porque pensamos que nuestros valores son los correctos y los del resto son inmorales, porque asumimos que somos superiores a nuestros semejantes y porque suponemos que hemos alcanzado un escalafón inmediatamente inferior al de la perfección, pero lo cierto es que más bien estamos apenas al pie de la escalera del progreso individual y que todos nuestros juicios existen por un complejo de inferioridad no reconocido. Juzgamos porque nos sentimos excluidos.

---

[38] Siglos VI-V a. C. Es uno de los pocos filósofos orientales aquí revisados. Existió apenas unos pocos años antes que Sócrates y es considerado el fundador de uno de los más grandes sistemas filosóficos: el confucianismo.

Juzga el que idealmente se halla en una posición de conocimiento, pues todo juicio implica saber, además de ser capaces de mesurar, considerar, contrastar, comparar, sopesar, etcétera. El juicio no es una opinión porque el juicio no se construye desde la creencia, sino desde la comprobación, por lo que quien se atreva a juzgar desde lo que supone y no desde lo que ha verificado no es un juez, sino un usurpador. Ahora bien, ¿cuándo nos juzgamos a nosotros mismos lo hacemos desde nuestra creencia o desde nuestra experiencia? Juzgar no es atormentar, sino fincar responsabilidades y determinar tanto penas como condenas y beneficios, por lo que no cualquiera puede ser juez. Irónicamente, en nuestro día a día, no hacemos más que juzgar, o eso es lo que suponemos que hacemos.

Generalmente juzgamos todo lo que vemos porque tenemos una tendencia a mirar hacia afuera incluso cuando lo hacemos con nosotros mismos, es a partir de una comparación que hacemos con respecto al mundo exterior y a los demás. Juzgamos –aunque quizás la palabra correcta sea "opinamos"– por nuestra incapacidad para auto-observarnos y por nuestra negativa a trabajar en el perfeccionamiento de nuestros vicios; seguramente si pusiéramos más empeño en perfeccionarnos, en lugar de dar nuestra opinión de todo cuanto percibimos, nuestro mundo sería si no mejor, al menos más estable. Perfeccionarnos es necesario para vivir en correspondencia con la paz, que es hermana de la justicia, pero para que este trabajo interno pueda emprenderse, primero es necesario aclarar qué es lo que buscamos en la vida, hacia dónde nos gustaría encaminar nuestros pasos y por qué razón nos es imposible acallar las opiniones que nuestra mente despotrica en contra de todo lo que percibe. Alcanzar la perfección sólo es posible cuando aclaramos el rumbo por el que estamos dispuestos a avanzar; así lo explica el filósofo Confucio en lo que conocemos como "el primer libro clásico":

> Es preciso conocer el fin hacia el que debemos dirigir nuestras acciones, pues sólo así se alcanza el estado de perfección que buscamos. ¿No sería más eficaz lograr que fueran innecesarios los juicios? Cuando el alma se halla agitada por la cólera, carece de esta fortaleza; cuando el alma se halla cohibida por el temor, carece de esta fortaleza; cuando el alma se halla embriagada por el placer, carece también de esta fortaleza; cuando el alma se halla abrumada por el dolor, tampoco puede alcanzar esta fortaleza. Cuando nuestro espíritu se halla turbado por cualquier motivo, miramos y no vemos, escuchamos y no oímos, comemos y no saboreamos. Raras veces los hombres reconocen los

> defectos de aquellos a quienes aman, y no acostumbran tampoco a valorar las virtudes de aquellos a quienes odian. No dar importancia a lo principal, es decir, al cultivo de la inteligencia y del carácter, y buscar únicamente lo accesorio, es decir, las riquezas, sólo puede dar lugar a la perversión de los sentimientos (1969: 218).

Confucio fue un filósofo chino situado hacia el siglo V a. C. y su legado, no es exagerado decirlo, es semejante al de Sócrates, quien por cierto vino al mundo tan sólo unos pocos años después de que Confucio había muerto. A Sócrates se le puede considerar la lumbrera de Occidente, mientras que Confucio sería la de Oriente. El pensamiento de uno y otro mantiene llamativas coincidencias, por ejemplo, ambos maestros se entregaron a la labor filosófica sin desligarse de sus responsabilidades para con el estado y el método de enseñanza que emplearon fue semejante, pues mientras que Sócrates practicó la mayéutica, Confucio se inclinó por las analectas, siendo en ambos casos el diálogo con los discípulos su motor.

Vivir hacia afuera es necesario para satisfacer cuestiones básicas de vivienda, vestido y alimentación; sin embargo, no debe ser la realidad exterior la única a la que debemos confiar nuestra existencia, pues esta realidad es, por definición, accesoria. El cultivo de la inteligencia y del carácter, que se hallan únicamente en la realidad interior, es fundamental para quien busca no sólo suprimir los numerosos juicios a que tan mal acostumbrados estamos, sino para quien además desea acompañarse de la hermana de la justicia: la paz, la única que puede suprimir de nuestro espíritu las turbaciones y los juicios en que caemos cuando miramos y no vemos.

Zenón de Citio: resistir a la noche[39]

La filosofía es una ciencia especulativa que observa las causas y efectos del ser, del mundo y/o de lo sagrado. La poesía es una ciencia estética que persigue a la

[39] Es considerado el iniciador de la escuela estoica de la filosofía, escuela que postula que el sufrimiento es fundamental para el perfeccionamiento humano. Se ubica entre los siglos III y IV a. C.

belleza en todas sus formas. La filosofía apela a la razón. La poesía invoca al sentimiento. Filosofía y poesía son diferentes, pero nunca opuestas ni enemigas. Hay filosofía de la emoción y poesía de la razón. Y entre ambas un puente invisible se levanta permitiendo a los espíritus elevados y sensibles caminar de una a otra innumerables veces.

La filosofía estoica es una rama de la filosofía que nos enseña el modo de alcanzar la tranquilidad y la felicidad independientemente de si una voluntad superior rige nuestras vidas. Zenón de Cito inició el estoicismo en el siglo tercero antes de Cristo y sus enseñanzas fueron readaptadas incontables veces en épocas posteriores. El estoicismo, es decir, el modo de vivir tranquilamente, llegó incluso a la poesía y tenemos para ello dos ejemplos. El primero lo hallamos en el poema "Invictus" (1875) de William Henley, que dice:

> En la noche que me envuelve,
> negra, como un pozo insondable,
> le doy gracias al dios que fuere,
> por mi alma inconquistable.
> En las garras de las circunstancias,
> no he gemido, ni he llorado.
> Bajo los golpes del destino,
> mi cabeza ensangrentada jamás se ha postrado.
> Más allá de este lugar de ira y llantos,
> acecha la oscuridad con su horror,
> y sin embargo la amenaza de los años
> me halla, y me hallará sin temor.
> Ya no importa cuán estrecho haya sido el camino,
> ni cuántos castigos lleve mi espalda,
> soy el amo de mi destino,
> soy el capitán de mi alma (2020: 215).

Veinte años después, en 1895, Rudyard Kipling publicó un poema, también estoico, que complementa al anterior; dice así:

Si puedes mantener la cabeza en su sitio
cuando todos a tu alrededor la pierden y te culpan a ti.
Si puedes seguir creyendo en ti mismo
cuando todos dudan de ti, pero también aceptas que tengan dudas.
Si puedes esperar y no cansarte de la espera;
o si, siendo engañado, no respondes con engaños;
o si, siendo odiado, no incurres en el odio,
y aun así no te las das de bueno ni de sabio.
Si puedes soñar sin que los sueños te dominen.
Si puedes pensar y no hacer de tus pensamientos tu único objetivo.
Si puedes encontrarte con el triunfo y el fracaso,
y tratar a esos dos impostores de la misma manera.
Si puedes soportar oír la verdad que has dicho,
tergiversada por villanos para engañar a los necios.
O ver cómo se destruye todo aquello por lo que has dado la vida,
y remangarte para reconstruirlo con herramientas desgastadas.
Si puedes apilar todas tus ganancias
y arriesgarlas a una sola jugada;
y perder, y empezar de nuevo desde el principio
y nunca decir ni una palabra sobre tu pérdida.
Si puedes forzar tu corazón, y tus nervios y tendones,
a cumplir con tus objetivos mucho después de que estén agotados,
y así resistir cuando ya no te queda nada
salvo la Voluntad, que les dice: "¡Resistan!".
Si puedes hablar a las masas y conservar tu virtud.
O caminar junto a reyes, sin menospreciar a la gente común.
Si ni amigos ni enemigos pueden herirte.
Si todos pueden contar contigo, pero ninguno demasiado.
Si puedes llenar el implacable minuto con sesenta segundos de diligente labor:
Tuya es la Tierra y todo lo que hay en ella,
y —lo que, es más—: ¡serás un Hombre, hijo mío! (2013: 136-137).

Resistencia es la palabra que hermana a los dos poemas. Henley fue un poeta inglés que perdió su salud y una pierna cuando niño, y Kipling fue un poeta na-

cido en la India que vio morir a su hijo en la Primera Guerra Mundial, a él dedicó su poema. La enfermedad, en el primer poeta, y la muerte, en el segundo, son las heridas que nunca cerraron en sus vidas y, sin embargo, fueron dichosos. Desde su primera aspiración y hasta la postrera exhalación ambos se enfrentaron a los embates de la vida, de esta vida que también a nosotros nos azota y busca ver humillados y vencidos, heridos en la tierra y sin esperanzas en las manos. Enfermedad y muerte son los mayores terrores a que nos enfrentamos, pues, así como tememos la pérdida de la salud y de la vida propia, así también nos horrorizamos cuando la salud y la vida de quienes amamos se nos escapan, haciendo que la realidad se asemeje a un sueño sin sentido y sin salida.

Los últimos versos de Henley dicen: "soy el amo de mi destino, soy el capitán de mi alma"; y los últimos de Kipling rezan: "Tuya es la Tierra y todo lo que hay en ella". ¿Qué se necesita para que nosotros, que no somos ni filósofos ni poetas, aprendamos la manera de alcanzar la felicidad? Los antiguos nos dirían: "Conócete a ti mismo", y si bien la sentencia es verdadera, ayuda poco a los desamparados. Y aunque resumir aquí la manera correcta de vivir es inútil, es posible adelantar que nuestros actos deben siempre en favor de dos acciones: la búsqueda de la razón (filosofía) y la búsqueda de la belleza (poesía), pues ambas unen sus caminos en el de la Verdad. Y una vez que hemos adquirido esta consciencia sobre la importancia de la razón y de la belleza es necesario hallar la manera de ponerlas al servicio de uno mismo, pero también del mundo y del espíritu. El camino es largo y difícil, pero necesario cuando lo que se busca es la felicidad.

Practicar el estoicismo nos hará entender y aceptar que el mundo exterior, el de las masas, y no el interior, el del espíritu, siempre será injusto e insalvable de su ignorancia. Ser estoico no es sinónimo de conformismo, sino de desapego, de desprendimiento, de sabiduría. Si la tranquilidad y la felicidad están en nuestras aspiraciones es menester, entonces, que nos convirtamos en amos de nuestro destino y en capitanes de nuestra alma, que abandonemos la recurrente inclinación a culpar a los demás por nuestras fallas y hagamos de nuestra voluntad, guiada por la razón y por la belleza, el único bote que habrá de llevarnos más allá de este fugaz sueño llamado vida y resistir, inconquistables a la oscuridad de la noche.

Platón: pastores o reyes[40]

No es atrevido pensar que la mayoría de nosotros si actuamos para el bien, o al menos al margen de la ley, es porque sabemos que de franquear los límites habrá consecuencias y castigos como el rechazo social o, incluso, la cárcel. La vieja discusión sobre si la malignidad humana es natural o aprendida no pierde vigencia, pues con cada sol que nos llega somos testigos del abuso que el ser humano comete en contra de su misma especie. Sí, somos gregarios, pero también viciosos y por eso el mundo continúa en una espiral de corrupción ética que parece no tener límite. Somos buenos porque el castigo es una amenaza. O pensemos, ¿si no hubiera consecuencias adversas para uno mismo respetaríamos la ley, o seríamos buenos por el simple hecho de hacer "lo correcto"?

Ninguno de nosotros puede negar que en algún momento de nuestra vida hemos fantaseado con lo que haríamos si tuviéramos algún poder sobrehumano como telepatía, invisibilidad, capacidades de vuelo, inmortalidad, etcétera. Tampoco podemos decir que no hemos pensado en utilizar estas capacidades sobrehumanas para acrecentar una gran fortuna, entrar a lugares prohibidos, espiar a los demás, incidir en la voluntad ajena e, inclusive, asesinar, sobre todo si estamos eximidos del castigo. Aunque estas imaginaciones parecen propias de nuestra época no es así, el todavía fértil Platón nos regala el siguiente mito en su libro *La República*, leámos:

> Apacentaba un hombrecillo a sus ovejas en las colinas circundantes al imponente Olimpo, casa de los dioses eternos que por sus vicios imperecederos son más miserables que los hombres. Giges (que significa "abuelo") era el nombre de este pastor y era un hombre promedio cuya vida se dividía entre la pesadumbre del trabajo y el ocio y tedio del hogar. Giges dormía sin percatarse de que sus ovejas, una a una, eran llevadas por otros pastores o lobos cercanos y cuando el sol estaba por acostarse una

---

[40] Fue discípulo de Sócrates y maestro de Aristóteles, y los tres constituyen el fundamento de la filosofía Occidental. Platón se ubica entre los siglos V y IV a. C., es ampliamente reconocido por sus diálogos, en los que le da voz a Sócrates, quien no dejó nada escrito, así como por haber dotado a la filosofía de vastas historias y alegorías morales.

repentina tormenta sacudió a los árboles y raptó hacia los cielos a sus ovejas, al mismo tiempo que un terremoto partía la tierra desocultando una estrecha caverna por la que Giges, aplacada la furia natural, se introdujo movido por el miedo y la curiosidad.

Lo que Giges vio dentro de ella fueron tantas riquezas como reinos no hay sobre la tierra. El brillo de tales maravillas era suficientes para disipar las penumbras entre las que sus ojos se movían excitados mientras que con la imaginación palpaba todos los tesoros. Giges siguió de largo hasta el fondo de la caverna, encontrando allí a un caballo gigante de bronce con una portezuela que abrió avariciosamente; un esqueleto inmaculado lo recibió sonriente y de todos los milagros nunca vistos por el hombre en aquella profundidad Giges salió sólo con uno: el anillo que las falanges del descarnado todavía apretaban. Giges no lo supo, pero en cuanto abandonó la cueva el esqueleto se hizo polvo.

Días después, a las tierras de Giges acudieron los recaudadores de impuestos, el pastor los miraba de lejos jugando con el anillo que había tomado. El tedio, y la falta de dinero por su pereza, lo hizo girar nerviosamente la sortija de tal forma que cuando la pequeña piedra de la joya quedó en dirección de su palma Giges desapareció en el acto. Él no lo notó, pero sí el resto de los campesinos que lo acompañaban. Giges dijo 'Aquí estoy' y aunque lo oían no lo veían; pasó por su mente el esplendor de la caverna, la sonrisa del cadáver y el anillo que llevaba, e inmediatamente comprendió: era invisible. Sin pensarlo demasiado, Giges, se fue con los recaudadores de impuestos vestido de transparencia y se infiltró en el palacio asesinando a su rey, sometiendo a su reina y arrebatando el gobierno de la Grecia antigua. La vejez alcanzó a Giges con una tormenta y un terremoto que nuevamente abrieron la tierra. Él entendió la señal y bajó con su bastón por las entrañas de la tierra en donde encontró, ahora vacío, al corcel de bronce en el que se introdujo, con el anillo puesto, y cerrando tras de sí la pequeña compuerta. El antiguo pastor y poderoso rey desapareció sin castigo (1988b: 107-108).

El relato de Platón, indiscutiblemente, es un precedente de *El señor de los anillos*, de Tolkien, de quien aprendimos la sentencia: "Un anillo para gobernarlos a todos. Un anillo para encontrarlos. Un anillo para atraerlos a todos y en las tinieblas atarlos" (2022: 126). Tanto el filósofo griego como el filólogo sudafricano ven en el anillo un símbolo de caída, pues no sólo el Giges platónico cede ante la

malignidad, sino que también lo hacen los elfos, enanos, hombres y hobbits del relato tolkeniano que se colocan la sortija. De la seducción del anillo, tanto en Platón como en Tolkien, nadie se salva, pues así como la muerte empareja a todos, pareciera que la ambición señorea de igual forma en los corazones de los pobres como de los ricos.

El relato de Platón no es meramente un entretenimiento para la fantasía, sino una lección ética ante la comisión del crimen. Lo que busca es fomentar la pregunta con respecto a si los seres humanos serían justos en un escenario en el que el delito sin castigo fuera posible y en beneficio propio. Sócrates, maestro de Platón, estaba convencido de que todo aquel que conociera realmente al bien no tendría dudas en ejercerlo hasta la muerte, razón que explica por qué él aceptó la pena mortal a la que fue sentenciado, pues, en palabras de estos filósofos: peor que padecer la injusticia, es cometerla.

El anillo de Giges es el mismo anillo de Tolkien. Invisibles se mueven en la política, en las iglesias y aún en las familias los plebeyos que pasaron a ser señores sabiendo que morirán impunes. ¿Somos nosotros iguales a ellos? El caballo de bronce está abierto y el pulcro esqueleto humano nos ofrece con su anillo la oportunidad de ser pastores o reyes.

La musa enferma

La indagación sobre los motivos y finalidad del arte la encontramos, principalmente, en los *Diálogos* de Platón. Estos conjuntos de enseñanzas se gestaron en la Grecia de los siglos III-IV a. C. y es de particular interés para este texto aquel titulado *Ion o de la poesía*. Como es habitual, Sócrates –que en vida fue maestro de Platón– es el personaje principal de los *Diálogos*, y es mediante el recurso de preguntas y respuestas –en filosofía se llama mayéutica– que se llega a la verdad de determinado tema. En *Ion o de la poesía* el asunto a tratar es la producción de la poesía, pero no en el sentido que tenemos hoy en día, sino uno más amplio relacionado con la *poiesis*, es decir, la creación artística.

Ya se dijo que Sócrates fue maestro de Platón –y según el oráculo de Delfos también fue el hombre más sabio de su tiempo[41]–, por su parte Ion es el mejor rapsodista de sus contemporáneos, ningún verso del poeta Homero escapa a su memoria y, además, ha conseguido ser coronado con laureles en todos los certámenes de la región. Ion es el intermediario entre el pueblo y la poesía, y Homero es la encarnación de la poesía, ¿pero ésta de dónde viene?, ¿es la poesía anterior al poeta o es por el poeta que hay poesía? Sócrates lo explica así:

> Ese talento, que tienes, de hablar bien sobre Homero, no es en ti un efecto del arte, sino que es no sé qué virtud divina que te transporta, virtud semejante a la piedra que Eurípides ha llamado magnética, y que los más llaman piedra de Heráclea. Esta piedra, no sólo atrae los anillos de hierro, sino que les comunica la virtud de producir el mismo efecto y de atraer otros anillos, de suerte que se ve algunas veces una larga cadena de trozos de hierro y de anillos suspendidos los unos de los otros, y todos estos anillos sacan su virtud de esta piedra. En igual forma, la musa inspira a los poetas, éstos comunican a otros su entusiasmo, y se forma una cadena de inspirados (1985: 256).

El arte, en este sentido, es absolutamente sagrado. La piedra heráclea, el imán, es dios; el primer anillo atraído magnéticamente es la musa; el siguiente es el poeta; posteriormente el rapsodista; y finalmente los infinitos anillos allí prendidos son el pueblo. Desde la piedra y hasta el último anillo la poesía se transmite con un magnetismo trascendente que cuando es vigoroso nos deleita y nos arroba en un delirio estético que nos transporta fuera de nosotros mismos, sin embargo, cuando esta energía se contamina el efecto es opuesto, y en lugar de elevarnos nos hunde en la miseria. Además de que para los griegos el arte era sagrado, también tenía que ser bueno, bello y verdadero.

---

[41] Véase el diálogo platónico llamado *Apología de Sócrates*. En este diálogo, Sócrates se reconoce como el hombre más sabio no porque lo sepa todo, sino porque es consciente de su ignorancia. De este reconocimiento de su propia ignorancia Sócrates dice: "Yo sólo sé que no sé nada".

Cientos de años después, en el siglo XIX de Francia, el poeta maldito Charles Baudelaire publicó *Las flores del mal*, que incluye un poema llamado "La musa enferma", algunos versos son los siguientes:

> Mi pobre Musa, ¡ah! ¿Qué tienes, pues, esta mañana?
> Tus ojos vacíos están colmados de visiones nocturnas,
> y veo una y otra vez reflejados sobre tu tez
> la locura y el horror, fríos y taciturnos.
> El súcubo verdoso y el rosado duende,
> ¿te han vertido el miedo y el amor de sus urnas?
> La pesadilla con un puño despótico y rebelde;
> ¿te ha ahogado en el fondo de un fabuloso Minturno? (2014: 77).

¿Por qué la musa enfermó en el siglo XIX cuando en Grecia estaba unida directamente a dios? ¿Es la maldad de nuestra sociedad actual un síntoma de esa enfermedad estética? Sin temor a errar es posible afirmar que el arte contemporáneo de hoy en día carece de bondad, de belleza y de verdad. El arte de hoy se hace con basura y se le vende a un público ignorante que, por temor a decir que no lo entiende, termina por aceptarlo. Si la piedra heráclea de Eurípides todavía posee su fuerza magnética es nuestro deber, como anillos encadenados, sanar a la musa baudelairiana so pena de fenecer en un mundo malo, feo y falaz.

La hora de partir

Cuando las cosas no salen como lo esperamos, más que reconocer el error en que pudimos haber caído para afectar al resultado, solemos culpar a las circunstancias y a los demás. Por ejemplo, si en un examen el resultado fue reprobatorio, no faltará quien diga que el instructor tiene algo en contra del afectado; o si ocurriera un incidente de tránsito, quien iba conduciendo no dirá que lo hacía distraídamente, sino que el otro no se fijó; o si la pareja se va para nunca volver, el dinero escasea y el empleo llega a su fin, antes que pensar que uno es culpable de esos males, se sentirá con la convicción de que hay un otro que a través de prácticas sobrenaturales está interfiriendo en los planes vitales, en pocas pala-

bras, dirá que le hicieron mal de ojo, pues reconocer los vicios personales es una tarea que pocos, por su soberbia, consiguen.

La creencia popular en el mal de ojo es antiquísima; ya los romanos, por dar un ejemplo, mencionaban en el siglo I de nuestra era la existencia de este maleficio que fomenta la mala suerte en la vida del enemigo. Maneras de hacer mal de ojo hay muchas, pero la principal consiste en mirar con tal negatividad, repulsión y odio a alguien que el desprecio se manifiesta al instante en su vida. El mal de ojo se fundamenta en la mirada y por ello podríamos ligarlo a otra palabra: "envidia", la cual se crea a partir de "in" (hacia dentro) y "videre" (ver), por lo que la envidia es el acto de ver con hostilidad hacia adentro; ¿por qué no hacia afuera?, porque es en el interior de cada uno de nosotros en donde la vida existe y se mantiene, por lo que el objetivo del mal de ojo es envenenar, cual gota de aceite en el agua, aquello que nos anima.

Más que el deseo de poseer lo que el otro tiene, la envidia es el anhelo de su aniquilamiento. El envidioso es, por antonomasia, egoísta, pues lo que le molesta no es que el otro tenga, sino que las miradas y la atención recaigan en alguien que no sea él mismo. El envidioso no necesariamente debe de carecer de recursos materiales o intelectuales, pues se sabe bien que aún entre aquellos que son ricos y poderosos la envidia existe, y son precisamente estos envidiosos de los que más debe uno de cuidarse, pues, aunque efímero, pueden ostentar algún tipo de poder. En esta categoría de envidiosos es en donde se hallan, por ejemplo, los políticos.

Para un político envidioso –¿existen otros?– tener es tan necesario como respirar. Este tipo de individuos nunca están satisfechos y así se imponen el deber de tener mucho aunque sea de lo mismo, verbigracia: casas, autos, cuentas bancarias, relojes, vestimentas, etcétera. Tener cada vez más, principalmente la atención de los otros, pues al político de nada le sirven las cosas si no hay nadie que se las alabe y así, cuando el político se da cuenta de que alguien más le está robando la atención que él cree que se merece, lo envidia y trata de aniquilarlo a fin de que las miradas de los otros no se pierdan en alguien que no sea él mismo.

Quizás uno pueda pensar que el tema de los políticos envidiosos es reciente, pero no es así, ya en la antigua Grecia abundaban y fueron éstos quienes cobardemente se ocultaron tras el anonimato y convencieron al poeta Meletos de que acusara a Sócrates de pervertir con sus ideas a la juventud de su tiempo. Meletos,

que quería agradar a los políticos para que éstos lo ayudaran a conseguir fama, aceptó y así se presentó ante un tribunal solicitando que el filósofo fuera castigado con la pena máxima, es decir, la muerte. El juicio de Sócrates es descrito por su alumno Platón en un diálogo llamado *Apología de Sócrates*; leamos lo que Sócrates dice ahí:

> Como mis acusadores son anónimos, me veo obligado a batirme contra las sombras (1985: 150).
> [...] Intenté hacerles ver a unos políticos que no poseían la sabiduría que presumían, con ello me gané su envidia (p. 154).
> [...] Entre los políticos y yo, yo soy más sabio porque yo sí reconozco que no sé nada (p. 155). [...] La envidia es una plaga que no se detendrá con mi condena (p.165).
> [...] No le temo a la muerte y prefiero obedecer antes al dios que a ustedes, y mientras tenga aliento y las fuerzas no me fallen, tener presente que no dejaré de preguntar (p. 166).
> [...] ¿No se avergüenzan de estar obsesionados con las riquezas, la fama y los honores mientras descuidan la sabiduría? (p. 168).
> [...] Quien quiera luchar por la justicia debe tener muy presente, si quiere vivir muchos años, que debe alejarse de la política (p. 172).
> [...] El mayor bien para uno es vivir para la virtud y examinarse, pues una vida sin examen no merece ser vivida (p. 180).
> [...] Lo más difícil no es escapar de la muerte, sino evitar la maldad (p. 182).

Las anteriores palabras de Sócrates son algunas de las que, de acuerdo a Platón, dijo al momento de ser enjuiciado ante un tribunal de poco más de quinientas personas. A Sócrates se le acusó de ser ateo y de pervertir a los jóvenes con sus ideas, pues antes que motivarlos a buscar las riquezas, sembraba en sus corazones la duda filosófica para hacerlos conscientes de la esclavitud en que todos se hallaban debido al conformismo y facilidad con que uno se entrega a los placeres mundanos. Sócrates enseñó la manera adecuada de cuestionarlo todo, pero no desde la pregunta burda que no nos lleva a nada, sino desde el cuestionamiento crítico y racional de las fallas de la vida humana. Además, y este es el centro de su doctrina, Sócrates mostró la importancia de reconocer la ignorancia propia,

pues no hay nada más enriquecedor que ser conscientes de nuestra ignorancia o, en palabras socráticas, saber que no sabemos nada.

Sócrates no pudo convencer a los políticos envidiosos de su inocencia, pero tampoco intentó salvarse de la condena, pues, debido a que en verdad nadie sabe que hay más allá de la muerte, él no le temía a ésta y así, sus últimas palabras fueron: "No tengo nada más que decir. Ya es la hora de partir: yo a morir, vosotros a vivir." (p. 186) Preguntémonos: ¿realmente estamos viviendo o como los políticos que condenaron a Sócrates nos hemos perdido en una espiral de envidias? ¿Nos avergonzamos de nuestra ignorancia o es ésta un aliciente para seguirnos cuestionando? ¿Habremos cumplido con el examen de nuestra vida cuando llegue la hora de partir?

Del Banquete a la Cena

Ya sea para celebrar los grandes triunfos sobre la cotidianidad a la que nos enfrentamos incesantemente –como el nacimiento de un bebé, la obtención de un grado escolar, la unión marital de dos amantes, y aún cualquier otra empresa que haya requerido de un esfuerzo casi sobrehumano–, o para apaciguar las profundas tristezas que inevitablemente nos aquejan –como el fallecimiento de algún ser querido, la pérdida de un empleo, o la ruptura de dos almas que se juraron eternidad en el altar–, los seres humanos nos reunimos con quienes estimamos en torno a una mesa con alimentos y bebidas cuya abundancia dependerá de las posibilidades del anfitrión. La comida es parte de nuestra cultura y más allá de ser simples alimentos son símbolos cargados de creencias místicas y de valores morales. La mesa servida es un símbolo de la cultura que podríamos resumir en una palabra: amistad. ¿Y es que acaso hay algo mejor que reunirnos con nuestros más allegados para buscar afecto y consolación por el inexorable paso del tiempo? Aniversarios natales y luctuosos requieren de una mesa dispuesta para cobrar un sentido trascendente, pues nada hay más triste que una mesa, no modesta, sino vacía.

Los alimentos se disfrutan mucho más entre amigos y amantes. Sus sabores seducen y se gozan más con un trago de buen alcohol que arde desde los labios y quema hasta el estómago; la comida es un placer que empieza por la vista, sigue

por el olfato y continúa por el gusto hasta un estómago que hace espíritu de esta materia. Banquetes como estos todos hemos tenido, pero sin lugar a dudas hay uno en especial que debe de ser recordado por los comensales que lo asistieron, se trata del famosísimo *Banquete* descrito por el filósofo Platón en uno de sus diálogos, y al que llegó como invitado uno de los hombres más sabios de Occidente: Sócrates.

El banquete descrito por Platón está datado alrededor del año 400 a. C. y ambientado en la casa del poeta Agatón, quien entre sus muchos invitados tiene el honor de contar con el ya mencionado Sócrates. El banquete es rico en alimentos y en vino, y entre los muchos temas en que los ebrios amigos discurren –pues no es novedad que cuando se está ebrio se habla mucho y de todo– es el del amor el que más desencuentros genera, pues mientras que unos ven al amor como un simple deleite del instinto, otros lo miran como el único sentimiento de llevarnos hacia la dimensión más sagrada de la vida. Como es predecible, la opinión de Sócrates es la que más expectativas genera entre los invitados a la reunión, pues el filósofo, a pesar de describirse a sí mismo como un hombre ignorante, es el más lúcido de todos, y no sólo por las ideas con que está nutrido, sino porque es capaz de beber mucho sin embriagarse.

La idea del amor platónico surge en este banquete. Para nosotros el amor platónico es aquel que tenemos hacia alguien inalcanzable y que sólo admiramos lejanamente, sin embargo, el amor platónico no es esto, sino algo más complejo; el amor platónico es aquel amor que se tiene primero por una persona y que gracias al desarrollo espiritual terminará en un amor por la Creación entera. En las descripciones profundas de este tipo de amor, que es el más alto entre los humanos, ocurre el banquete platónico. Su final llega cuando todos, a excepción de Sócrates, han sido vencidos por el vino, y el lector, nosotros, quedamos con la sensación de haber bebido de la misma copa del filósofo.

Un poco menos de quinientos años después, en un cenáculo de Jerusalén, Jesús se reunió con sus discípulos para llevar a cabo un banquete similar, aunque más modesto, al de Agatón. Reunido con sus discípulos y luego de disfrutar del pan y del vino, Jesús dejó a sus discípulos tres lecciones: la eucaristía, la traición y el amor mutuo. ¿En qué se asemejan nuestros banquetes al de Platón y al de Jesús? ¿Acaso nosotros no nos reunimos para celebrar a la vida (Sócrates) y a la muerte (Jesús) rodeados de alimentos? Dejó asentado Sócrates que el amor es el

único medio para admirar al universo entero y Jesús perpetuó la sapiencia del filósofo cuando nos legó su sentencia: "Amaos los unos a los otros"[42].

Para el filósofo y para el dios encarnado el camino es el mismo: el amor, y la manifestación de éste la encontramos en los más grandes convites de Occidente: el *Banquete* de Platón y la Última Cena de Cristo. Amar es comer y beber con quienes tenemos en alta estima, y en esto tanto Platón como Jesús imitan al *Eclesiastés*, escrito supuestamente por Salomón en el año mil antes de nuestra era y del que vale la pena citar lo siguiente:

> No hay cosa mejor para el hombre sino que coma y beba, y que su alma vea el bien de su trabajo (2:24).
> [...] He aquí pues el bien que yo he visto: Que lo bueno es comer y beber, y gozar uno del bien de todo su trabajo con que se fatiga debajo del sol, todos los días de su vida que Dios le ha dado (5:18).
> [...] Anda, y come tu pan con gozo, y bebe tu vino con alegre corazón: porque tus obras ya son agradables á Dios (9:7).

Las sentencias más conocidas del *Eclesiastés* son: "Vanidad de vanidades, todo es vanidad" (1:2), y "No hay nada nuevo bajo el sol" (1:9); sin embargo, las anteriores referencias nos muestran que para Salomón, a pesar de la aparente insignificancia de la vida humana, lo único valioso es compartir la mesa con quienes amamos, con quienes nos acompañan en nuestro día a día, y es que no puede ser de otra manera, pues la palabra "compañero" nos viene del latín y significa "compartir el mismo pan", ¿y en dónde se comparte este pan?, en el comedor, palabra que poéticamente se llegó a explicar como "comer con el otro".

Comer y beber es algo más que alimentarse, es revivir los mitos del amor pagano y cristiano que hoy nos forman como individuos. En todo banquete se esconde un sacrificio que hacemos por el otro a quien amamos, pero en la misma mesa, también, reside un secreto cuchillo de quien, por unas monedas, habrá de traicionarnos. En la copa ha sido vertido el misterio.

---

[42] *Juan* 13:34

De pie frente a la puerta

El simposio (*El Banquete*) es uno de los diálogos platónicos más visitados por los escasos espíritus filosóficos de nuestros días. Es un texto bello, inagotable y que versa sobre el amor; preciado bien jamás ausente, pero sí oculto para los profanos;también la filosofía es ajena para los espíritus vulgares. En *El simposio* intervienen apenas una quinteta de personajes ilustres de la Grecia antigua que se reúnen para enaltecer las palabras del *Eclesiastés*: todo es vanidad, excepto comer y beber con los que se aman[43].

Uno de los invitados al banquete es Sócrates, a quien el anfitrión de la casa manda a buscar, pues la hora del encuentro ya ha ocurrido sin que el filósofo se presente. Presuroso, un esclavo sale al reino de los ignorantes y encuentra al invitado de honor afuera de la casa vecina (*El Banquete*, 190). El lacayo le habla al sabio, pero éste no lo escucha, sólo permanece de pie, frente a la puerta. El siervo regresa ante su amo explicándole que el maestro lo ha ignorado y se ha quedado en la casa del vecino; el anfitrión no tiene más remedio que esperar a que su invitado vaya al simposio cuando sea el tiempo de acudir[44].

Si bien la escena anterior pasa desapercibida para la mayoría de los lectores noveles, lo cierto es que es fundamental para entender el método por el cual Sócrates asimila y comprende al mundo. Cuando el filósofo está parado frente a la casa contigua no es porque haya errado en su andar, sino porque ha experimentado una disociación en la cual su cuerpo marcha automáticamente por un camino, mientras que su mente lo hace por otro más interior y elevado. Cuando Sócrates está absorto frente a la puerta no está viendo a la puerta con sus ojos de carne, sino observando al mundo con sus ojos inmateriales. Como un Cristo en

---

[43] Véase el apartado que lleva por título *Del banquete a la Cena*.

[44] En la misma página 190, puede leerse en la nota a pie de página número 11: "Primera mención del estado de recogimiento usualmente practicado por Sócrates... Frente a testimonios sin duda exagerados que hablan de éxtasis socráticos de días enteros, la meditación extática de Sócrates cuando se dirigía a la casa de Agatón suele considerarse histórica... Se ha postulado que, en esta meditación, Sócrates se concentraría en la idea de la Belleza en sí de la que luego iba a hablar".

el desierto, como un Siddhartha bajo el árbol, Sócrates, inmóvil, únicamente contempla.

Contemplar es la vía por la cual Sócrates recibe el conocimiento, el cual es necesario transmutar en ignorancia para llegar a la sabiduría. Otro pasaje del Sócrates contemplativo describe que una tarde éste llegó caminando automáticamente frente a un arroyo de agua ante el cual se detuvo clavando sus ojos en el cielo y ahí permaneció hasta el mediodía siguiente; el culto a los astros, a la luna y al sol era la silenciosa plegaria en la que el filósofo reconocía su insignificancia ante la gran obra que representa la naturaleza, manifestación sagrada que lo único que exige de sus criaturas es la observancia inmóvil.

Algunas preguntas surgen de los pasajes anteriores ¿cuando Sócrates está de pie, frente a la puerta, qué miran sus ojos de carne y qué, los de espíritu? ¿Es la puerta cerrada del vecino una analogía de la puerta del conocimiento que todo iniciado busca abrir? ¿En dónde estaba el simposio, con el anfitrión o en los dones que la naturaleza ofrecía en ese momento? ¿Qué es lo que Sócrates percibía en la contemplación del cielo: el paso inexorable de los días o la lejana música de las esferas de la que Pitágoras alguna vez dio cuenta? Permanecer inmóviles y contemplar es la máxima virtud del espíritu cultivado.

Epicuro: un visitante inesperado[45]

Podemos afirmar, sin temor a errar, que diariamente nos vamos a dormir confiando en que mañana todo seguirá igual, o que al menos el día a día mantendrá ese parcial equilibrio que con esfuerzos hemos logrado. Nos vamos a dormir confiando en que al amanecer seguirán a nuestro alrededor las mismas personas que, por las razones que cada quien se haya forjado, amamos o rechazamos, o que incluso podríamos odiar. Sin embargo, nada es lineal y todo movimiento estable en algún punto colapsa, se curva, se quiebra; la vida es, frágil, es porce-

[45] Siglos II–III a. C. Epicuro postuló que es posible vivir disfrutando del placer, siempre y cuando éste se busque con moderación, lo cual representa un postulado contrario al de los estoicos, quienes se privan del disfrute del cuerpo.

lana temiendo asomar una grieta. Todos nos vamos a dormir confiando en que despertaremos y así lo hacemos, pero hay momentos en los que los demás se quedan dormidos, no una noche, sino para siempre.

La rima número LXIX del poeta español Gustavo Adolfo Bécquer dice así:

> Al brillar un relámpago nacemos
> y aún dura su fulgor cuando morimos;
> ¡tan corto es el vivir!
> La Gloria y el Amor tras que corremos
> sombras de un sueño son que perseguimos;
> ¡despertar es morir! (2005: 231).

¿Y es que acaso la vida no dura, como dice el poeta, lo mismo, o incluso menos, que un fulgor o, como dice la sabiduría popular, que un parpadeo? Ayer fuimos niños jugando con otros niños, fuimos niños soñando con ser adultos, pero hoy somos adultos soñando con volver a ser niños, adultos soñando los mismos sueños de cuando niños, adultos temiendo soñar con la noche en que no habremos de despertar de nuevo. Nacemos con la luz de un relámpago, pero es nuestro tiempo tan efímero, que aún dura el brillo de aquella evocación celeste cuando expiramos. Nacemos con la luz, pero en nuestro tropezado andar terminamos persiguiendo sombras fugitivas, sombras que de un sueño son espejismos. El dinero, el poder, los bienes materiales y la fama son sombras son de un oscuro dormir. Durante el día esperamos la llegada de la noche para poder dormir y descansar, pero no nos damos cuenta de que ya vivimos dormidos y por eso es que cuando el otro no despierta y nuestro día a día se ve interrumpido por esa grieta que la porcelana teme, sufrimos.

¿Pero es que realmente esta vida es, como dice el poeta, más corta que el fulgor de un relámpago? ¿No será, más bien, que nos hemos empeñado en desperdiciarla consumiendo sombras? Pues no podemos negar que el tiempo muchas veces lo consumimos en rencores, en enojos, en rencillas, en una entrega inmisericorde a la pereza o trabajando horas extras –aunque la vida no tiene nada extra– para adquirir lujos que no nos enriquecen de ninguna manera. ¿Y qué es lo que pasa cuando vemos que el tiempo se nos agota y que los demás duermen su última noche y nunca más despiertan?, pues que queremos hacer un ahorro

de los residuos que nos quedan en el fondo del vaso, pero esto no es más que un absurdo, pues por estar persiguiendo sombras, no nos dimos cuenta cuando nuestra copa, junto con las de los demás, se consumió.

"Aprovecha el día"[46], lo escuchamos todos los días, ¿pero cuántas veces lo llevamos a cabo? Y ya no digamos un día, sino tan sólo un minuto, ¿cuántos de nosotros podríamos decir que podemos vivir plenamente cada uno de los sesenta segundos de un minuto? ¿Cuántos de nosotros podríamos afirmar que ese fulgor con que nacimos se mantiene resplandeciente durante cada segundo de uno de nuestros minutos? ¿Cuántos podríamos mantener nuestra atención alerta a fin de evitar que la contada agua con que hemos sido premiados se nos extinga? Saber aprovechar el aquí y el ahora es una virtud que pocos conquistan y que muchos menosprecian.

Ya lo dijimos, pretender hacer un ahorro con lo que nos queda en el fondo del vaso[47] es un absurdo al que nos entregamos cuando nuestro diario vivir se quiebra, cuando nuestra porcelana se agrieta, cuando ese otro que nos acompaña duerme, sin que nadie lo sepa, para nunca más despertar. Dolor, angustia, arrepentimiento son algunos de los venenos que nuestras heridas supuran cuando la normalidad cotidiana se torna anómala, lo increíble es que en estas situaciones en lugar de que el ejercicio de consciencia se sobreponga ocurre lo contrario y así, uno termina entregándose, nuevamente y más presurosamente, a consumir sombras y todo porque sencillamente uno nunca se preparó para la visita de ese visitante inesperado: la muerte. Qué dichosos seríamos si desde hoy le tuviéramos la mesa lista y nuestro equipaje hecho a aquella que sin decir nunca ni una sola palabra nos hizo saber que un día se presentaría en nuestra puerta.

Sobreponerse a la aflicción sería mucho más sencillo si todos los días nos fuéramos a dormir desconfiando en el mañana, pues esto nos ubicaría en el aquí y en el ahora, lejos de las sombras y del egoísmo. ¿Existe algún remedio para nuestra imperfecta condición? Recetemos, por ahora, las mismas cuatro medicinas que el filósofo Epicuro recomendó en su tiempo:

---

[46] *Carpe diem*, dice el poeta latino Horacio.

[47] Séneca, *La brevedad de la vida*.

> Uno: El ser feliz e inmortal no tiene preocupaciones ni las causa a los demás; así que no está sujeto ni a la ira ni a la benevolencia; pues todo lo de este orden está en el ser débil. Dos: La muerte no nos importa nada, porque lo disuelto no tiene sentidos y lo insensible no tiene nada que ver con nosotros. Tres: El límite de la magnitud de los placeres es la sustracción de todo el dolor. Y dondequiera que esté el placer y durante todo el tiempo que esté, no hay dolor físico ni tristeza ni ambos en conjunto. Cuatro: No dura sin interrupción el dolor en el cuerpo, sino el dolor agudo queda durante el mínimo tiempo y el que apenas supera el placer en la carne no dura muchos días; las enfermedades largas tienen en el cuerpo mayor placer que dolor (1962: 61).

Las cuatro medicinas de Epicuro podrían resumirse de la siguiente manera: Uno: No le temas a Dios, pues no sabemos si realmente existe ni si le importamos. Dos: No le temas a la muerte, pues cuando vives ella no está y cuando llega, tú ya te has ido. Tres: Lo bueno es fácil de conseguir, está en la naturaleza. Cuatro: Los dolores de la enfermedad, por ser naturales, son soportables y conducen a la sabiduría. Recetado lo anterior, meditemos en cuáles son los cuatro venenos que nosotros diariamente bebemos y que consumen nuestra limitada agua vital. ¿Hemos preparado la mesa y nuestro equipaje? Apurémonos, está por llegar un visitante inesperado.

Mortalidad dichosa

Un síntoma de la sociedad global es su ansia de prolongarse en el placer. No importa la gran ciudad de la que se trate, en todas se comparten las mismas formas de gozo. Los deportes, las producciones fílmicas o en series, los alimentos industrializados, las redes sociales, las fotografías de uno mismo en innumerables poses, los conciertos y festivales de música, las librerías, la moda, los automóviles, los cigarrillos, las bebidas alcohólicas, la sexualización y muchas categorías más persiguen, invariablemente, al placer, pero, como este placer es el del cuerpo su caducidad es inmediata, generando al instante la necesidad de nuevamente buscarlo. El placer de la sociedad global es huidizo y efímero, pero, también, doloroso.

Todo cuanto se hace hoy en día busca la promoción del disfrute a través de la supresión del dolor. La sociedad contemporánea no quiere sufrir y por eso lo políticamente correcto es tan difundido en la vida pública, aunque en la individual se le rechace. Son pocos los que hoy en día se atreven a exponer sus ideas y su sentir con respecto al mundo, pues el riesgo de ser condenado a la exclusión es alto. Se ha dicho muchas veces, pero es necesario repetirlo: en esta sociedad de libertad de expresión la censura social es cada vez mayor, siendo lo lamentable que ésta no viene de instituciones políticas ni ideológicas, sino de otros individuos como nosotros. Pero no perdamos la idea, decíamos que la sociedad que vemos hoy tiene miedo al dolor y por eso ha encumbrado al placer.

Placer y dolor son los extremos de la vida. Vamos entre uno y otro sin cesar. Hay quienes ven placer en el dolor y otros, a la inversa, encuentran en el placer, dolor. Epicuro de Samos, en el siglo III antes de la era cristiana, fue un filósofo del placer y del dolor. Generalmente, cuando pensamos en los filósofos griegos recordamos a Platón y a Aristóteles; sin embargo, hubo más escuelas filosóficas en la antigüedad, el epicureísmo es una de ellas. Los filósofos epicúreos consideraban que la vida del ser humano no tenía garantías de perfeccionarse en una dimensión suprema ubicada más allá de la muerte, es decir, por ser ellos atomistas no se preocupaban por la existencia de Dios. Por esta falta de consideración de la vida ultraterrena es que preferían centrarse en vivir cada momento con placer y sin dolor.

Dicho lo anterior, ¿podríamos entonces adelantar que nosotros, nuestra sociedad, por buscar el placer y evitar el dolor es epicúrea? La respuesta es no. Cierto, esencialmente nos movemos por el mundo igual que los epicúreos, pero con la diferencia, considerable, de que ellos no sólo no creían en la existencia de Dios, o al menos la percibían como algo más allá del entendimiento humano, sino que, además, eran sabedores de su finitud y, por tanto, realizaban constantes ejercicios de consciencia, pues si van a vivir para el placer y alejados del dolor, pensaban ellos, debe de ser dentro de lo prudente.

A Epicuro se le recuerda no sólo por haberse entregado a lo placentero (hedonismo), sino por haber alejado de sí todo miedo a la muerte; una de sus máximas es así: "Cuando vivimos la muerte está ausente; y cuando llega, nosotros ya nos hemos ido" (García Gual, 2002: 142). O, también, siguiendo a Epicuro:

> El límite de la grandeza de los placeres es la eliminación de todo dolor. Donde exista placer, por el tiempo que dure, no hay ni dolor ni pena ni la mezcla de ambos. Ningún placer es por sí mismo un mal, pero las causas de algunos placeres acarrean muchas más molestias que placeres. Quien es consciente de los límites de la vida sabe cuán fácil de conseguir es lo que elimina el dolor por una carencia y lo que hace lograda una vida entera (2012: 93).

Epicuro fue un filósofo público. A diferencia de Platón y de Aristóteles, él no poseyó ninguna escuela, sino que todos los días se le encontraba dando lecciones en un parque griego asistido por prostitutas, limosneros y bandidos, pero también por uno que otro espíritu inquieto y de alcurnia; por su presencia constante en los parques hoy se le conoce a su no-escuela como "El Jardín". ¿Qué era lo que motivaba a ricos y a pobres a juntarse por breve espacio de tiempo a escuchar las palabras del filósofo hedonista? Precisamente el hecho de que todos vivimos en el placer y en el dolor, pero nunca en medio, pues nuestra existencia transcurre entre innumerables banalidades que damos por necesarias, sin percatarnos de que por un placer que nos regalan son diversos los dolores que nos siembran.

Los epicúreos tenían una palabra para referirse a la tranquilidad: *ataraxia*. La ataraxia es un estado del espíritu en el que mediante el disfrute prudente de los placeres, acompañados por la reflexión, se ha llegado al punto medio entre lo hedonista y lo doloroso. Así, el epicúreo, al no estar preocupado por si posee un alma capaz de alcanzar la dimensión eterna, se ajusta a vivir en el momento con placer y de acuerdo a cuatro reglas: "No temas a los dioses. No temas a la muerte. Lo bueno es fácil de conseguir. Lo malo es fácil de soportar" (García Gual, 2002: 138).

De los muchos placeres a que podemos exponernos es el de la amistad el más grande. El amigo de Epicuro fue Meneceo a quien aleccionó sobre cómo la muerte no era un mal terrible como todavía hoy se piensa. Si gozamos y sufrimos es porque sentimos, y dado que la muerte no se siente no sólo basta esto para dejar de temerle, sino para, viviendo en la plenitud de la ataraxia, eliminar el ansia de eternidad y centrarnos en nuestra mortalidad dichosa.

Aristóteles: la rabia humana[48]

Ocurre el siglo IV a. C. Alejandro Magno cuenta con apenas 15 años de edad, sin embargo, su preparación militar es envidiable, pues nadie es tan diestro como él en el arte de la guerra, ya sea que la batalla ocurra entre afilados aceros o seductores almohadones de plumas. El avance imparable de un caballo hace trepidar a la ciudad de Pela. El animal es descomunal, y si detiene su carrera es sólo para arrancar con sus dientes los brazos de quienes osan atraparlo. La bestia llega hasta donde Alejandro, se miran furiosos, y corren el uno al otro ardiendo en instinto. La bestia, a pesar de su estirpe mitológica es sometida, sin embargo, el orgullo no la entorpece y reconociendo la supremacía de su rival se convierte en su compañero de guerra. Alejandro y Bucéfalo, que es el nombre del caballo, fueron inseparables a partir de entonces y durante treinta años, los unió un amor que el monarca nunca halló entre los de su especie, y cuando el corcel feneció, su jinete erigió una ciudad en su nombre.

El maestro de Alejandro Magno fue Aristóteles, filósofo de innumerables intereses, pero con uno muy particular: la zoología, siendo posible afirmar que con él se funda esta ciencia cuyo objeto de estudio son los animales. Aristóteles escribió una vasta obra biológica en la que estudia a las especies animales, tanto silvestres como domésticas, procurando no excluir a ninguna. Nos habla de las aves como de los peces, perros y gatos, de las serpientes e insectos, y también, indudablemente, del hombre, quien ha establecido una relación con los animales no sólo con fines de utilidad, sino también, afectivos, como es el caso de Alejandro y Bucéfalo.

---

[48] Es el más conocido discípulo de Platón. Ubicado en el siglo III a. C., Aristóteles compartió parcialmente la teoría del mundo de las Ideas desarrollada por su maestro. Luego de la muerte de Platón, Aristóteles abandonó la academia y desarrolló su propia línea filosófica, la cual representa el inicio de la vía racionalista de la filosofía. Se interesó ampliamente en el estudio de la naturaleza y de los animales, de ahí que sea el padre de la biología, además mantuvo su atención en los temas de la metafísica, de la política y del quehacer humano. La doctrina de Aristóteles, durante la Edad Media, fue la que permitió el desarrollo de la escuela escolástica, que es de alguna manera un aristotelismo cristianizado.

Para Aristóteles, no hay animal menor ni insignificante, pues todos tienen la misma importancia dentro de la escala vital. El filósofo se maravilla tanto con el imponente elefante, como con la minúscula pulga que nos deja su molesta comezón. En su tratado *Investigación sobre los animales*, se expresa de la siguiente manera:

> No se debe de alimentar un disgusto infantil hacia el estudio de los seres vivos más humildes: en todas las realidades naturales hay algo maravilloso. La ausencia de azar y la orientación a un fin está presente en las obras de la naturaleza. Y el fin, en torno al que éstas se han constituido, ocupa el lugar de la Belleza. Pero si alguno considerara indigna la observación de los otros animales, de igual modo debería considerar también la de sí mismo (1992: 10).

Lo que Aristóteles nos dice es que la variedad de animales tiene como único fin enriquecer al mundo con el favor del Bien y de la Belleza, y es por esta búsqueda del Bien y de la Belleza que el hombre se ha hecho acompañar de animales en todas las épocas; Alejandro y Bucéfalo son tan sólo un ejemplo del amor que uno puede tener hacia los animales, pero podríamos citar otros, famosos o particulares, como el del amor que cada uno de nosotros siente, si fuera el caso, con sus mascotas, palabra que antiguamente significaba "talismán" o "amuleto", y que abre la incógnita de si nuestros compañeros no humanos nos preparan mejor para la vida por una suerte de cualidades sagradas.

Del amor a los animales no sólo ha hablado Aristóteles. Por ejemplo, Sir Roger Scruton, filósofo del siglo pasado, juzga necesario el amor a los animales, sin embargo, lamenta la humanización que se ha hecho de los mismos. Nuestra especie, egoísta, es incapaz de amar a sus iguales y así transfiere este amor egoísta a un nuevo objeto: los animales. Scruton, dice:

> En particular me preocupa que nuestras inclinaciones afectivas favorezcan a algunos animales por encima de otros (2016: 27).
>
> [...]
>
> Hay amores que destruyen [...] Lo bueno no es sólo amar, sino amar correctamente [...]. El amor requiere disciplina (p. 31).
>
> [...]

> ¿Cuándo y cómo es correcto amar a un animal? Me parece que el modo correcto de amar a un animal no es amarlo como a una persona, sino como a una criatura que ha sido criada hasta llegar a las fronteras de la personalidad (p. 32).
> [...] Mientras que el amor de los perros es incondicional, el nuestro está lleno de condiciones (p. 34).
> [...] El hombre conduce a las personas a ver a los animales como muñecos, al mismo tiempo que hace creer que los animales están siempre en lo correcto y tienen una posición moral privilegiada (p. 39).

Scruton no se equivoca, el amor desaforado produce más estragos que beneficios, y es que, como decía Aristóteles, cuando el amor es emanado desde el vicio, sólo conduce hacia el mal. Sin embargo, tenemos ejemplos notables de quienes amaron hasta el último momento a sus compañeros mascotas, tal es el caso de Lord Byron, poeta que en el siglo XIX vio morir, de rabia, a su perro, Boatswain, a quien le escribió estos versos:

> En este lugar
> reposan los restos
> de quien poseyó belleza sin vanidad;
> fuerza sin insolencia;
> valor sin ferocidad;
> todas las virtudes del hombre y ninguno de sus vicios
> [...] Mi perro, Boatswain, en vida el amigo más fiel,
> el primero en saludarme, el más dispuesto a defenderme,
> cuyo honesto corazón trabaja, pelea, vive y respira por su dueño,
> por él cae sin honores, y su alma es rechazada en el cielo,
> mientras que la del hombre, ¡vano insecto!,
> reclama un cielo exclusivo para él.
> El amor del hombre es lujuria y su amistad, engaño;
> su lengua, hipocresía, y su corazón, mentira.
> Pero estas piedras se levantan para señalar los restos de un amigo;
> al único que conocí y que ahora yace (2012: 39).

Incondicional es el amor de los animales; condicional, el nuestro. Perros o gatos, aves o peces, reptiles o insectos, cualquiera que sea la bestia que nos acompaña, en su alma no hay más que Bien y Belleza y en sus ojos nuestra animalidad y misterio se reflejan. ¿Cuál es el tesoro que en los incontables animales reside? Desde Aristóteles y hasta Scruton, desde Bucéfalo y hasta Boatswain, un amor animal y puro se niega a morir. Un amor animal y sincero se opone a las fauces espumosas que devoran al mundo. Un amor animal e inconmensurable vive en cada gato, perro, ave, pez, reptil e insecto y lucha sin tregua en contra del burbujeo hirviente emanado del mayor mal de todos, aquel que humilla al mundo ante su egoísmo y que no es otro que el nacido del peor animal de todos: la rabia humana.

El centro del cosmos

Más abrumador que la infinitud del universo es la de la ignorancia humana. La abundancia de información en la sociedad actual es inversamente proporcional a su inteligencia. Diariamente sabemos de algún nuevo desatino que la falta de cordura produce en los individuos, independientemente de si estos pisaron alguna vez las aulas. Los avances tecnológicos, por su novedad precisamente, fomentan entre las personas, aún en las llamadas "letradas" o "cultas", miedo a lo que no comprenden y a lo que tampoco quieren entender. Así, hoy somos testigos de sinrazones como que las nuevas antenas de tecnologías telefónicas favorecen la propagación de los virus pandémicos; que en los hospitales drenan el líquido sinovial de las rodillas de los enfermos; que los termómetros infrarrojos exterminan a través de un láser a las neuronas de los examinados; que las vacunas realmente implantan enfermedades "inteligentes"; o que la forma de la Tierra es plana, y que las sociedades secretas coludidas con el gobierno nos han mantenido engañados con respecto a la esfericidad de nuestro planeta. Ejemplos como estos hay muchísimos más, pero baste por ahora centrarnos en el último, en el del sitio y movimiento de nuestro planeta, para deleitarnos.

Eratóstenes fue un matemático griego que en el siglo II a. C. dio un valor aproximado de la circunferencia de la Tierra. El científico calculó un valor que rondaba, ajustándose a nuestro sistema métrico decimal, los 40,000 kilómetros;

los satélites artificiales contabilizan la circunferencia en 40,075 kilómetros. Eratóstenes calculó además, con ciertos fallos, la distancia entre nuestro planeta y la luna, y entre nuestro planeta y el sol, concibiendo en todo momento a nuestro planeta como un cuerpo esférico. Posteriormente, en el siglo IV d. C, , la filósofa Hipatia de Alejandría rectificó las hipótesis de Eratóstenes con respecto a la circularidad en la trayectoria de los astros, proponiendo que la traslación de los cuerpos es realmente elíptica y considerando que nuestra casa es esférica.

Las ideas de Eratóstenes y de Hipatia encuentran sus precedentes en dos pensadores del siglo III a. C El primero de ellos es Aristarco de Samos, quien propuso que la Tierra gira alrededor del sol y que ésta no es el centro del universo. El segundo es el ya predecible Aristóteles y su tratado *Sobre el cielo*, en el que examina el origen, naturaleza y finalidad del cosmos, así como los cuerpos que lo componen, en este caso, los planetas, o como decía Hipatia: las estrellas errantes. Las estrellas fijas son todas aquellas que aparentemente nunca mudan de lugar en el firmamento, por otra parte, las errantes son las que modifican su curso cada noche, estos son los planetas de nuestro sistema Solar.

Volviendo a Aristóteles y su tratado, el filósofo considera como cierta la esfericidad de la tierra y desecha ideas insostenibles como que ésta es plana; o que flota en el agua; o que es una tierra finita cuyas raíces se extienden infinitamente hacia abajo. En lo que difiere es en la posición ésta que ocupa, pues, aunque considera que la Tierra puede girar en torno al centro del cosmos, él se inclina más a que nuestra esfera es el centro y el resto de los cuerpos astrales la circundan. ¿Cuáles son las correspondencias entre todos estos pensadores grecolatinos? Que la tierra es esférica y que el movimiento es lo que anima y da sentido al infinito cosmos.

La polémica en torno a la forma y movimiento de las esferas celestes fue recuperada con vigor por Nicolás Copérnico en el siglo XV, quien construyó su modelo del cosmos con ideas de los pensadores anteriores ya mencionados. Su obra se llama *Sobre las revoluciones* y en ésta comprobó no sólo la esfericidad de la Tierra, sino, además que su movimiento era heliocentrista, es decir, alrededor del sol. La obra de Copérnico se distancia de la de Aristóteles, aunque en muchos puntos se entrelazan. Por ejemplo, dice Aristóteles de la esfericidad:

> En cuanto a la figura de cada uno de los astros, lo más razonable es considerala esférica. En efecto, puesto que se ha mostrado que no están naturalmente dotados para moverse por sí mismos y como, por otro lado, la naturaleza no hace nada irracionalmente ni en vano, es evidente que ha dado a las cosas inmóviles el tipo de figura menos móvil (1996: 138).

Copérnico, añade:

> En primer lugar, hemos de señalar que el mundo es esférico, sea porque es la forma más perfecta de todas, sin comparación alguna, totalmente indivisa, sea porque es la más capaz de rodas las figuras, la que más conviene para comprender todas las cosas y conservarlas, sea también porque las demás partes separadas del mundo (me refiero al Sol, a la Luna y a las estrellas) aparecen con tal forma, sea porque con esta forma todas las cosas tienden a perfeccionarse, como aparece en las gotas de agua y en los demás cuerpos líquidos, ya que tienden a limitarse por sí mismos, para que nadie ponga en duda la atribución de tal forma a los cuerpos divinos (1997: 15).

¿Qué es lo que se discute desde Aristóteles y hasta Copérnico? La forma, movimiento y lugar de los astros, principalmente de la Tierra. La observación fue suficiente para que los astrónomos antiguos supiesen de la esfericidad de nuestra casa y de su posición en el cosmos. Hoy, en esta sociedad con infinitas posibilidades para educarse, se sigue defendiendo que la Tierra es plana porque los individuos, inconscientes de las libertades de las que gozan, prefieren deleitarse en sus miserias efímeras desconociendo no sólo la forma, movimiento y lugar de ellos en el mundo, sino teniendo aún la osadía de postular que el centro verdadero del cosmos no lo ocupa el sol, ni mucho menos la Tierra, sino ellos mismos que se asumen como entes irremplazables y poseedores de la verdad absoluta, cuando son solamente errantes y finitos.

Quod dolore vacat, non quod suave est, persequitur vir prudens
(No el placer, sino la ausencia de dolor es lo que persigue el sabio).
Aristóteles, Ética nicomaquea (VII, 12).

Ἡ ησυχία φερει ευδαιμονιαν[49] es una locución griega que se enseña desde las primeras lecciones de dicha lengua. Se trata de una oración simple: un sujeto (He hesigía), un verbo (ferei) y un predicado (eudaimonían). La traducción literal sería: "La tranquilidad produce felicidad".

Aristóteles fue un filósofo griego del siglo IV a. C. cuya influencia continúa moldeando nuestro pensamiento "moderno" a las formas más arcaicas, pero sofisticadas, de percepción, entendimiento y exteriorización del mundo. Ética nicomaquea es el título de uno de sus tratados, en él se muestran algunos deberes del hombre para llevar a cabo la práctica de la virtud y alcanzar su propia felicidad, o como al inicio de este texto se cita, la "eudaimonía".

Pero esta felicidad no puede hallarse sin su complemento, la "hesijía", concepto griego que remite a la tranquilidad. Mil años después de Aristóteles, en el siglo IV d. C., la hesijía derivó en una corriente filosófica del cristianismo oriental: el "hesicasmo", sus practicantes fueron sacerdotes que abandonaron las empresas humanas –tan vacías como las nuestras– para refugiarse en la soledad, silencio y quietud del desierto; en sus dunas cambiantes como los labios de un dios que es oído sin decir nada.

Entrado el siglo XIX fueron notables las figuras de los filósofos alemanes, uno de ellos, Arthur Schopenhauer, escribió el "Arte del buen vivir". Esta obra, basada en la eudaimonía aristotélica, pretende mostrar –y recordar– al hombre moderno que su paso por el mundo es temporal y su deber es buscar la felicidad, pero no aquella que se deriva del placer de estar sano, de poseer riquezas y de vivir en abundancia –pues ésta sería "eutijía", no eudaimonía–, sino del aprender a vivir

---

[49] La pronunciación aproximada sería: *He hesijía ferei eudaimonían.*

para la virtud y la ética, en favor de acercarnos al mayor bien: el camino de la belleza que nos acerca a la verdad.

El *Arte del buen vivir* examina al hombre desde tres ejes: "de lo que uno es", "de lo que uno tiene" y "de lo que uno representa". En concordancia con Aristóteles, Schopenhauer apuesta por una "plenitud del ser" alejada de los cuatro mayores males: la riqueza, el honor, la fama y el placer recordándonos que:

> En general, los sabios de todos los tiempos han dicho siempre lo mismo, y los necios, esto es, la inmensa mayoría de todos los tiempos, han hecho y dicho también lo mismo. Por eso decía Voltaire: "al marcharnos del mundo, le dejaremos tan tonto y tan malo como le encontramos al llegar a él" (2012: 28).

Partir de la hesijía del desierto interior hacia la eudaimonía del sabio atemporal; mudarse del mundo vicioso hacia la casa de la tranquilidad donde la plenitud del ser aguarda es tarea no del filósofo, sino del hombre virtuoso.

Abandonar el fanatismo

Hubo un tiempo en el que el conocimiento no estaba segmentado. Hoy, el pensamiento religioso, el político y el académico marchan por caminos diferentes; sin embargo, en tiempos correspondientes a la antigüedad no fue así, sino que religión, política y academia eran un pensamiento unificado. Esto quiere decir que, por ejemplo, para gobernar a un pueblo era necesario ser un sacerdote con capacidades de liderazgo y con conocimientos filosófico-científicos, de alguna manera estos individuos integraban en una sola persona lo que hoy se ha diseminado en muchos individuos. Cierto es que fueron aquellos hombres intelectualmente más capaces que los de hoy en día, mas no por ello fueron más virtuosos, pues su exceso de conocimiento carecía de una dote que pocos cultivan: la caridad.

Con el paso de las eras el conocimiento se fue dividiendo, especializando, alcanzando la forma que tiene hoy y que nos muestra que para ser un líder político no es necesario ser un guía religioso, o que para ser una mente destacada en lo académico tampoco se necesita del ejercicio de la política y si bien la espe-

cialización del conocimiento ha permitido a la humanidad grandes avances, también la ha llevado a caminar aislada; es decir, nuestra soledad es consecuencia de la sectorización de las ciencias, de las humanidades, de la política y de la religión.

La catalogación del conocimiento en diferentes ramas del saber es producto de la cientifización de la vida, esto es, del triunfo de la racionalidad. Gracias a la razón se consiguen libertades, pero también se forjan nuevos grilletes. El racionalismo es necesario para el mejoramiento personal y social, lo demostró Aristóteles de alguna manera, sin embargo, es preciso apelar a un equilibrio a fin de no seguir avanzando en esta soledad contemporánea. ¿Y cuál sería ese contrapeso que podríamos colocar en la balanza a fin de igualarla? El de la universalización de los saberes, es decir, ser capaces de concebir al conocimiento como una gran maquinaria en donde todos sus engranajes son necesarios para hacerla caminar.

Pero, así como la racionalización del mundo puede resultar inconveniente por lo ya mencionado, así también la tendencia a la universalización de los saberes, a concebir a las ciencias como un todo armonizado, es peligroso, pues en ambos extremos está el fanatismo como su máxima expresión. Con respecto a la palabra "ciencia" es necesario precisar que ésta, desde su etimología, significa "conocimiento" o "saber", la precisión es necesaria porque hoy en día la tendencia es suponer que hablar de ciencia es únicamente en un contexto de aquellos conocimientos verificables mediante un método lógico, pero no es así; ciencia es conocimiento.

Si el aristotelismo representa el rostro racional del mundo, el platonismo vendrá a manifestarse como la filosofía que postula la armonización universal de los saberes y esto es así porque para Platón la realidad no es más que un reflejo de una realidad superior y perfecta en donde todo está perfectamente eslabonado[50]. Nosotros, dice Platón, no somos más que reflejos imperfectos de la Verdad y es a través del perfeccionamiento del alma como podremos abandonar nuestro estado de irrealidad o, si se permite la metáfora, de sombras.

---

[50] La teoría del mundo de las Ideas la expone Platón en diálogos como *Fedro* y *El Banquete*.

Tanto el aristotelismo como el platonismo poseen sus vicios y virtudes. Centrémonos en los vicios por ser estos generalmente más atractivos. El principal vicio del aristotelismo es llevar su racionalismo hasta al absurdo, hasta un punto en donde todo pierde sentido; el racionalismo cree en la ciencia -en el sentido actual de la palabra- y todo lo que no sea verificable es menospreciado; en pocas palabras su vicio es el cientificismo. El platonismo también tiene sus vicios y con seguridad es el de la superstición el más prominente. El platonismo es especulativo, ya que reflexiona constantemente en dimensiones etéreas y en regiones que generalmente le corresponden al espíritu, alcanzables únicamente por una vía contemplativa. Este vicio de superstición gestado en el platonismo es el que; por ejemplo, genera en sociedades como la nuestra estados de pánico cuando se tropieza con acontecimientos "inexplicables" y que intentan ser explicados por ramas del conocimiento sumamente cuestionables, como es el caso de las ciencias ocultas o herméticas.

El hermetismo tiene sus orígenes filosóficos en el platonismo y sus raíces culturales en el antiguo Egipto y en la India. El hermetismo, por ser una extensión del platonismo, centra todo su trabajo en el conocimiento del alma y, si bien ha habido quienes intentan tomar con seriedad el tema, es debido al vicio de la superstición que hoy éste se encuentra tan desprestigiado. El hermetismo está plagado de charlatanes, sin embargo, algunas mentes destacadas que le han dado temporales posiciones de respeto y que incluso han creado escuelas herméticas sofisticadas, tal es el caso de los cabalistas y alquimistas, por nombrar a los más destacados grupos.

Considerando lo anterior, ¿qué tan equilibrada tenemos nuestra balanza? Hoy el conocimiento está fragmentado debido a que unos se cargan hacia el cientificismo y otros a la superstición; el fanatismo a unos y a otros esclaviza. Decir que todo debe ser verificado por la ciencia es un absurdo, pues ni siquiera dicha afirmación es posible corroborarla desde el método científico. Por el contrario, afirmar que únicamente las dimensiones especulativas del espíritu son relevantes tampoco es lo mejor cuando nosotros estamos sometidos a la tiranía de la carne. Nosotros, los contemporáneos, tenemos el mal vicio de creer que la historia de la humanidad es progresiva, es decir, que con cada año que pasa estamos mucho mejor; sin embargo, basta con observar cualquier línea del tiempo para recono-

cer que la historia, la mayor de las veces, es regresiva y decadente y esto porque somos incapaces de abandonar el fanatismo.

Euclides: geometría espiritual[51]

La lectura de todo pergamino es difícil. En la biblioteca de Alejandría hubo uno que pasó desapercibido durante siglos, a pesar de que contenía entre sus signos lo que parecía ser la lengua del absoluto. En este pedazo de piel estaba inscrito un código para la asimilación lógica del mundo. ¿Dónde lo trascendente sino es aquí y ahora? ¿Padecemos ceguera o indiferencia? Quizás sea más fácil hacer ver al discapacitado que al desinteresado. Toda sociedad es parasitaria, pero el individuo, tiene posibilidades de salvarse a través de la vía de la educación. Esto es lo que aquel pergamino antiguo dice.

Dichas enseñanzas estaban escritas en griego clásico, en un principio, y en árabe, después, y como si esto no fuera suficiente las acompañaban innumerables figuras poliédricas así como algunas cifras que daban cuenta de sus medidas y proporciones. El pergamino pasó oculto por las tinieblas del tiempo más de mil años hasta que en el siglo doce, en Inglaterra, un religioso lo encontró y decidió traducirlo al latín; el pergamino llevaba por título *Elementos* y su autor era un tal Euclides. Fue en la fría penumbra de la celda de un monasterio donde el científico helénico resurgió para el pensamiento occidental, pues, en Oriente no había desaparecido nunca. El cristianismo tiene mucho de qué arrepentirse.

Euclides fue un matemático griego del siglo III a. C. que renovó los estudios de geometría con su obra *Elementos*. La geometría es la medida de la tierra, o mejor dicho, de los cuerpos en el espacio. *Elementos* parte de las definiciones de lo más básico para explicar al mundo en todas sus complejidades, además la obra euclidiana ofrece ejercicios a fin de que su teoría sea asimilada en su totalidad. Sin embargo, además del conocimiento científico que este texto helénico nos

---

[51] Su obra filosófica permitió el desarrollo de la geometría. Euclides se ubica entre los siglos IV–III a. C.

ofrece, es posible inferir enseñanzas filosóficas de cada una de las definiciones, principalmente, las del primer trío.

"1. Un punto es lo que no tiene partes" (1991: 189), y sin embargo, está en todos sitios. El punto es origen y finalidad. Es indivisible y está en la cabeza al mismo tiempo que en el pie. Constituye a los árboles, a los animales y a las cosas. El punto gira y se revoluciona por el cosmos, baila sobre sí mismo y se destruye, pero nunca desaparece. Del punto original surgen las muchas copias que también son la misma causa primera. El punto está al mismo tiempo que es vacío.

"2. Una línea es una longitud sin anchura" (p. 189), como el horizonte que al levantar la mirada aparece frente a nosotros y nos sume en un profundo estado de admiración y de terror. La línea avanza, se dobla, forma un ángulo y luego se curva, aquí aparece el círculo, es el ojo que desde su punto interior se enlaza con el resto de sus infinitas creaciones. El universo parece organizarse a partir del punto que se convierte en línea: punto alargado que divide al día de la noche, lo de arriba con lo de abajo, a los justos y pecadores.

"3. Los extremos de una línea son puntos" (p. 189), son hombres y mujeres, geómetras imperfectos y herederos del más arcaico comienzo. Los extremos se alejan y en algún punto se tocan, se enamoran, se besan y la vida nace con la estrella de tres puntas o el cuadrángulo perfecto. La armonía es un goce que palpita en el punto fecundo de nuestros pechos. Extremos amantes que pasan de lo lineal a lo tridimensional y en un salto al vacío regresan a lo unívoco, lo primordial, lo esencial.

Dios, mundo, hombre; punto, línea, figura. La ciencia euclidiana es analogía de la figura que se materializa a partir de aquello que nunca ha sido tangible; el elemento, el ser.

El punto y el enfermo

La lógica es una ciencia que busca encontrar la verdad o al menos acercarse a ella eliminando todo lo que no sea exacto ni razonado. Euclides fue un matemático del siglo tercero antes de Cristo que aplicó la lógica a la geometría, pues el error no cabe en las matemáticas. Algunas proposiciones que él hizo en su tratado *Elementos* son éstas:

Un punto es lo que no tiene partes. Una línea es una longitud sin anchura. Los extremos de una línea son puntos (p. 189).
[...] Los extremos de una superficie son líneas (p. 192).
[...] Las cosas iguales a una misma cosa son también iguales entre sí" (p. 199).

El geómetra griego, en sus proposiciones anteriores, está definiendo al mundo y a sus partes.

Antes de Euclides, Aristóteles ya había abordado el tema de la lógica; y después de Euclides, en el siglo XX, lo trató también el filósofo austriaco Ludwig Wittgenstein. Su obra más reconocida es el *Tractatus lógico-philosophicus*. Algunos de sus aforismos son:

> El mundo es todo lo que es el caso. El mundo es la totalidad de los hechos, no de las cosas. La totalidad de los hechos determina lo que es el caso y también todo cuanto no es el caso (2009: 9).
> [...] Respecto a una respuesta que no puede expresarse, tampoco cabe expresar la pregunta. [...] La solución del problema de la vida se nota en la desaparición de ese problema. [...] Lo inexplicable, ciertamente, existe. Se muestra, es lo místico. [...] De lo que no se puede hablar hay que callar (p. 137).

Aunque no lo parezca, Wittgenstein y Euclides hablan de lo mismo: de la apropiación lógica del mundo y del uso de la razón como un sendero que llega a la frontera de lo desconocido, de lo inexpresable.

Sin embargo, la lógica no es bien recibida entre los profanos –los que están dormidos– cuando ésta carece de un sentido moral; el primer aforismo de Hipócrates, el padre de la medicina, resulta pertinente: "La vida es breve; la ciencia, extensa; la ocasión, fugaz; la experiencia, insegura; el juicio, difícil. Es preciso no sólo disponerse a hacer lo debido uno mismo, sino además (que colaboren) el enfermo, los que le asisten y las circunstancias externas" (1983: 243). Hipócrates, desde el trono de la ciencia médica, habla en sus aforismos de lo mismo que el geómetra griego, de lo mismo que el filósofo austriaco, corroborando que: "Las cosas iguales a una misma cosa son también iguales entre sí" (Euclides, 1991: 199). Y cuáles son estas cosas iguales: sencillamente la lógica, la razón y el despertar al mundo.

Hipócrates nos llama a hacer lo debido (vivir con prudencia), y cada uno de los sujetos que nombra son entidades que nos circundan: el médico (el yo [el otro]), el enfermo (el otro [el yo]), los que le asisten (las ciencias) y las circunstancias externas (el mundo). Va de lo particular a lo general utilizando una línea natural y jerarquizada en la que el mundo, que es el punto para Euclides y el caso para Wittgenstein, es inalterable por nosotros. Si estamos enfermos moralmente es por nuestra falta de sentido ético y estético ante la existencia.

Regresemos al origen. El punto es lo que no tiene partes, es decir, lo que carece de límites: lo sagrado, lo místico. Nosotros somos formas, unión con el punto a través de líneas que detonan en superficies, en hechos que devienen del caso. Somos imagen de lo no visto, pero esta imagen está enferma, en algún punto sus líneas se desviaron y vivimos sin geometría olvidando la brevedad de la vida, malgastando la ocasión y desoyendo a las ciencias. Recuperar la cordura y el rumbo lógico hacia aquello que es inefable nos otorgará la pasividad de la verdad.

Virgilio: la pasión y el destino[52]

¿Qué tan plausible es el que podamos vivir de acuerdo a nuestra voluntad? En aras de la libertad, del gusto propio y de nuestros deseos solemos encaminar nuestros pasos por esta vida. Procuramos hacer lo que nos gusta, aún también lo que nos conviene, ¿pero es esto correcto? ¿Sería posible que la vida de uno mismo adquiriera sentido únicamente cuando se hiciera lo que a uno no conviene, lo que no se desea, lo que no agrada? ¿Será esto, acaso, lo que a Cristo llevó a decir "Padre, aparta de mí este cáliz..."[53], cuando sintió en sus espaldas la presencia de la muerte, moviéndolo después a rectificar "...pero no se haga mi voluntad, sino la tuya"? Cierto, en el caso de los "elegidos", la voluntad propia se

---

[52] Con Virgilio damos el salto a Roma. A este poeta épico lo ubicamos en el siglo I a. C. y es un símil de Homero, en tanto que su obra *La Eneida* permitió consolidar la historia y mitología del imperio romano. Siglos después, durante la Edad Media, el poeta épico Dante Alighieri lo convertiría en un personaje de su obra *La Divina Comedia*.

[53] *Mateo* 26:39

subyuga a la superior, pues su meta no es asegurar su felicidad, sino la de todo un pueblo que, por su mediocridad, necesita de un salvoconducto para asegurar su realización.

Ir en contra de la voluntad propia no es sencillo, mucho menos cuando el amor está de por medio. Nadie puede decir con ligereza que renunciar a quien se ama es sencillo. De los posibles amores carnales de Cristo únicamente tenemos como testimonios a algunos evangelios apócrifos, por lo que quizás sea mejor recuperar el tema de los elegidos que van en contra de su voluntad no en la religión, sino en la mitología. La primera fuente a la que habremos de acercarnos la tenemos en el poeta Virgilio, del siglo I a. C., quien en su magnífico poema épico *La Eneida* nos habla más o menos así en su cuarto capítulo: A las costas de Libia había llegado una joven mujer de nombre Dido, venía huyendo de su pasado. En Libia reinaba un hombre llamado Hiarbas, al que ella pidió asilo y él se lo concedió, no sin un dejo de maledicencia, pues la condición para poder quedarse en Libia era que Dido consiguiera un toro y habitara en la extensión de terreno que la piel del animal podía otorgarle; el plazo que le daba para ello era de un día. Asistida por su hermana y otras mujeres, Dido se aventuró a conseguir al toro, lo encontraron y mataron, y dedicaron toda la noche a preparar la piel del animal a fin de poder hallar en esas tierras la oportunidad de un nuevo inicio. Amaneció y Dido fue a ver a Hiarbas con la piel del toro en las manos. Burlonamente el monarca la recibió, sin embargo, su vulgar risa se convirtió en silencio cuando vio las manos de la joven mujer. Ella sostenía la piel del toro, tal y como había quedado establecido, sin embargo, ésta no poseía la forma del animal, sino que había sido convertida, audazmente, en un casi infinito hilo, mismo que comenzó a ser desenredado desde el trono del ignorante rey y hasta todos los rincones de Libia y más allá. El rey era tonto, pero no injusto y aceptó la victoria de Dido. El nuevo reino en el que la joven mujer gobernaría adoptó por nombre el de Cartago.

Tiempo después de haber levantado los nuevos muros de la ciudad, a Cartago arribó una misteriosa tripulación encabezada por un joven de nombre Eneas, quien había huido de Troya luego de que ésta fuera vencida con un caballo gigante cargado de soldados. Eneas vagaba por el mar y había llegado a Cartago por lo que él creía que era una coincidencia, sin embargo, su destino había sido escrito por la mano de la eternidad y su llegada a aquella región de África tenía

un fin que él desconocía. Eneas se reunió con Dido, explicó que venía huyendo y pidió asilo. Dido vio en él su misma historia y lo aceptó con cierta desconfianza, misma que pronto desapareció cuando los dioses, sin que los hombres lo supieran, intervinieron. Con unas flechas cargadas de Cupido enamoraron a los jóvenes prófugos, Dido y Eneas se casaron y señorearon juntos en Cartago por siete años, hasta que un visitante funesto se presentó. Se trataba del dios Hermes quien después de decirle algo a Eneas en sueños lo convenció de que escapara de Cartago y Dido, al ver que su amado ya no estaba con ella se suicidó.

¿Qué fue lo que el inconveniente Hermes le dijo en sueños a Eneas? Que su vida no podía llevarse de acuerdo a su voluntad, sino a la de los dioses, pues él, aunque rey, estaba llamado a un destino mayor: el establecimiento de los cimientos del imperio romano. Y así fue, salió de Cartago, se hizo rey en Italia y creció una familia de la que nacieron Rómulo y Remo. ¿Y Dido, qué pasó con ella? El poeta Virgilio no dice nada más, incluso los dioses la olvidaron, sin embargo, otro poeta del mismo siglo nos da cuenta de ella, su nombre es Ovidio, quien escribió una ficcional carta de Dido para Eneas; algunos de sus tristes versos dicen así:

> Cual suele el blanco cisne, que se ve cercano á muerte, así mi canto ronco y débil voz levanto (1994: 71).
> [...] Y poco importa que se pierda el canto, que pues la honra y fama se ha perdido, piérdase todo y muéstrese mi llanto. Por fuerza has de tener otros amores otra Dido, otra fe que tú quebrantes, otros halagos y actos fingidores. ¿Cómo podrás hallar a donde fueres mujer que te ame como te amo y quiero? Traigo en mis ojos siempre retratado a Eneas, y en el alma está esculpido de noche y día el nombre de mi amado (p. 72).
> [...] Que mientras más me quejo y más exclamo en medio de esta rabia y pasión fiera, más ardo, más le adoro, más le amo. ¿De qué crimen me culpas, dime, ciego? ¿Por qué á grave pecado me condenas, sino es porque te amé y ardo en tu fuego? (p. 78)
> [...] Y sólo pido que se escriba en mi sepulcro: "Eneas dio la causa de esta muerte; la espada dio también como inhumano, y Dido, tan amante como fuerte, murió herida con su propia mano (p. 79).

Hasta aquí el resumen de la carta.

Eneas tuvo que abandonar a Dido, a quien realmente amaba, porque su deber era mayor que sus posibilidades de amar. Eneas, por el destino que encarnaba, tuvo que renunciar a la dicha propia a fin de asegurar la de las generaciones posteriores. Los poetas Virgilio y Ovidio nos muestran que hay casos en los que por encima de la voluntad de uno está la Ley Superior, por lo que sería justo para nosotros y para quienes amamos que volteemos a ver si nuestros días son causa de nuestra pasión y decisiones o la voluntad de un secreto destino que la eternidad ha escrito en favor de quienes habrán de venir después de nosotros.

Ovidio: amor más allá de la muerte[54]

"Que yo no vea la pira de Baucis, ni que ella me sepulte" (Paz, 1993: 216). Son pocos, pero los hay. Amantes que extienden su tiempo más allá de toda caducidad y se burlan de la muerte. Son pocos, pero existen. Como dos llamas que se funden en un fuego primigenio que hace arder a los corazones con más pasión que las brasas de todos los infiernos habidos y por haber. Pero este calor que surge del andrógino que se reencuentra con su mitad perdida no extingue la vida, no la consume ni reduce a cenizas, sino que la prolonga aún más allá de lo humanamente comprensible.

Ovidio es uno de los más grandes poetas de la antigüedad clásica, vivió en el siglo I de nuestra era y legó para nosotros un extenso poema titulado *Las metamorfosis*. Su tema es uno: las metamorfosis de los seres sagrados y profanos, de las cosas, del mundo y de los astros. El poema comienza con el cambio que se da cuando el caos pasa a ser cosmos, y termina cuando el emperador César Augusto asciende hacia el cielo convertido en una estrella. Entre todas estas historias son abundantes los pasajes bellos y conmovedores, siendo uno de estos el de Filemón y Baucis.

---

[54] Ovidio fue un poeta épico y lírico que existió en el siglo I a. C. Es semejante a Hesíodo en tanto que realizó una importante obra mitológica que lleva por nombre *Las metamorfosis*. Ovidio, además, es conocido por haber dado voz a diversos personajes femeninos de la mitología en su obra *Las Heroidas*.

Filemón y Baucis son una pareja de ancianos que viven en condiciones deplorables. Una noche de intensa lluvia y cruento frío tocan a su puerta dos hombres ataviados cuyo rostro es desconocido, ellos piden refugio al longevo matrimonio y estos los hacen pasar. Preocupados por su pobreza Filemón ofrece su mejor vino y Baucis la escasa carne de cerdo que guardaban; la mesa es vestida con sobrecogedora humildad y el banquete improvisado comienza. Los alimentos escasean antes de lo previsto y lo mismo sucede con el vino, sin embargo, e inesperadamente, la botella se vuelve a llenar, de abajo hacia arriba, cada vez que su contenido termina. Temerosos, Filemón y Baucis creen que sus inesperados invitados están allí para castigarlos, pero estos se destapan y presentan ante ellos: el primero es Zeus y el segundo es Hermes.

En agradecimiento a la hospitalidad del matrimonio, los dioses piden que los acompañen a lo alto de una colina cercana y desde su cumbre observan cómo el pueblo es inundado por Zeus para castigar la nula hospitalidad del resto de sus habitantes. Al mismo tiempo la choza de los viejos es transformada en un templo de mármol y de oro que Filemón y Baucis juran cuidar hasta la llegada del funesto día. Un deseo les es otorgado a los ancianos y después de hablarlo en privado Filemón pide: "Que yo no vea la pira de Baucis, ni que ella me sepulte" (Paz, 1993: 216).

Los años pasaron y la noche eterna se postró sobre los viejos para estrujar sus corazones, a pesar de eso, el deseo de los dioses se adelantó. Filemón comenzó a convertirse en un árbol y lo mismo sucedió con Baucis. En tronco y raíces comenzaron a tornarse sus piernas y pies, y en ramas y follajes sus brazos y cabellos. De frente, sin quitar la mirada sobre el otro, Filemón vio a Baucis convertirse en un tilo, y Baucis vio a Filemón convertirse en una encina, pero antes de que la metamorfosis fuera total cada uno alcanzó a decir: "Adiós, amada mía; adiós, amado mío".

Es así como Filemón y Baucis vencieron a la muerte. Se dice, que en un lugar secreto, el tilo y la encina todavía cuidan de aquel templo de Zeus donde la muerte fue trocada y el amor arde eternamente como los versos de Francisco de Quevedo, que dicen: "serán ceniza más tendrán sentido, polvo serán, más polvo enamorado"[55].

[55] Los versos son los últimos del poema "Amor constante más allá de la muerte".

Amar es ver a la muerte a los ojos sabiendo que sus manos jamás apagarán los corazones de las almas que han sido llamadas a ser eternas.

Horacio: moriremos pronto[56]

Contaminados de tiempo nacemos. Avanzamos y retrocedemos pendularmente desde el columpio de la infancia y hasta la mecedora de la vejez. En ese vaivén se nos alargan las noches. Y es que le debemos más a la oscuridad que a su opuesto, pues la suma del crepúsculo y del sueño está lejos de lo real. Otra imagen salta a la vista: un recién nacido reposa en su cuadrangular tumba como el muerto que será cuando descienda a la tierra.

Revisemos tres consignas sobre la fugacidad del tiempo. Horacio, del siglo primero antes de nuestra era, escribió: "No pretendas saber, pues no está permitido, el fin que a ti y a mí nos tienen asignados los dioses [...] Mejor será aceptar lo que venga [...] Mientras hablamos, huye el tiempo envidioso. Vive el día de hoy. Captúralo. No te fíes del incierto mañana" (2007: 271). En el presente hay certeza, no así en lo venidero. Aprovecha el día nos dice Horacio desde su lejanía, pero el chillido de nuestro columpio o el crujir de nuestra mecedora nos hace sordos al mundo. El efímero placer de la juventud se paga con la agonía de la vejez.

Este grito horaciano tuvo su eco cien años después en Pablo de Tarso, nacido en el siglo uno de nuestra era, quien en su epístola a los Corintios dice: "Hermanos, el tiempo es corto... y sepan que este mundo se pasa"[57]. ¿Por qué insistir entonces en acumular riquezas cuando nada llevaremos con nosotros el día del

---

[56] Horacio es el más grande poeta lírico del Imperio Romano. Al igual que Virgilio y Ovidio, perteneció al siglo I a. C. Es sumamente interesante el hecho de que en la antigüedad grecolatina hayan coincidido tantas grandes mentes, acontecimiento que nos invita a reflexionar en torno a qué se necesita en una sociedad para que tal desarrollo de pensamiento sea posible, pues a veces da la impresión de que nuestros tiempos son casi estériles en este sentido.

[57] *1 Corintios* 7:29-31

sepulcro? Horacio nos enseña en sus odas que un destino existe para cada uno de nosotros al tiempo que nos invita al hedonismo; por el contrario, Pablo nos urge a que antes de que el péndulo mortal se detenga contemplemos al mundo con los ojos inmateriales.

Pasarían casi dos mil años para que el eco horaciano llegara a México. Manuel Gutiérrez Nájera en 1892, escribió:

> ¡Huyen los años como raudas naves!
> ¡Rápidos huyen! Infecunda Parca
> pálida espera. La salobre Estigia
> calla dormida.
> ¡Voladores años!
> ¡Dado me fuera detener convulso,
> horas fugaces, vuestra blanca veste!
> Pasan las dichas y temblando llegan
> mudos inviernos [...] (Pacheco, 1999: 26).

La muerte está tocando a nuestra puerta, su golpeteo es el palpitar de nuestro angustiado corazón e impedirle la entrada es imposible, pues en la casa que habitamos somos extranjeros.

El poema anterior lleva por título "Ultima Necat" y está tomado de una oración latina que se inscribía en los relojes de sol y que decía: *Omnes vulnerant, ultima necat*, y que se traduce como: "Todas hieren, pero la última mata", en clara alusión a las horas y a su imparable avance; durante el día el movimiento del sol se contabilizaba a través de la sombra que iba acrecentando a su paso, y cuando la noche llegaba y la oscuridad toda doblegaba al mundo, el ala de la muerte interrumpía el péndulo humano.

Manuel Gutiérrez Nájera falleció a los 35 años a causa de su hemofilia y alcoholismo. Horacio dijo: "Sé prudente, filtra el vino" (2007: 271), pero el péndulo mortal hizo sordo a Nájera, quien pereció dejando tras de sí ríos de sangre. Pablo de Tarso, por su parte, fue ejecutado por Nerón, le cortaron la cabeza y se dice que cuando cayó rebotó tres veces, haciendo nacer a cada golpe una fuente de agua, al tiempo que de su cuello salió leche y no sangre. Nájera y Pablo en su tiempo fueron los soles que avanzaron sobre el lapidado reloj infértil de la reali-

dad; hoy nosotros, después de haber conocido estas palabras, sabemos que moriremos pronto.

Cicerón: intelecto sin sabiduría[58]

El estudio se retribuye en conocimiento. Saber más es el principal motivo por el que un individuo dedica su tiempo a la lectura y a la experimentación. El aprendizaje nutre al ser, sin embargo, y al igual que la alimentación física, el desarrollo cognoscitivo debe de ser equilibrado, pues la ciencia sin virtud crea tiranos; y la virtud sin ciencia hace tontos. La educación es el punto medio de ambos polos, mas debemos reconocer que ésta sigue siendo, como en los tiempos antiguos, un lujo que pocos pueden alcanzar, y no porque la situación económica medie entre el neófito y sus ansias por saber, sino porque es el poder el resplandor que más espíritus imberbes seduce. Terrible situación es cuando estas mentes cegadas por el dinero han hecho del conocimiento no una trinchera para defender a la libertad, sino un pozo en el que se ahogan en el agua de su miseria. En este sentido, la educación, el saber, el estudio, la inteligencia, en pocas palabras, puede convertirse en uno de los más grandes males del mundo.

En *La invención retórica*, Cicerón (imperio latino, siglo I a. C.) medita en torno a los vicios y virtudes de la elocuencia. Él destaca las ventajas de estar instruidos en la oratoria y la filosofía, pero al mismo tiempo es consciente de los peligros que pueden suscitarse si estos conocimientos están depositados en espíritus inmorales:

> Muchas veces me he preguntado si la facilidad de palabra y el excesivo estudio de la elocuencia no han causado mayores males que bienes a hombres y a ciudades. En efecto, cuando considero los desastres sufridos por nuestra república y repaso las

---

[58] Siglos II-I a. C. Además de haber sido un gran filósofo, Cicerón fue un reconocido político. Uno de sus principales aportes fue la introducción del pensamiento griego en la cultura romana. Cicerón no sólo tradujo al latín a algunos de los filósofos griegos, sino que también reformó su lengua, dándole el estilo y elegancia que la caracteriza.

> desgracias acaecidas en otros tiempos a los más poderosos estados, compruebo que una parte considerable de estos daños ha sido causada por hombres de la más grande elocuencia (1997: 85).
>
> [...] Así, tras largas reflexiones, el análisis me ha llevado a concluir que la sabiduría sin elocuencia es poco útil para los estados, pero que la elocuencia sin sabiduría es casi siempre perjudicial y nunca resulta útil (1997: 86).

¿No son, acaso, estos los mismos síntomas de nuestra sociedad actual? No hemos cambiado en nada y son pocas las diferencias que tenemos respecto a la vida vulgar de la gran república romana, pues ¿acaso no recordamos a nuestra degrada clase política y social cuando leemos a Cicerón quien, junto con Séneca, han sido los hombres más sabios de la antigüedad latina? Y qué paradójico resulta que tanto a Séneca como a Cicerón los fulminó el estado, pues mientras que al primero lo obligaron a suicidarse, al segundo lo degollaron; qué es lo que los emperadores temían de estos filósofos, sencillamente su palabra, pues, como dice Cicerón, es gracias a la palabra que se fundan las más bellas ciudades y se derrumban los más vergonzosos regímenes.

Sobre la utilidad de la elocuencia, dice:

> Hubo un tiempo, en efecto, en el que los hombres erraban por los campos como animales y solían arreglar casi todo mediante el uso de la fuerza; no existía aún el culto a los dioses; nada regulaba las relaciones entre los hombres. [...] Así, por error e ignorancia, la pasión ciega e incontrolada que domina el alma satisfacía sus deseos abusando de su perniciosa compañera, la fuerza física. Entonces un hombre, sin duda superior y sabio, descubrió las cualidades que existían en los hombres y su disposición para desarrollarlas mediante la instrucción. Dotado de un talento excepcional, congregó a los hombres y les indujo a realizar actividades útiles y dignas; al principio, se resistieron, pero luego le escucharon con un entusiasmo cada vez mayor gracias a su sabiduría y elocuencia (p. 87).

Es por la instrucción que llegamos a la virtud despojándonos de la pasión que somete al alma. ¿Pero si el hombre ya había alcanzado un nivel ideal de desarrollo por qué se corrompió? Cicerón dice que al descubrir el hombre que la elocuencia podía amistarse con la mentira no dudó en usarla para sus propios

intereses, y así, la palabra, que suponía debía ser el vehículo de emancipación de nuestro estado de imperfección, terminó por llenar las bocas de los más diestros, inaugurando una nueva esclavitud que no pone sus grilletes en las manos de sus sometidos, sino sus dulces y efímeras palabras en los corazones de los esperanzados.

PLUTARCO: ¿QUIÉNES SOMOS?[59]

¿Qué es lo que como individuos conforma nuestra personalidad? ¿Por qué cada uno de nosotros es distinto del otro, si, en esencia, somos organismos de la misma especie? ¿Cuál es la razón por la que la existencia ha sido enriquecida con emociones y sentimientos cuando, en términos prácticos, éstos no son indispensables? Semejantes en lo físico, diferentes en lo intangible y esto no es sólo aplicable a la especie humana, pues también los animales y las plantas son distintos entre sí, es decir, no hay dos perros iguales, ni dos águilas, dos peces, dos insectos, tampoco dos plantas idénticas en sus propiedades físicas en aquello intangible e invisible que los hace "ser". Pero el problema del "ser" es mucho más complejo, pues es aplicable incluso a lo que dista mucho de poseer vida, pues el "ser" también está en las cosas y es por eso que los seres humanos podemos desarrollar un apego muy particular con las cosas, aun cuando haya millones en apariencia semejante; por ejemplo, pensemos en un objeto cualquiera que poseamos y que nos haya sido regalado por alguien que estimamos, sin importar que hayan millones de objetos como el nuestro, el hecho de que nos haya sido obsequiado ya lo ubica en una categoría del "ser" diferente y así nuestra relación

[59] Plutarco pertenece al siglo I d. C. y además de ser reconocido como filósofo moralista, es relevante su actuar como sacerdote, pues, según mencionan algunos de sus biógrafos, se inició en misterios de Eleusis, los cuales estaban dedicados a la fertilidad de la diosa Ceres, la cual se manifestaba con la llegada de la primavera. Al igual que Platón, Plutarco fue un filósofo sumamente espiritual, en el sentido de que depositó su creencia en la existencia del alma y es por ella que la existencia adquiere un sentido trascendente y ultraterreno.

de apego con respecto al objeto cambia. En resumen, todo es igual hasta que un elemento de identidad le da al objeto, a la planta, al animal o a la persona un rasgo único e intransferible.

El problema del ser es tratado por el filósofo Plutarco en su texto dedicado al mito de Teseo. Plutarco aborda la cuestión del "ser" brevemente, sin embargo, la complejidad del tema es tal que nos permite una larga e irresoluble reflexión en torno a ésta. Veamos, en *Vidas paralelas*, Libro I, Capítulo XXIII, nos dice:

> La nave de treinta remos en que navegó Teseo la conservaron los atenienses hasta edades muy avanzadas, quitando la madera gastada y poniendo y entretejiendo madera nueva para mantenerla en buen estado; de manera que esto motivó a los filósofos a preguntarse si la nave de Teseo continuaba siendo la misma o si, por el contrario, el hecho de haber cambiado todas o algunas de sus partes era motivo suficiente para considerarla diferente (1985:183).

El anterior pasaje es hoy conocido en filosofía como la "paradoja de Teseo" y tiene relación con lo que nos preguntábamos al inicio de estas ideas: Qué es lo que le da a las cosas y a los organismos su capacidad de "ser", es decir, de adquirir una identidad propia. Apliquemos la paradoja no ya en nuestros objetos, mascotas o en nuestros conocidos, sino en nosotros mismos: ¿si dejamos de vestir la ropa que nos gusta, seguiremos siendo los mismos?, ¿si un día nos quedamos mudos, o ciegos, o sordos, seguiremos siendo los mismos?, ¿o, en un caso extremo, si perdemos nuestros dedos, manos, pies o alguna de nuestras extremidades y son reemplazadas éstas con prótesis seguiremos siendo los mismos? Si la respuesta a las anteriores preguntas es un "sí" rotundo vale la pena que nos preguntemos: ¿Qué es lo que nos hace ser?

Antes que Plutarco, el filósofo naturalista Heráclito ya había obtenido fama por su icónica sentencia que dice que "nadie se baña dos veces en el mismo río"[60], la cual está también emparentada con la idea del "ser", y es que cuando Heráclito habla del río lo que quiere decirnos es que por el hecho de que éste se encuentra en movimiento el agua nunca es la misma –como tampoco el tiempo o

---

[60] Véase el apartado HERÁCLITO: TODO FLUYE (página 22).

instante en el que nos sumergimos–; sí, es cierto que el torrente en apariencia siempre es el mismo, pues no varía su espacio, su lugar, ni su forma, pero, en términos estrictos, el agua que pasa frente a nuestros ojos es siempre distinta por lo que aunque podríamos introducirnos en un torrente que a primera vista nunca cambia, lo cierto es que el río en el cual podríamos sumergirnos sería siempre nuevo. El problema es complejo porque si admitimos que el río nunca es el mismo por el hecho de su continuo movimiento, podríamos, en el último de los casos, decir que el río nunca "es". Por último, si decimos que el río, a pesar de su movimiento y de su constante cambiar de las gotas que lo componen, es siempre el mismo, volvamos a preguntarnos: ¿qué es lo que hace al "ser?

Plutarco plantea la paradoja de Teseo, pero nunca nos da su respuesta, tan sólo deja la moneda en el aire para que otros curiosos se aventuren a responderla. ¿Si los maderos del barco se cambian, el barco sigue siendo el mismo? ¿Y nosotros, si perdemos nuestros miembros y los sustituimos con prótesis, seguimos siendo los mismos? Los avances médicos nos han permitido saber que las células que nos conforman son sustituidas por completo –excepto las oculares y neuronales– en un plazo aproximado de diez años. Del total de nuestras células, algunas son reemplazadas en un par de días, otras viven apenas una semana, algunas más duran meses, pero al final todas nuestras células mueren y son reemplazadas, entonces, ¿si nuestro cuerpo, en términos generales, es renovado celularmente cada diez años, seguimos siendo los mismos? ¿Es que acaso no somos nuestro cuerpo? ¿En dónde se alberga aquello que nos hace "ser", en la consciencia? ¿Si somos algo más que un cuerpo, qué somos?

Pensemos ahora en nuestra edad biológica y calculemos el número de décadas que hemos vivido, el resultado será igual al número de veces que nuestro cuerpo se ha regenerado por completo. La carne crece, se ensancha, muere y es asimilada por nuestro mismo organismo y, a pesar de ello, seguimos siendo los mismos. El río no es río sólo por el agua y nosotros "somos" por algo más que cuerpo. ¿Somos un alma aprisionada? ¿Una consciencia fugaz y accidental? ¿En dónde radica el "ser" de las cosas y de los organismos? Uno a uno los maderos de la nave de Teseo son reemplazados, pero el barco permanece; una a una las gotas del río de Heráclito avanzan en el torrente hasta desaparecer; una a una nuestras células mueren y son sustituidas por otras y nosotros nos preguntarnos: ¿quiénes somos?

Séneca: vivir huyendo[61]

Más terrible que la muerte de quienes amamos, podría ser la ausencia de quien ha abandonado su forma humana. La muerte es natural y conocida incluso por los infantes, pero no por ello es aceptada. Es la cara del infortunio, de una especie de venganza que la vida se cobra en contra de uno mismo, pero no es así, pues la muerte no es más que la consumación de un contrato que fue firmado con el nacimiento. La muerte lastima, hiere la vida de quien pasa sus días fingiendo que ella nunca se presentará, pero, a pesar del sufrimiento que pueda infligir, la muerte difícilmente lastimará como la ausencia y esto es porque a la muerte la conocemos desde que nos hacemos conscientes del término de la vida, pero a la ausencia la miramos por primera vez cuando un día despertamos, después de haber realizado las exequias correspondientes, y esa persona que la costumbre siempre nos regalaba ya no está en su cama, ni en su sillón, ni en sus ropas, sencillamente aquella persona ha desaparecido.

La ausencia es más terrible que la muerte porque vive oculta junto a nosotros, mientras que la muerte nos acompaña haciéndose presente a cada instante, pudiendo decirse incluso que ella es nuestra aliada, aunque no lo parezca, mientras que la ausencia es un dolor que aguarda pacientemente y con miras a herirnos. Pero, ¿de dónde viene nuestro miedo a la muerte?, ¿por qué nos causa temor aquello que es tan natural como la lluvia, el movimiento de los astros, la respiración e, incluso, el hambre? Quizás este miedo es a causa de que la muerte nos hace pensar que con su manifestación algo en nosotros, algo que es nuestro, se pierde para siempre, sin embargo, si ella es capaz de arrebatarnos algo, es únicamente aquello que nunca nos ha pertenecido. Únicamente aquello que verdade-

---

[61] Lucio Anneo Séneca es un digno representante de la unión entre literatura y filosofía, como también lo fueron Platón y Plutarco. Séneca no dejó escrito ningún tratado filosófico, sino que su doctrina se conoce a partir de diferentes cartas que él envió a un tal Lucilio, de quien se piensa que fue un joven estadista. Séneca fue defensor de la doctrina estoica y, como muchos intelectuales de su tiempo, padeció la persecución política por parte del emperador Nerón.

ramente es nuestro, permanece con nosotros hasta el último día; lo demás, es accesorio.

Cuando alguien muere sentimos confusión al inicio, después dolor, posteriormente negamos lo ocurrido y, finalmente, sentimos que toda esperanza y sentido de vida están perdidos. Ante la muerte de alguien amado es frecuente escuchar: "¿Por qué a mí?", "Todavía tenía tanto por hacer", "¿Por qué la muerte no se lleva a los malos?", "Era joven, aún le quedaba tiempo", etcétera, pero no hay tiempo de más y cada quien vive lo que debe vivir. Expresiones como las anteriores tienen una tendencia a centrarse en el "yo" y a considerar a aquella persona que expiró como un pretexto para alimentar el dolor propio y es por eso que la negación de la muerte se acompaña de frases como: "Estoy sufriendo", "¿Por qué me dejaste?", "Nadie comprende mi dolor", "Te necesito", entre otras, es decir, pareciera que el dolor del vivo es más importante que la experiencia mortuoria, cuando debería de ser lo contrario. La muerte, para quien expira, debería de ser un motivo de celebración, pues quien reside en su lecho mortuorio ya no será objeto de enfermedades, ni de envidias, ni de sufrimientos. En resumen, la muerte es liberación.

El dolor ante la muerte no es exclusivo de los humanos, otros animales también sienten congoja ante la expiración de sus iguales, pero la diferencia es que mientras los animales recuperan su entereza al cabo de unos días, las personas se aferran a un imposible y alargan su sufrimiento indefinidamente, pues el espíritu de la ausencia los ha poseído. Lo anterior es viable explicarlo desde la *Consolación a Marcia*, un texto que el filósofo Séneca escribió cuando el hijo de Marcia murió a los catorce años de edad; leamos:

> Es natural llorar a los propios. ¿Quién lo niega cuando se hace con moderación? La ausencia, y con mayor razón la muerte de los que nos son más queridos, es necesariamente cosa cruel y oprime hasta el ánimo más firme; pero la preocupación nos lleva más lejos de lo que manda la naturaleza (2013: 63).
> [...] Deberíamos decirnos "No me engañarás fortuna, hieres a otro, pero te dirigías a mí" (p. 64).
> [...] A cada uno puede suceder lo que puede suceder a todos. Necesario es apresurarse; la muerte viene detrás; pronto desaparecerá todo este entusiasmo. Todos somos

presas. ¿Ignoras que vives huyendo? Cuando te quejas de la muerte de alguien, acusas al día de su nacimiento, porque al nacer se te notificó la muerte (p. 65).
[...] ¿Qué es el hombre? Vaso quebrantado, cosa frágil. ¿Podrá extrañarnos la muerte de un hombre cuando todos necesariamente han de morir? ¿Acaso se necesita mucho para destruirlo? Un olor, un sabor, el cansancio, la vigilia, los humores, la comida, todo lo que necesita para vivir, le es mortal (p. 66).
[...] La muerte es la libertad, el término de todas nuestras penas; no traspasarán sus umbrales nuestras desgracias; ella nos devuelve a aquella tranquilidad de que gozábamos antes de nacer. Cuán ignorantes están de sus males los que no celebran la muerte como el mejor invento de la naturaleza (p. 73).
[...] La muerte restablece en toda la igualdad. Contra las injurias de la vida tengo el beneficio de la muerte (p. 74).
[...] Y cuando llegue el tiempo en que todo se destruya para renacer, todo lo que actualmente brilla, se abrasará a la vez (p. 80).

Vivimos huyendo, huyendo de los problemas, de la pobreza, del sufrimiento, de la muerte, y aunque seguramente habrá quienes se salven de la pobreza, de los problemas o de ciertos males, nadie habrá que escape a la muerte que es tan natural como el aire que ahora mismo respiramos. La muerte, piensa Séneca, no es el fin, al menos no para la esencia, ¿y cuál es esta esencia?, aquella que en resumidas cuentas podríamos llamar 'chispa divina', es decir, aquel fuego de vida que en algún tiempo fue encendido y desde entonces no se ha extinguido. ¿Le tememos a la muerte o más bien a la ausencia, a quedarnos solos? ¿Lloramos porque alguien ha muerto o porque ya no estará para satisfacernos? Pasa que el dolor que la muerte causa es más bien un dolor del "yo", un dolor egoísta, y no por quien ha muerto, lo cual sería inverosímil, pues, la muerte es el punto que marca el final de todo mal y el inicio de la paz para quien expira. Morir es tan natural como respirar, aceptemos el destino que a todos espera y dejemos de vivir huyendo.

Apuleyo: una gota de aceite[62]

¿Qué estaríamos dispuestos a hacer por amor? ¿Hasta dónde permitiríamos que la curiosidad propia nos llevara y que la envidia ajena oscureciera nuestros días? De entre todas las pasiones humanas es el amor la más compleja. El amor cambia con la edad, y no es el mismo el que a los jóvenes enardece que el que a los viejos ennoblece, y es que la edad del amor está en relación con la edad del cuerpo, pero también con la del espíritu y la de la consciencia. La duda, la costumbre y la envidia son los enemigos del amor, lo matan cuando inyectan su veneno en los corazones, y así, lo que antes era roja sangre de correspondencia, muta en una negra bilis de egoísmo. El ideal no es mantenerse atados por costumbre hasta la muerte, como una preocupante mayoría de "amantes" lo hace, sino alcanzar el fin de los días, la muerte pronta, cuando al pecho todavía lo inflaman los besos de los primeros días.

Fueron los grecolatinos los que nos legaron las más sublimes historias de amor. Desde el viejo poeta Homero que nos relata el imparable reconocimiento amoroso entre Paris y Helena, hasta el vigoroso poeta latino Virgilio que nos describe la tragedia amorosa entre Eneas y Dido, todo el espectro de pasiones humanas y divinas pasa ante nuestros ojos, sin embargo, la historia de los grandes amores no se detiene ahí, sino que continúa, y es en el siglo II cuando un magnífico prosista aparece, su nombre es Apuleyo, y su novela lleva por título *El asno de oro*. Conocida también por el nombre de *Metamorfosis*, esta obra relata la historia de Lucio, un hombre que busca convertirse en un gran hechicero, pero, por ignorancia, bebe un brebaje mal preparado y termina convertido en burro. A Lucio-asno se lo roban unos maleantes y es su aspiración a regresar a su forma humana el sen-

---

[62] A Lucio Apuleyo lo ubicamos en la Roma del siglo II, poco antes de la llegada de la Edad Media. Junto con Petronio, Apuleyo es el representante del género literario de la novela, el cual los griegos nunca desarrollaron. *El asno de oro*, que es el título de la novela de Apuleyo, es un ejemplo de la unión entre filosofía y literatura a partir de la mística, pero también es un testimonio de la relevancia que el Antiguo Egipto tuvo para innumerables pensadores, incluso ya desde los diálogos de Platón encontramos algunas referencias en las que Sócrates comenta la influencia del pensamiento egipcio en la filosofía griega.

tido de la narración. Nadie sabe que Lucio-asno comprende lo que los hombres hablan, y así, entre sus innumerables jornadas, nuestro aprendiz de hechicero escucha todo tipo de historias, pero hay una en particular que, por su extensión y belleza, ha llegado hasta nuestros días casi como un relato independiente, se trata de la historia de Cupido y Psique. El relato de estos amantes dice así:

Psique era la menor de tres hermanas y era hija de reyes. Desde su nacimiento fue su belleza lo que cautivó a todos los hombres y el motivo de las envidias de las mujeres, sobre todo de sus hermanas, pero también de la diosa Venus, a quien sus siervos ignoraban para contemplar, en su lugar, a Psique. Tiempo después y poseída por la ira, Venus ideó una venganza en contra de su enemiga, la cual se encontraba ya en la adolescencia. El desdichado plan consistía en hacer que se enamorara del hombre más ruin sobre la tierra, y para ello pidió la asistencia de Cupido, su hijo, quien para asegurar el éxito de su misión llevó hasta su palacio y con engaños a Psique. La joven fue recibida con regalos y atendida con cortesía por entidades divinas, siendo conducida, al anochecer, a la alcoba de Cupido. La pareja pasó la noche junta y bastó aquella oscuridad para que se enamoraran y en medio de esa soledad consumaran su matrimonio.

Al despuntar el alba, Cupido había desaparecido y Psique era infinitamente feliz. Y así sucedieron innumerables noches en las que los amantes se entregaron al placer de las tinieblas y a la solitaria placidez de la luz. La venganza de Venus había fracasado por la desobediencia de su hijo, pero había dos enemigas más, las hermanas de Psique, que envidiosas llenaron de veneno los pensamientos de la recién casada. Por un pacto entre Cupido y Psique, ésta desconocía la identidad de su esposo, a quien se entregaba sin saber de quién se trataba. Las hermanas la convencieron de que él no mostraba su rostro porque se trataba de un monstruo, Psique lo creyó, y en la noche rompió su promesa. Cuando Cupido dormía se acercó a él con una lámpara, descubriendo que su esposo era un dios y a quien, sin pretenderlo, quemó con el aceite derramado por la lámpara. El dios del amor despertó y abandonó a Psique.

La infortunada esposa, llena de ira, asesinó a sus hermanas y pidió directamente a Venus su perdón. La diosa la odiaba, y pensando que fracasaría le encomendó una misión: viajar al infierno y conseguir un poco de la belleza de la diosa del Inframundo a fin de restituir la que su hijo había perdido a causa de la curiosidad de Psique. Ella bajó al averno y consiguió la belleza, sin embargo,

nuevamente fue víctima de su curiosidad y antes de salir del Inframundo abrió la caja, de la que escapó un sueño de muerte que la durmió. Cupido se enteró de la muerte aparente de su esposa y, sabiendo que su madre no lo ayudaría, pidió ayuda al dios máximo: Júpiter, quien no sólo despertó a Psique, sino que, además, la hizo inmortal. La unión de los desobedientes y curiosos amantes no sólo fue reconocida por todos los dioses, sino que, además, trascendió a la eternidad. De la unión de ellos dos nació una pequeña niña que recibió el nombre de: Voluptas.

De la vastedad de enseñanzas que de este mito se desprenden, centrémonos, por ahora, sólo una: el enemigo del amor es la envidia y es la curiosidad la que puede condenarlo, pero, también y paradójicamente, salvarlo. Psique es la representación del alma y Cupido lo es del amor. La niña que ellos engendran, Voluptas, es el placer. ¿Qué sucedería, entonces, si vivimos con alma, pero sin amor? ¿O cómo serían nuestros días con un amor que carece de alma? ¿Es el placer que tenemos producto de la unión del alma y del amor, o de la envidia que nace de egoísmo? ¿Qué significa el descenso a los infiernos que Psique realiza para recuperar al amor?

La historia que Lucio-asno atestigua es imposible de explicar en pocas palabras, sin embargo, otra idea podemos rescatar. Si Cupido abandonó a Psique fue porque ella, llena de pensamientos venenosos, traicionó el juramento que juntos habían hecho. Quiso ver más allá de lo permitido y así, apresurándose a recorrer el velo, terminó dañando a quien más amaba. Justo es aquí y ahora que detengamos nuestra marcha y veamos si nosotros, como Psique, no estamos también derramando una gota de aceite.

Epicteto: léase antes de usarse[63]

La enfermedad, la pobreza y la muerte son los más temidos males a que nos enfrentamos. El primero, porque nos priva de nuestra libertad; el segundo, porque

[63] Epicteto fue un filósofo griego que vivió como esclavo en la Roma de los siglos I y II d. C. Fue practicante de la doctrina estoica y nos legó una importante obra llamada *Enquiridión*, traducida también como *Manual de vida*, en el que Epicteto nos da algunas indicaciones de cuál es la mejor manera de vivir a fin de que el sufrimiento no nos lastime tanto.

nos limita en nuestro alcance material; y el tercero, porque nos confina a la desaparición y al olvido. Es en la infancia cuando nos enteramos de que estos tres males existen y de alguna manera es en esa misma etapa cuando aprendemos a hacerles frente, al menos así sucede con la enfermedad y la pobreza, pero no podemos decir lo mismo de la muerte, pues ésta, aunque existe, se nos presenta con menor frecuencia. Todos, desde niños, nos enfermamos, y todos, desde niños, nos enfrentamos a alguna carencia material que ni siquiera el capricho puede resolver, sin embargo, no todos los niños miran a la muerte a la cara, ya sea porque tienen la fortuna de que el hilo de vida en su entorno es más largo, o ya porque sus padres, queriendo hacerle un bien al niño, le esconden la existencia de la muerte, lo cual, invariablemente, terminará siendo un gran mal.

No hay día en el que la muerte no pase junto a nosotros, lo sabemos, pero preferimos disimular que ella no existe y por eso cuando las pérdidas humanas comienzan a manifestarse en nuestra familia y amigos un terrible dolor nos inunda. Insistimos en la muerte porque la enfermedad puede resolverse, con suerte, mediante medicamentos y la pobreza, posiblemente, con trabajo, pero para la muerte no hay más remedio que aceptarla, reconociendo que en esto nada podemos hacer. ¿Entonces, por qué si la muerte es inevitable, insistimos en evitarla? ¿No sería, acaso, mejor sentarnos a conversar con ella a fin de conocerla mejor? Y es que si la muerte se nos presenta como uno de los grandes males del mundo no es porque verdaderamente lo sea, sino porque esa es la manera en la que hemos decidido etiquetarla. La enfermedad, la pobreza y la muerte no son ni buenos ni malos en sí mismos, sino que son nuestros pensamientos los que le dan su respectivo valor, por lo que, si cambiamos nuestra manera de pensar, cambiaremos nuestra forma de entender al mundo. Así de sencillo y de difícil es. Todo es pensamiento.

¿Nuestro pensamiento, nuestra manera de "entender" al mundo, de dónde nos viene? En primer lugar, de la familia; en segundo, de las instituciones públicas (escuela, religión, gobierno); en tercero, de la sociedad. Nuestro pensamiento no es realmente nuestro, pues depende de la cultura en la que nacimos, es decir que la manera en que "razonamos" y actuamos está condicionada. La cultura nos da una identidad y con ésta viene un adoctrinamiento del que no somos conscientes. Pensamos que pensamos, pero, en realidad, tan sólo respondemos a estímulos culturales, somos como animales de circo saltando entre aros de fue-

go, caminando sobre giratorias esferas, columpiándonos sobre un abismo sin red. ¿Queremos razonar con libertad? Entonces rompamos con la familia, con las instituciones y con la sociedad.

Lo que nos perturba no son las cosas, las situaciones ni las personas, sino las opiniones que de las cosas, las situaciones y las personas tenemos. Liberémonos de las opiniones y desaparecerá la perturbación. La enfermedad, la pobreza y la muerte son dañinas sólo porque nosotros nos hemos hecho una opinión dañina de ellas y no porque en esencia así sean, esto lo explica con suma elocuencia el filósofo griego Epicteto, quien en el siglo I, y a pesar de ser un esclavo, escribió una obra llamada *Enquiridión*, de la que podemos rescatar lo siguiente:

> Unas cosas dependen de nosotros y otras no. Las primeras son libres, las segundas, esclavas (1995: 183).
> [...] Si rechazas la enfermedad, la muerte o la pobreza serás desdichado, pues sólo podemos rechazar lo que depende de nosotros. Desear lo que no depende de nosotros produce infortunio (p. 184).
> [...] Si besas a quien amas, di que besas a un ser humano y no te perturbarás cuando muera (p. 185).
> [...] La muerte no es terrible, lo es nuestra opinión de la muerte. No echemos la culpa al otro, sino a nuestras opiniones (p. 186).
> [...] No digas nunca respecto a nada "Lo perdí", sino "Lo devolví". ¿Murió quien amas? Ha sido devuelto (p. 188).
> [...] Si quieres que quienes estimas vivan para siempre eres tonto, pues quieres que dependa de ti lo que no depende de ti y que lo ajeno sea tuyo (p. 190).

Estas no son todas las ideas del *Enquiridión*, sino tan sólo una muestra. Epicteto es representante de una escuela filosófica llamada estoicismo, cuya propuesta es que, a pesar de los males de la vida, es posible alcanzar una existencia plena y para ello nos da lecciones útiles para el día a día. De alguna manera, el estoicismo es el antecedente filosófico de lo que hoy conocemos como "literatura de superación personal"; sin embargo, hay una principal diferencia y es que el estoicismo prepara a sus adeptos para enfrentar la desdicha con dignidad, mientras que la superación personal engaña a sus lectores con la promesa de que toda dificultad tiene solución, lo cual no es así, pues, como ya leímos, hay cosas que dependen

de nosotros y otras que no, siendo éstas últimas la mayoría de las que hallamos en nuestro día a día.

Cuando nosotros adquirimos un producto sofisticado como puede ser un automóvil, una computadora o un electrodoméstico es común que éste se acompañe de un manual que contiene las indicaciones de uso, cierto es que la mayoría de las personas omiten la lectura del mismo, a pesar de estar recomendada ésta para garantizar el empleo adecuado del producto. La vida es mucho más sofisticada que cualquier producto que podamos comprar y, a pesar de ello, carece de algún instructivo. Llegamos a la vida sin pedirlo y se nos obliga a vivirla sin darnos ninguna pista de nada, tan sólo una mala educación que en su mayoría es adoctrinamiento puro, quizás por esto sea que el otro nombre con el que se le conoce al *Enquiridión* de Epicteto sea el de *Manual de vida*. Cierto es que este manual filosófico no resolverá por completo los males que de nuestras opiniones puedan resultar, pero vale la pena detener la vida un momento, tomar el manual de vida y hacer caso por vez primera a la leyenda que reza: "Léase antes de usarse".

Marco Aurelio: no hacer conjeturas[64]

Muchas veces caemos en el error de juzgar los actos de los demás sin detenernos a pensar en los problemas que podrían llevar a cuestas. Juzgamos ligeramente las acciones de nuestros semejantes porque damos por sentado que ellos tienen las mismas oportunidades que nosotros, olvidándonos de que la vida es una experiencia particular para cada uno de nosotros. Aunque el mundo es el mismo para todos, la visión que de éste pueda formarse será tan variada como mentes existan. Cada quien habita su propio cielo e infierno.

Evitar problemas y malos entendidos requiere sólo una condición: no actuar imprudentemente, es decir, no adelantarse a los hechos. Sin embargo, lo anterior

[64] Marco Aurelio es un filósofo muy particular porque a la par que desarrollaba una doctrina estoica, fue emperador del Imperio Romano durante el siglo II d. C. Su obra principal lleva por título *Meditaciones* y su temática es muy semejante al *Enquiridión* de Epicteto. Se le considera como uno de los emperadores romanos con más sabiduría.

es complejo de efectuar para la mayoría, pues tenemos el mal hábito de imaginar mundos antes de asegurarnos de cuál es y cómo es la tierra que pisamos. Todos los días tenemos problemas y no importa cuán desarrolladas tengamos nuestras facultades intelectuales, emocionales y espirituales, pues siempre habrá algo o alguien dispuesto a fracturar nuestro temple. Todos los días tenemos problemas y nada podemos hacer para evitarlo, pero lo que sí podemos hacer es elegir cómo respondemos ante la cotidiana adversidad y, sobre todo, con qué pensamientos lo hacemos.

Imaginar es al mismo tiempo un don y una maldición. La imaginación crea mundos, pero también los destruye y qué impertinente resulta la imaginación cuando la adversidad se nos presenta sin previo aviso y empezamos, precisamente, a imaginar posibilidades y a crear conjeturas que nos arrebatan la posibilidad de vivir en paz. Cuando tenemos dificultades, qué fácil sería hablar, dialogar mansamente, para resolverlas, sin embargo, y por una cuestión ligada al miedo y al egoísmo, preferimos imaginar, sacar conjeturas a priori, lo cual, lejos de resolver el supuesto conflicto –pues muchos de nuestros problemas son inexistentes–, lo termina agravando. Con respecto al riesgo de hacer conjeturas, el filósofo latino Marco Aurelio, habla así en sus *Meditaciones*:

> No consumas tu vida haciendo conjeturas sobre otras personas, a menos que tu objetivo apunte a un bien común. Al imaginar qué hace tal persona, por qué, qué piensa y qué trama no sólo provocas tu aturdimiento, sino que te apartas de la observación de tu guía interior. Es importante que te acostumbres a pensar sólo en lo que es sencillo, bueno y propio de alguien que no se interesa por los placeres mundanos, y así cuando te pregunten "¿En qué piensas?" puedas responder sin avergonzarte y demostrando que estás exento de toda codicia, envidia, recelo o pasión. Quien actúa de esta manera se pone al servicio de la divinidad que se asienta en su interior, lo cual le inmuniza contra los placeres, le hace invulnerable a todo dolor, intocable respecto a todo exceso e insensible a toda maldad (1977: 72).
> [...] Preocuparse por nuestros semejantes es parte de la naturaleza humana, pero no debe tenerse en cuenta la opinión de todos, sino sólo la de aquellos que viven conforme al bien. No tomes en consideración los pensamientos de quienes no actúan conforme al bien, pues ni en su casa ni fuera de ella, ni en el día ni en la noche están satisfechos con ellos mismos (p. 73).

El apartamiento de nuestro guía interior ocurre cuando le damos al mundo exterior más atención de la que requiere. Indudablemente, no podemos vivir aisladamente, pero tampoco a merced de los pensamientos y comportamientos de los otros, principalmente cuando éstos viven sólo para conjeturar sobre los demás; es decir, para sembrar discordias por un exceso en el uso de la imaginación. Y es que cuántas veces no nos ha pasado que nos sentimos intranquilos porque no dejamos de imaginar lo que los demás podrían estar pensando de nosotros y así nos formulamos un sin fin de preguntas como ¿Estará enojado conmigo?, ¿Por qué no me habrá saludado?", "¿Qué le hice para que me mirara de esa manera? Cuestionamientos como los anteriores y otros más son tan innecesarios como peligrosos por dos razones: la primera es que los pensamientos ajenos están fuera de nuestras posibilidades de control, por lo que no deberían de preocuparnos, son algo que sencillamente no nos compete. La segunda razón es que en ocasiones los problemas que nos invaden, y ya lo hemos dicho, son imaginarios, es decir, son problemas que únicamente existen en nuestra cabeza por un abuso de la imaginación. Como seres sociales, que buscan por sobre todas las cosas agradar a los demás, tenemos una tendencia, a veces enfermiza, a complacer a todos y cuando no lo conseguimos es cuando las dudas y los miedos nos asaltan, estallando en mil ideas en nuestra mente. Evitar hacer conjeturas con respecto a los demás es fundamental para no apartarnos de nuestro guía interior.

Pero no solamente cuando las circunstancias están en contra nuestra caemos en el abuso de la imaginación, sino que también lo hacemos cuando todo parece moverse a nuestro favor y aquí es en donde erramos al juzgar ligeramente las acciones de los demás sin detenernos a considerar la realidad que están viviendo. La imaginación es tramposa, pues cuando la realidad no nos favorece caemos en la trampa de la victimización, en aquella posición en la que asumimos que el mundo está mal y nosotros bien, pero cuando la realidad nos favorece, en lugar de mantenernos dentro de lo prudente solemos caer en el engaño que nos hace pensar que nosotros estamos bien y los demás, no. De alguna u otra manera movemos la imaginación siempre a nuestro favor, de ahí que la ansiedad y la depresión nos dominen fácilmente.

La vida es sumamente corta, no nos lo parece porque despertamos cada mañana, sin embargo, un día despertaremos enfermos o con la noticia de que alguien querido ha muerto y si el supremo bien que representa el tiempo lo hemos

malgastado en problemas imaginarios, no podremos sentir nada más que no sea angustia y arrepentimiento. La imaginación es necesaria, pero al mismo tiempo imaginar es lo mismo que caminar descalzo sobre el filo de una espada, por lo que si queremos avanzar sin riesgos, lo mejor será no hacer conjeturas.

Diógenes Laercio: signo de sí mismo[65]

Cuenta Diógenes Laercio, en *Vidas de los filósofos ilustres*, que en el siglo VII Epiménides partió hacia el campo para que sus ovejas pastaran y debido a su cansancio se durmió en una cueva cercana; cuando despertó habían pasado cincuenta y siete años, y cuando los griegos lo reconocieron lo consideraron un elegido de los dioses. Por esos días, una terrible peste asolaba a la región y le fue pedido a Epiménides que hiciera algo utilizando sus dones; él juntó a sus ovejas y las hizo caminar hasta el cansancio, y cuando una se detenía la sacrificaba y en su lugar erigía un templo para el dios correspondiente de esa región; sin embargo, Epiménides perdió el control sobre sus ovejas cuando éstas subieron a una colina y allí se echaron; su pastor las sacrificó en aquella cima alejada, y puesto que la región no se correspondía con ninguna deidad el templo se levantó con la siguiente inscripción: Νή τόν Ἄγνωστον[66], esto es, "Para el dios desconocido". Y la peste desapareció (2007: 85).

Dos mil quinientos años después de este suceso, en lo que hoy llamamos Alemania, el poeta Hölderlin concebiría un largo poema llamado "El Único"; sus primeros versos son estos:

---

[65] Diógenes Laercio vivió los últimos años del Imperio Romano en el siglo III. Su obra es principalmente literaria e histórica y está centrada en recuperar las principales enseñanzas filosóficas de su tiempo, así como de los siglos pasados, incluidos los de Grecia. Es gracias a la obra de Diógenes Laercio, *Vida de los filósofos más ilustres*, que hoy conocemos diversas historias de los filósofos antiguos, sobre todo de los presocráticos, que es de los que menos información se tiene. No hay que confundir a Diógenes Laercio con el filósofo Diógenes el Cínico, quien vivió en tiempos de Platón y que alcanzó su fama por haber llevado una vida desprendida y de indigencia.

[66] La pronunciación aproximada sería: "Ne ton Agnoston".

¿Qué es esto que me encadena
a las divinas costas de la antigüedad
y me las hace amar
más que a mi patria misma? (1995: 385).
[...]
Pero ¡oh, dioses antiguos!
[...]
hay todavía Uno que busco
entre vosotros, al que más adoro [...] (p. 387).

Hölderlin reconoce en medio de su politeísmo un origen supremo, un gen del cual parte el todo, incluidos las demás deidades.

Atormentado, prosigue:

[...] ¡oh Cristo!,
aunque seas hermano de Heracles;
y, me atrevo a declararlo,
también hermano de Dionisos,
[...]
tu Padre es el mismo que... [...] (p. 389).

Las ideas son incompletas. Heracles es la representación de la fuerza y de la sexualidad; Dionisio es el dios de la locura sagrada y del vino; tanto Heracles como Dionisos son hijos de Zeus, pero también Cristo. Lo anterior propone que el dios encarnado está emparentado directamente con la cultura grecolatina y que un halo de misterio, de duda, lo rodea: "tu Padre es el mismo que...", el verso queda en suspenso.

El poema inició en las esplendorosas cumbres de Zeus, pero se corrompe a cada paso más:

[...] Algo se interpone
siempre entre los hombres y Él (p. 389).
[...]
Y Cristo, porque Dios lo quiso,

también se quedó solo
bajo el visible cielo y las estrellas (p. 391).

¿Qué es aquello que nos separa del Único? La misma peste que a los atenienses les robaba sus vidas. El poema dice:

[...] Mas toda palabra deja un indicio,
para el hombre que sabe percibirlo (p. 393).

Pero somos sordos, y tal vez Cristo también y por eso deambula en el espiritual desierto nocturno.

¿Quién es el dios desconocido que las ovejas de Epiménides descubrieron? Pablo de Tarso, en el siglo I, visitó este templo de la deidad ignota sugiriendo que se trataba de Cristo, y debido a que las ovejas hallaron a su pastor podría parecer que estaba en lo cierto. Hölderlin dirá "El Cristo sólo es signo de sí mismo" (p. 393), pero en esta redención residirá también su trampa, pues al ser hermano de Dionisos está emparentado con el dios que recibe a la cabra en su honra. Simbólicamente las ovejas y las cabras son opuestas y es, quizás, por esta disyuntiva y por su doble naturaleza que el ser humano, como el Cristo del poema, continúa vagando abandonado entre las dunas de un signo impenetrable.

PLOTINO: POR NINGUNA COSA EXTERNA[67]

Seguramente, en algún momento hemos tenido a bien imaginar situaciones en las que el dinero no sólo no nos falte, sino que además lo tengamos en abundan-

[67] Con Plotino culmina el periodo clásico grecolatino y se abre la Edad Media. Es un filósofo de transición de una época a otra que está ubicado en el siglo III d. C. La obra de Plotino es fundamental puesto que recuperó los, para su momento, ya olvidados diálogos platónicos, pero enriqueciéndolos con la filosofía de los primeros cristianos que empezaba a difundirse por Roma. Con Plotino inicia una doctrina filosófica conocida como el neoplatonismo, el cual, junto con la escolástica nacida del aristotelismo, se convertirá en la doctrina de más aceptación durante la Edad Media e incluso en el Renacimiento italiano del siglo XVI.

cia; hemos tenido a bien imaginar que tenemos un buen empleo, uno en el que seamos nosotros quienes sujetamos el cetro de mando; seguramente, hemos imaginado que viajamos por el mundo y que al regresar a casa, ésta es abundante en sus comodidades; en pocas palabras, hemos imaginado que nada nos falta, que todo nos sobra y que, por ende, somos felices, sin embargo, cuando nuestra dicha depende de factores externos, el arribo de la ruina y la desgracia es tan sólo cuestión de tiempo.

¿De qué o de quién depende la felicidad propia? La mayoría no dudará en responder que la felicidad depende de uno mismo y seguramente esta mayoría responderá lo anterior, aunque todavía se halle en busca de la felicidad; es decir, que la respuesta surgirá sin haber sido verificada, esto es, la mayoría dirá que la felicidad depende de uno mismo, aún sin haber conquistado todavía la felicidad. Pero, si la pregunta anterior es ya en sí misma compleja, pues no faltará quien afirme que la felicidad es subjetiva –relativismo que no aporta nada al tema, por cierto–, ¿qué podríamos responder si nos preguntasen qué es la felicidad? Y es que todos queremos ser felices, pero pocas veces nos hemos detenido a definir lo que entendemos por felicidad. ¿Es el dinero la felicidad? ¿Es el amor que recibimos de nuestra pareja la felicidad? ¿Es un buen automóvil, un envidiable trabajo o una privilegiada posición social la felicidad? ¿Sabemos lo que es la felicidad o solemos confundirla con otros estados semejantes como, por ejemplo, la dicha, el contento, la ventura y la satisfacción?

Aceptémoslo, no sabemos lo que la felicidad es, pues solemos confundirla con los muchos momentos de bienestar que experimentamos en el día a día, por ejemplo: gozar de una comida deliciosa, portar una vestimenta de marca conocida, viajar en la comodidad de un automóvil particular, contar con solvencia económica para cualquier ocasión, etcétera. Aunque todo lo anterior es fuente de alegría y es incluso necesario para evitar la amargura, no es la felicidad, sino tan sólo algo que se le parece y que, por su atrevida semejanza nos hace sentir confundidos, de tal suerte que al no saber qué es la felicidad, solemos pensar que la obtención de los anteriores bienes y de otros más se traducirán en una vida feliz, pero las evidencias nos muestran lo contrario, pues mientras mayor sea el número de comodidades con las que podamos contar en nuestro día a día, mayor será nuestro temor de perderlas, lo que detona, antes que en un estado de felicidad, en una condición de angustia.

Un escenario peor se nos presenta cuando, confundidos con respecto a lo que la felicidad es, carecemos de todos o al menos de algunos de los bienes anteriormente enlistados, y es que si la posesión de estos bienes ya representa en sí misma una posibilidad de angustia debido a la idea de que en algún momento podríamos perderlos, el no tenerlos es mucho peor, pues no será la angustia, sino la depresión, la que se mostrará ante nosotros y esto es porque, al no saber lo que la felicidad es, solemos confundirla con cualquier estímulo externo que nos haga sentir bien. De lo anterior, se deduce la importancia de definir qué es la felicidad, así como lo urgente que resulta aprender a distinguirla de todo aquel estímulo que nos haga sentir contentos. Alegría y felicidad no son iguales, pero su semejanza nos confunde y arrastra a la complacencia en los estímulos exteriores. La palabra alegría viene del latín *alacer*, que significa "rápido", mientras que la palabra "felicidad" viene del latín *felix*, que significa "fecundo". En este sentido, lo alegre es lo que rápido llega y rápido se va, mientras que la felicidad es lo que por su fertilidad lento nos llega y lento se nos va, dejando de por medio –gracias a la fertilidad– frutos para el futuro.

El tema de la felicidad es fundamental porque nadie anhela una vida triste, irónicamente, casi nadie se detiene a definir lo que la felicidad es y por ello suele confundirla con cualquier estímulo externo que produzca un sentimiento de satisfacción. En la historia de la filosofía, muchos son los que se han dado a la tarea de definir a la felicidad, tomemos a manera de ejemplo al filósofo Plotino, quien en el siglo tercero de nuestra era escribió[68] las siguientes palabras para su amigo Porfirio, quien estaba al borde del suicidio:

> La verdadera felicidad consiste en la vida del Yo superior. El Yo superior no tiene que verse afectado por el Yo inferior. [...] La felicidad es la buena vida, la buena vida es sentirse a gusto, sentirse a gusto es cumplir con nuestra misión, es la imperturbabilidad, es la vida que no desafía a la naturaleza. [...] La felicidad es la vida de la inteligencia. [...] La vida feliz no se ve afectada por las calamidades, ni los desastres, ni los dolores, ni por la pérdida o falta de consciencia, ni por ninguna cosa externa. La vida feliz, es independiente de los placeres del cuerpo, de los vaivenes de la fortuna

[68] Este tratado, también conocido por "Eneada", lleva por título *Sobre la felicidad.*

> y de los dones externos. [...] Ser feliz no consiste en no experimentar dolores ni desdichas o alguna clase de enfermedad, ya que podemos partir del principio de que el hombre no es solamente cuerpo, sino alma. Cuando tenemos bienes externos, éstos no nos son atractivos, como cuando los deseamos por carecer de ellos. Esta felicidad externa es la del Yo inferior (1982: 239-240).

Cuántas veces no hemos pensado que la felicidad consiste en tener una vida libre del todo dolor y enfermedad; sin embargo, la felicidad -la verdadera, la que no depende de los estímulos externos– no consiste en no experimentar desdichas, sino en comprender que la vida es esencialmente sufrimiento, y que, a pesar de ello, nos otorga posibilidades para mantenernos imperturbables, pues la felicidad, antes que satisfacer las necesidades del cuerpo, satisface las del alma. Calamidades habrá siempre y nadie se salvará del dolor, pero si conseguimos definir lo que la felicidad es, no nos veremos afectados por ninguna cosa externa.



CAPÍTULO II. EDAD MEDIA, RENACIMIENTO Y NUEVA ESPAÑA

LACTANCIO: LA CAUSA DEL MAL[69]

¿Cómo enfrentamos nuestros problemas? Generalmente, culpando a los demás. Solemos creer que las desgracias que nos ocurren son más por la malicia de los otros y no por una imprudencia de nuestra parte. Pocos son los que asumen sus errores y muchos, los que buscan un descargo de conciencia atribuyéndole a los demás sus propias carencias, pero mientras uno no reconozca que los problemas, abusos y desgracias implican también un exceso propio será imposible salir del error. La maldad es parte del mundo, del ser humano y confiarnos en que nada nos ocurrirá, en que nadie nos lastimará es lo mismo que entregarnos a las incalculables manos del azar. ¿Queremos reducir nuestros problemas y sufrimientos? Pues vaya siendo hora de culparnos a nosotros, antes que a los demás, por lo que nos ocurre.

Nuestra sociedad le tiene miedo al mal, en cualquiera de sus manifestaciones, y por ello no sabe cómo enfrentarlo. El mal puede ser pequeño o grande, individual o colectivo, pero siempre perjudicial. Al mal se le enfrenta con la razón, no porque el mal sea causa de la ignorancia, sino porque la razón aplaca a las pasiones que, a veces, son otra cara del mal. ¿Cuántas personas no han sucumbido a

---

[69] Lactancio está situado entre los siglos III y IV. Su obra filosófica es una de las primeras de corte cristiano, la cual elaboró a partir de comentarios hechos a las obras algunos autores grecolatinos.

causa de no poder gobernar sus emociones? El autogobierno no necesariamente nos lleva al bien, pero sí nos aleja del mal, de esa fuerza destructiva a la que nuestra sociedad tanto le teme y por eso hoy intenta vivir en una burbuja en la que todo es perfecto hasta que un día ésta explota y la realidad se manifiesta con su crudeza.

Antes de que la filosofía se decidiera a estudiar no el problema del mal, sino la dimensión del mal –si el mal fuera un problema, tendría solución–, fue la religión la que asumió la responsabilidad. No entendamos por religión a una en concreto, sino al vasto universo que las compone. Las religiones del mundo son diferentes en sus formas exteriores, más en sus funcionamientos internos son muy semejantes, por ejemplo, en cuestiones que atañen a atributos divinos, las religiones coinciden en que toda deidad es superior a la raza humana –no por la región que habitan, sino por su naturaleza–, además de que los dioses son perfectos, mientras que los hombres, erráticos. Las divinidades son perfectas en sus respectivas religiones, aun cuando a nosotros no nos lo parezcan, y esa perfección sagrada suele venir acompañada de virtudes como la omnipotencia, la omnipresencia, la omnisciencia y la omnibenevolencia.

En nuestro contexto occidental, las cuatro virtudes divinas anteriormente mencionadas las hallamos en las tres religiones monoteístas más practicadas en el mundo: el judaísmo, el cristianismo y el islamismo. No es este el espacio para definir la concepción que cada una de estas religiones tiene de Dios, pero lo que no podemos dejar de lado es que las tres religiones postulan que la naturaleza de Dios la conforma su absoluto poder (omnipotencia), su presencia en todos los lugares y tiempos (omnipresencia), su sabiduría infinita (omnisciencia) y su amor incondicional (omnibenevolencia). Sin embargo, y esta es la astilla de las religiones, ¿por qué si Dios posee tales virtudes, existe el mal? No faltará quien responda que Dios permite la existencia del mal porque nos está poniendo a prueba, pero ¿acaso Dios no lo sabe todo, incluido el resultado de la prueba? ¿Para qué probar lo que ya se sabe cómo terminará? Pareciera que, irónicamente, saberlo todo, poderlo todo y estar en todo conducen a un vacío insalvable.

Así como han sido puestas en duda las facultades divinas, también sería lícito sospechar de la existencia de Dios, de hecho, considerar la inexistencia de lo divino nos permitiría comprender más fácilmente la presencia del mal. Arrojemos una pregunta más: ¿aceptando que Dios sí existiera, sería posible que el mal

fuera también parte de su naturaleza? Las anteriores preguntas no son ociosas, sino necesarias para todo aquel que busque afirmarse en su creencia o escepticismo de la existencia de Dios (o de los dioses). Así lo considera, por ejemplo, el filósofo Lactancio, uno de los primeros cristianos reconocidos por el Imperio romano del siglo III. Lactancio escribió un conjunto de obras en las que defendía al cristianismo, una de ellas lleva por título *De la ira de Dios* y en el capítulo XIII, párrafo veinte, afirma que el filósofo griego Epicuro se hizo importantes preguntas con respecto a la relación de Dios y la maldad, leamos:

> Epicuro tenía el siguiente argumento: "Dios o quiere suprimir los males y no puede, o puede y no quiere, o ni quiere ni puede, o quiere y puede". Si quiere y no puede, es débil, lo que no cabe en Dios; si puede y no quiere, es envidioso, lo que igualmente es ajeno a Dios; si ni quiere ni puede, es envidioso y débil, y por esto no es Dios; si quiere y puede, lo que es acorde sólo a Dios, ¿de dónde provienen los males o por qué no los suprime? (2020: 97).

El pensamiento de Epicuro nace de la premisa de que Dios es, además, de omnipotente, omnisciente y omnipresente: omnibenevolente, es decir, irrestrictamente bondadoso, y esto es porque cuando los griegos adoptan el concepto de Dios, sobre todo a partir de Sócrates, le atribuyen condiciones éticas, en pocas palabras, lo hacen bueno. Pero, ¿y si la omnibenevolencia que los griegos le atribuyen a Dios no fuera una de sus virtudes? Tendríamos, entonces, como resultado un Dios todopoderoso, sabio, presente en todas partes y, además, cruel, es decir, sería muy semejante al que dibuja el Antiguo Testamento.

Lactancio asegura que Dios no suprime los males porque de hacerlo terminaría también con la sabiduría, que es uno de los regalos que nos dio, pero ¿no sería mejor vivir en un mundo sin maldad, a pesar de la pérdida de la sabiduría? Independientemente de la respuesta, atendamos lo siguiente: La existencia o ausencia de Dios es ajena a la postura que asumimos con respecto al mal. Es decir, ¿Dios no atiende el mal en el mundo? Hagámoslo nosotros. Apelemos a la sobriedad, a la virtud y a la razón, antes que culpar a los demás. ¿Sufrimos? Quizás parezca injusto, pero es necesario para entender que somos nosotros y no lo divino la causa del mal.

Estobeo: una mentira sobresaliente[70]

¿Qué es lo verdadero? ¿A qué llamamos "la Verdad? Una definición, de las tantas que podríamos encontrar, dice que la Verdad es aquello que se halla en consonancia por la naturaleza de las cosas. Es decir, es una sola, es única, es invariable porque en todos los tiempos y lugares es siempre la misma. En este sentido, no es múltiple ni divisible, por lo que es imposible que haya más de una sola Verdad. Además, si bien hay Verdad en la humanidad, la Verdad no es únicamente humana, pues ésta siempre ha existido, incluso antes que nuestra especie, pues es por Ella misma que el universo entero se articula. La Verdad, dice la definición citada, se halla en consonancia por la naturaleza de las cosas, ¿y qué es la consonancia? La consonancia es la cualidad que permite la correspondencia, es decir, el mutuo reconocimiento y acoplamiento, además, la consonancia es la relación armónica entre las partes de la naturaleza, las cuales, si bien en apariencia son diferentes, en esencia son iguales, de ahí que la Verdad sea siempre una misma, indivisible y eterna.

Si la Verdad es aquello que se ha mantenido invariable desde el origen del Todo, ¿cómo podríamos llamar a lo que es cambiante, fluctuante y perecedero? Quizás las palabras "mentira" y "falsedad" serían las más adecuadas, y apelando a la definición anterior de "Verdad", pero invirtiéndola, tendríamos que la mentira (o la falsedad) sería aquello que se halla en disonancia con la naturaleza de las cosas. Es decir, la falsedad no es única, sino variable porque en todos los tiempos y lugares es siempre diferente. En este sentido, es múltiple y divisible, por lo que es posible que haya más de una falsedad. Además, si bien pareciera que hay falsedad en la naturaleza, es primordialmente humana, y a pesar de que ésta no siempre ha existido, supone que es capaz de comprender cómo se articula el universo entero. La falsedad, dice la definición invertida, se halla en disonancia con la naturaleza de las cosas, ¿y qué es la disonancia? La disonancia es el defecto que impide la correspondencia, es decir, el mutuo reconocimiento y acoplamiento,

[70] Como Diógenes Laercio, la obra de Estobeo está sustentada en la doxografía, es decir, en la recuperación y difusión de las principales ideas de los mayores intelectualaes de la historia. Estobeo existió entre los siglos V y VI y es formalmente un autor medieval.

además, la disonancia es la relación disarmónica entre las partes de la naturaleza, las cuales siempre aparentarán ser diferentes, de ahí que la falsedad sea siempre variable, divisible y temporal.

Resumamos: La Verdad es única y eterna –la eternidad no necesariamente está relacionada con la idea de Dios, sino que podría ser la naturaleza, por ejemplo–, mientras que la falsedad es múltiple y finita. Sabiendo lo anterior, preguntémonos, ¿cómo somos nosotros? ¿Únicos y eternos o múltiples y variables? Considerando que el nacimiento es el punto de inicio de nuestra vida, ¿nos hemos mantenido tal y como nacimos o hemos ido cambiando con el paso del tiempo?; aquí es necesario decir que la Verdad no conoce el tiempo, pues está exenta de todo cambio. En pocas palabras: ¿Somos verdaderos o falsos? El doxógrafo[71] Estobeo, nacido en el siglo V d. C., lo explica de la siguiente manera:

> El hombre no es verdadero, pues lo verdadero es lo que está constituido sólo de sí mismo y permanece idéntico a sí mismo, mientras que el hombre está compuesto de muchas cosas y no permanece en sí mismo, puesto que, mientras permanece en el cuerpo, cambia y se modifica de edad en edad y de apariencia en apariencia; hasta el punto que muchos padres ni siquiera reconocen a sus hijos tras un corto período de tiempo y lo mismo les sucede a los hijos con sus padres. [...] Por tanto, ¿cómo puede ser verdadero lo que cambia de tal modo que no puede ser reconocido?, ¿no habrá de ser, más bien, completamente falso, puesto que adopta apariencias tan distintas en sus cambios? Piensa que si hay algo verdadero es lo permanente y eterno, pero el hombre no es siempre, luego no es verdadero; el hombre es una cierta apariencia y la apariencia es una mentira sobresaliente (Renau, 1999: 266).

La labor de un doxógrafo es recolectar las ideas más importantes de los filósofos. En el caso de Estobeo, la cita anterior es parte de los textos atribuidos a Hermes Trismegisto y que Estobeo rescató del olvido. Lo que en estos fragmentos de Estobeo aparece con mayor frecuencia, es el postulado de que la Verdad, por ser eterna y sin transformaciones, es inconcebible para el ser humano, lo que quiere

---

[71] La doxografía es la ciencia que busca, recoge y compendia las ideas principales de los más destacados intelectuales.

decir que nosotros, además de ser la encarnación de la falsedad, no podremos conocer nunca la Verdad, al menos no mientras nuestros intereses estén centrados en aspectos superficiales de la vida diaria. A la Verdad, dice Hermes Trismegisto en otro fragmento, se llega mediante la contemplación (p. 444); y la contemplación, para poderse realizar, exige un silencio absoluto con respecto a lo que nuestros sentidos captan.

Volviendo a la definición de Verdad, la Verdad es lo que está en consonancia, mientras que la falsedad es lo que está en disonancia. Tanto la consonancia como la disonancia coinciden en que su base es la palabra latina *sonare*, que significa "sonido", es decir que la consonancia es lo que "suena al unísono (ordenada y armónicamente; música)", mientras que la disonancia es los que "suena al plurísono (desordenada y disarmónicamente; ruido)". Otra palabra que también tiene como base la voz latina *sonare* es la palabra "persona", la cual quiere decir "sonar a través de". En la antigüedad, la "persona" era la máscara que los actores de teatro se ponían para representar a los personajes y como dentro de esa máscara había una caja de resonancia que hacía las veces de micrófono, es que la máscara se llamaba "persona", pues a través de ella pasaba el sonido de la voz y se amplificaba. Con el paso del tiempo la palabra "persona" dejó de significar "máscara" y por ello es que ahora la entendemos como sinónimo de "sujeto", de "animal humano". Considerando lo anterior, somos doblemente falsos, pues además de ocultarnos tras una máscara, al ser variables y finitos, en lugar de únicos y eternos como la Verdad, representamos a una mentira sobresaliente.

Boecio: el asno ante la lira[72]

Estamos desconsolados, el dinero no nos alcanza, nuestro empleo nos exige más de lo que nos retribuye, los servicios de salud son impagables, la inseguridad social se exacerba y los actores políticos son cómplices del crimen. Estamos des-

[72] Boecio se dedicó a la filosofía con el mismo rigor que a la poesía y a la política. Lo ubicamos entre los siglos V y VI y es considerado como santo por parte de la iglesia católica, la cual, para el tiempo de Boecio, ya estaba consolidada.

consolados, sí, pero no por todo lo anteriormente dicho, sino por nuestra incapacidad para ver que ni el dinero, ni el trabajo, ni los estudios, ni la vida pública en su conjunto tienen realmente algo que ver con cada uno de nosotros, al menos no en términos de dicha e infortunio.

Se necesita muy poco para vivir bien, sin embargo, los poderes sociales nos crean necesidades artificiales, nosotros mismos nos inventamos también necesidades las cuales, por estar más allá de lo indispensable, son fuente de angustia y depresión. Innumerables servicios de video, plataformas de música con más de lo que es humanamente posible escuchar, guardarropas que contienen más prendas de las que comúnmente usamos, refrigeradores que almacenan más basura que alimentos, televisores cada vez más grandes, teléfonos cuya inteligencia artificial supera a la natural de sus usuarios y la lista de los absurdos que consumimos se extiende sin límites, lo que nos deja avizorar que si estamos desconsolados es más por nuestra incapacidad para controlar nuestras pasiones y no tanto porque el mundo en sí sea desordenado.

Pero esto no es nuevo, la vida de los desconsolados ha existido desde siempre y es que la raíz de los males, sin importar cuál sea la naturaleza de éstos, más que buscarla en los sistemas religiosos, políticos, económicos o morales debemos de hallarla en la conducta desenfrenada de cada uno de nosotros. Es cierto que desde la infancia se nos siembran deseos nocivos, por ejemplo, el querer siempre más, el ser competitivos, el desprecio por todo lo que sea diferente, sin embargo, ya en la vida adulta cuántos se han detenido a cuestionar sus raíces, a dudar de todo cuanto les fue dicho en su primera edad de la vida, con seguridad podríamos decir que casi nadie, de ahí que la mayoría de las personas se comporten como autómatas y carezcan de una identidad genuina.

Es necesario un acto violento para que uno tome consciencia de sus malos hábitos. El enfermo añorará la salud cuando la haya perdido; lo mismo sucederá con el recluso que llorará por la libertad perdida desde su encierro; quien estuvo acostumbrado a tener se sentirá miserable si cae en la pobreza y quien nunca ha tenido sustento material se sentirá abandonado aun cuando su salud sea buena, y es que la vida humana es, en esencia, un contrasentido de ahí que nos percibamos como desconsolados debido a todo aquello que equivocadamente creemos que nos falta.

El desconsolado es aquel que no tiene calma en su vida y es para este tipo de personalidad que, en el año 500 aproximadamente, Boecio escribió su famosa *Consolación de Filosofía*, obra en la que él mismo aparece como un desconsolado, pues ha caído en la cárcel, que sin esperarlo recibe una visita de Filosofía, alegoría femenina que lo consuela, es decir, le ayuda a recuperar la calma que, por la entrega a sus sentimientos, ha perdido; consolémonos con las siguientes ideas que Filosofía le da a Boecio:

> Las pasiones son estériles espinas (2005: 28).
> [...] Es necesario recuperar la conciencia limpiando los ojos oscurecidos por la nube de cosas terrenales (p. 32).
> [...] El vulgo se disputa cosas sin valor (p. 36).
> [...] Nada esperes, nada temas y dejarás desarmado e impotente a tu más airado enemigo; pero si trepidas por el miedo o vacilas por una esperanza, ya has perdido tu firmeza, has vendido tu independencia, has abandonado tu escudo; y, desalojado de tus posiciones has atado a tu cuello una cadena que para siempre te arrastrará (p. 37).
> [...] Si buscas remedio a tu mal, preciso es que descubras la herida (p. 38).
> [...] Si quieres percibir la verdad en todo su fulgor y avanzar por el camino recto, deja a un lado las bulliciosas alegrías, aleja de tu corazón el temor, desecha la esperanza, ahuyenta todo dolor. Bajo el dominio de esas pasiones, pesada niebla se cierne sobre el espíritu, que se siente como atado con fuertes cadenas (p. 56).

Apresurémonos lentamente. Filosofía dice que las pasiones son estériles espinas porque no hay nada menos fructífero que entregarnos a las emociones. Cuántas veces no hemos caído en el error debido a que los sentimientos, esos caballos desbocados, son los que nos arrastran. Los sentimientos son necesarios para la vida diaria, pero también son los primeros en traicionarnos, de ahí que la nube de cosas terrenales (el dinero, el trabajo, los estudios, los objetos, etcétera) nos nuble la vista y terminemos entregando nuestras vidas a cosas sin valor. Boecio, a través de Filosofía, nos invita principalmente a dos cuestiones: a no entregarnos ni a la emoción de la fortuna ni al miedo de la desgracia y, en segundo lugar y quizás sea lo más importante, a descubrir cuál es nuestra herida, es decir, el origen del mal que nos encadena. Las palabras de Boecio recuerdan a otras dichas antes por Hipócrates, el médico griego: "para que el enfermo sane, es nece-

sario que quiera hacerlo"[73] (1983: 243). La consolación, en este sentido, llegará cuando hallemos la herida que nos lastima.

En *Consolación de Filosofía*, la principal razón por la que Boecio se siente desconsolado es porque él ha olvidado todas las lecciones que alguna vez recibió de Filosofía. Confundido, piensa que el hombre no es más que razón y mortalidad, sin embargo, Filosofía lo reprende haciéndole ver que la vida va más allá de esta realidad de los sentidos y diciéndole "es que tú no sabes quién eres" (2005: 54). Tomando en cuenta lo anterior, es necesario que el desconsolado no sólo halle el origen de su herida, sino que además se adentre en el conocimiento de sí mismo, lo cual es posible sólo cuando se duda y se cuestiona aquello que en la infancia se aprendió.

Filosofía, además de consolar a Boecio, lo regaña diciéndole: "¿Han penetrado en tu espíritu las enseñanzas, o bien te has quedado tan insensible como el asno ante la lira?" (p. 38) Preguntémonos ahora: ¿una vez leído lo anterior somos más conscientes de nuestra desconsolación? ¿Conocemos el camino que habrá de llevarnos hacia nuestra herida o permanecemos impávidos como el asno ante la lira?

Maimónides: terapia del alma[74]

Han sido tiempos duros, difíciles, principalmente para la salud física[75]. La medicina, siguiendo la misma línea desde la antigüedad, no se detiene en su mejo-

[73] En su aforismo número uno podemos leer: "Es preciso no sólo disponerse a hacer lo debido uno mismo, sino, además, que colabore el enfermo".

[74] Avanzando en el tiempo, Maimónides forma parte del periodo de la baja Edad Media, en el siglo XII. Maimónides es considerado como uno de los grandes sabios del medioevo. Ejerció la filosofía, la astronomía, la medicina y además la vida religiosa como rabino.

[75] Estas meditaciones surgen a partir de la experiencia vivida durante la pandemia por Covid-19, la cual orilló a la sociedad mundial a recluirse en sus casas desde la primavera del 2020, hasta el verano del 2022.

ramiento y búsqueda de soluciones que el cuerpo exige a fin de mantener su funcionamiento. A propósito de la palabra "medicina", ésta nos llega del latín y significa "cuidar"; por su parte "cuidar" viene del latín *cogitare*, que es "pensar". Por lo que el que cuida, el que hace medicina, es el que piensa.

En griego, la palabra "medicina" no existe, pero tenemos otra semejante y que también tiene relación con la idea de cuidar, ésta es la palabra θεραπεία[76] (terapia), la cual, además, significa "tratamiento", de donde obtenemos "tratar" que significa "tirar", en el sentido de arrojar, lanzar. De lo anterior podríamos deducir que el tratamiento nos cura porque tiramos (lanzamos) lo que nos hace daño. Tirar y pensar son necesarios para tener un cuerpo sano, sin embargo, y si atendemos a la sentencia antigua, entonces también son indispensables para mantener en ese mismo orden a nuestra mente, pues, como decía Platón: "Mente sana en cuerpo sano"[77].

La mente no la entendían los antiguos de la misma manera que nosotros. La mente es para nosotros la capacidad que tenemos para pensar, para entender, es un conjunto que se manifiesta a través de la razón, un proceso psíquico en el que nuestras redes neuronales interactúan a fin de procesar la información que asimilamos a través de los cinco sentidos. La mente, en resumen, es para nosotros materia. Los antiguos no lo entendían así, para Aristóteles, por ejemplo, la mente es manifestación del alma, o mejor dicho, la mente es el alma en sí misma. Saber lo anterior nos pone en aprietos en tanto que la sentencia platónica anteriormente citada nos obliga a entenderla en un sentido que conjunta lo material con lo inmaterial, pues cuando decimos "mente sana en cuerpo sano" estamos invocando lo siguiente: "alma sana en cuerpo sano", y aquí se abren la preguntas: suponiendo que el alma verdaderamente existe, ¿pueden la medicina y la terapia atenderla? ¿Existen enfermedades del alma? ¿Cómo sanar al alma enferma?

---

[76] La pronunciación aproximada sería: "therapeía"

[77] Platón, en *República*, párrafo 376e, dice: "No será difícil hallar otra educación mejor que la que ha sido descubierta hace mucho tiempo, la gimnástica para el cuerpo y la música para el alma" (134). Quinientos años después, el poeta romano juvenal recuperará, en su "Sátira X", la misma idea diciendo: *Mens sana in corpore sano* (Mente sana en cuerpo sano) (*Sátiras*, 221).

La ciencia que se dedica al estudio del alma, aunque no nos lo parezca, es la psicología, pues sus orígenes están en ψυχή[78] (alma) y en λόγος[79] (ciencia). El centro de atención de los psicólogos está en la cabeza, porque ahí está la mente y la mente, según Aristóteles, es el alma. Sin embargo, la manera de entender al alma ha cambiado con el tiempo. En general, ésta es comprendida como una manifestación particular de lo divino, pero esta manifestación varía de una religión a otra. Las doctrinas griegas no estaban unificadas y su visión del alma cambiaba prácticamente con cada filósofo, pero con las religiones monoteístas judeocristianas están un poco más homologadas en este sentido. Los griegos concebían al alma como una entidad que se reunificaba con el cosmos una vez muerto el cuerpo; los judeocristianos conciben al alma como una manifestación del ser que el día del juicio final retornará a su forma física. Resumamos, para los griegos el cuerpo es un despojo, un cascarón, para los judeocristianos es parte del ser.

El filósofo Maimónides vivió en el siglo XII, en la España medieval. Él destacó en disciplinas como la medicina, la astronomía, la filosofía y la religión. Maimónides fue judío y su amplio conocimiento de los textos sagrados le permitieron gozar de buena reputación en territorios judíos, cristianos y musulmanes. Su pensamiento estaba influido por el aristotelismo, de ahí que practicara una medicina que atendía con la misma importancia los males del cuerpo y los del alma. Para Maimónides es imposible gozar de buena salud física, cuando la mente está enferma. En su obra *Sobre las conductas humanas* nos dice:

> Los seres humanos cuyas almas están enfermas desean y se inclinan por conductas negativas. Cabe entonces preguntarse sobre la terapia para tales enfermos del alma, siendo el método ir a consultar a los sabios, quienes son los médicos del espíritu (2006: 93).
>
> [...] La ira debe de evitarse siempre, el que se enoja, si es un sabio, pierde su sabiduría; si es un profeta, su profecía; la vida de los irascibles no es vida. El comportamien-

[78] La pronunciación aproximada sería: "psukhé".

[79] Literalmente: "Logos".

> to de los justos se define del siguiente modo: son ofendidos y no ofenden. Es recomendable que la persona busque el silencio y no hable (p. 95).
>
> [...] Quien habla más de lo necesario cae en el error. El silencio se considera el resguardo de la sabiduría (p. 96).
>
> [...] Las personas no deben comportarse con frivolidad ni desenfreno, ni deben caer en la tristeza ni en la melancolía, sino que deben ser alegres y esto se consigue practicando la generosidad, reduciendo la vida de los negocios y ocupándonos más del estudio (p. 97).

Cuando el alma está enferma, dice Maimónides, debemos exponerla más a lo que la daña en lugar de alejarla, es decir, si tenemos un alma amargada, iracunda, debemos de empujarla a situaciones en donde su ira se acreciente, pero intentando contenerla, de esta manera el alma se fortalecerá. O si nuestra alma está enferma de tristeza, debemos de exponerla más a la tristeza intentando contener los pensamientos negativos, de esta manera el alma se llenará de alegría.

La doctrina de Maimónides es considerablemente amplia, pero su eje está en la concepción de la medicina como una ciencia que cura (pensar y tirar) tanto al cuerpo como al alma. Pensemos ahora en nosotros. Estamos convencidos de que lo más importante es fortalecer al cuerpo con vacunas, medicamentos, ejercicios y dietas, sin embargo, el aprecio del cuerpo y el desdén no ya del alma, sino de nuestra vida interior –aquello que la psicología estudia– sólo nos conducirá a ser una sociedad cada vez más enferma.

¿La violencia en el mundo está escalando? ¿La pobreza se está acrecentando? ¿La ignorancia se corona hoy en día como nunca antes? No es fortuito. Estamos enfermos, del cuerpo, del alma, de la mente. No hay correspondencia entre lo que pensamos y lo que hacemos. ¿Nuestra vida interior es un cúmulo de tinieblas? Parece que es hora de una terapia del alma.

Giovanni Pico della Mirandola: rociar las alas[80]

Quienes háyanse, alguna vez, detenido frente al infinito abismo oceánico, con seguridad habrán notado la imposibilidad de sus aguas para repetir las mismas curvas de su oleaje, todas las olas son distintas, algunas se parecen entre sí, pero siempre hay una marca de espuma, alguna burbuja o ínfima gota que, desde su pequeñez, modifica el aspecto total del agua embravecida estrellándose contra la orilla. Las olas son siempre distintas, por ello, podríamos pensar que nuestros días son cambiantes ondas marinas, semejantes en cierta medida, pero diferenciadas por alguna gota que rompe con su forma total, por un quiebre en nuestra cotidianidad que nos azora.

Los antiguos griegos, otra vez ellos, concebían a la naturaleza como emanaciones divinas, es decir, ellos estaban seguros de que en los animales y en las plantas, en el cielo y en el suelo, en el fuego y en el agua y en todas las demás formas de nuestra mundana mansión habitaban dioses o seres de naturaleza divina. Evidentemente el mar no es la excepción y si bien es Poseidón el dios marino por excelencia, lo cierto es que una multitud de seres divinos conformaban al líquido abismo. En el caso específico de las olas, la divinidad que las habitaba se llamaba Proteo quien, además de tener la capacidad de ver hacia el futuro, tenía el don de cambiar de forma tantas veces como su voluntad lo dictara, por eso no era fácil encontrarlo, sin embargo, había una recompensa para quien lograra hallarlo y ésta era anticiparse al presente, es decir, conocer su futuro.

El conocimiento de lo venidero, el poder de adentrarse cual profetas en el futuro, no es más que la capacidad para descifrar los invisibles símbolos de que estamos rodeados. Generalmente, la vida nos parece hueca, semejante a un cascarón estéril cuyo interior carece del ansiado embrión, sin embargo, esto no es más que por nuestra incapacidad para entender nuestro entorno el cual, como

---

[80] Giovanni Pico della Mirandola es representante de la filosofía renacentista y, por tanto, lo ubicamos en el periodo del Renacimiento, en el siglo XV. Al igual que Estobeo, de quien ya se hizo antes mención, estuvo interesado en los textos del mítico sacerdote Hermes Trismegisto, como también en la filosofía neoplatónica y en la aplicación de la vida cristiana desde una perspectiva más científica y menos especulativa.

ya dijimos, es cambiante. Sin embargo, sería equivocado de nuestra parte considerar que únicamente los días son ondas marinas irrepetibles, pues aún nosotros lo somos también, es decir, que quienes somos hoy no son como quienes fuimos ayer o seremos mañana y esto es porque la vida humana es una ola más del líquido abismo y, por ende, cambiante y efímera.

¿Pero es que entonces podemos hacer algo por nosotros sabiendo que no somos más que parte de un inmenso oleaje? ¿Será el viento que nos empuja aquello que algunos llaman "Dios"? ¿Por qué y cómo este inmenso océano colmó a la dimensión que hoy habitamos? Giovanni Pico della Mirandola, un filósofo italiano del siglo XV –una de las tantas olas humanas cuyo rompimiento contra la mortal orilla todavía resuena–, no aborda como tal el asunto del mar y sus fugaces curvas, pero sí trata de explicar el objetivo de lo que, en términos religiosos, conocemos como "la Creación"; en su *Discurso sobre la dignidad del hombre*, el italiano afirma:

> Consumada la obra, deseaba el Artífice que hubiese alguien que comprendiera la razón de una obra tan grande, entonces tomó al hombre y le habló así: no te he dado ni un lugar determinado, ni un aspecto propio, ni una prerrogativa peculiar con el fin de que poseas el lugar, el aspecto y la prerrogativa que conscientemente elijas y que de acuerdo con tu intención obtengas y conserves. La naturaleza definida de los otros seres está constreñida por las precisas leyes por mí prescritas. Tú, en cambio, no constreñido por estrechez alguna, te la determinarás según el arbitrio a cuyo poder te he consignado. Te he puesto en el centro del mundo para que más cómodamente observes cuanto en él existe. No te he hecho ni celeste ni terreno, ni mortal ni inmortal, con el fin de que tú, como árbitro y soberano artífice de ti mismo, te informases y plasmases en la obra que prefirieses. Podrás degenerar en los seres inferiores que son las bestias, y podrás regenerarte, según tu ánimo, en las realidades superiores que son divinas. (1984: 114–115).

Lo anterior supone que el humano, ese proteo del que tanto hemos hablado, fue creado, de acuerdo al texto de Della Mirandola, en primer lugar para contemplar, en segundo, para comprender, y, en tercero, para elegir, ¿y qué es lo que éste elige?, la manera de conducir su oleaje, pues si bien hay un viento que nos empuja –la vida llamando a la muerte– es posible adquirir formas más o menos terribles,

más o menos bellas, más o menos vacías. El espectáculo de las olas humanas es tan atrapante como el que ofrecen las ondas marinas y así como a éstas las impulsa un viento nacido del centro de altamar, son nuestros pensamientos las ráfagas que a nosotros nos mecen en tranquilas corrientes o nos azotan hasta el fondo de las pasiones cuando adquieren la corpulencia de una tormenta. Somos olas impulsadas por el viento revuelto en nuestra cabeza y a la vez somos viento generando olas que son días, y días que son mares y mares que son gotas en la vastedad de la Creación. Aplacar las luchas internas es el único medio para apacentar las luchas externas.

Degenerarnos en bestias o regenerarnos en realidades superiores, ¿de qué depende lo uno o lo otro? Della Mirandola nos dice que de nuestra disposición a establecer tregua con nuestros enemigos, los cuales, podemos inferir después de haber conocido los vientos de nuestra mente, son el ímpetu, el furor y las pasiones, es decir, las emociones, las cuales si bien es imposible de suprimir, estamos obligados a educarlas a fin de que éstas no nos devoren, no por nada Della Mirandola las relaciona con la figura del león, mientras que, a nuestra consciencia, la asemeja al gallo que todas las mañanas canta ante el nacimiento del sol (lo divino). En este sentido y volviendo con la imagen del humano proteo condenado a cambiar de forma, si las olas son estrepitosas es más porque su forma asemeja las fauces del león, en lugar del paciente gallo esperando por el sol.

Della Mirandola nos ofrece una última imagen acuática al recordar las palabras de Zoroastro, sabia ola iluminada que vivió hace cuatro mil años: "el alma está alada y cuando pierde sus alas tiene que recuperarlas rociándolas con las aguas de la vida" (p. 130). ¿Cuáles son esta aguas? Della Mirandola nos dice que son las de cuatro ríos que nacen al Norte, al Occidente, al Oriente y al Sur, a saber: la justicia, la expiación, la luz y la fe. Todos los ríos van al mar, que es el morir[81], ¿podremos revertir nuestro oleaje a fin de salir del mar y en busca de los cuatro ríos? Ya no somos los mismos de cuando comenzamos estas líneas y nuestro proteo sueña con rociar sus alas.

---

[81] Paráfrasis de unos versos de las coplas que Jorge Manrique escribió para su padre. Véase la sección dedicada a Heráclito.

Trabajar para tener. A veces a costa de otros, pero pobres y ricos trabajan. Hay un sentido en ello, obtener algún bien, necesario o artificial, no importa, pero el sentido está. La palabra trabajo suele relacionarse con el latín *tripaliare* que significa "tres palos", pues tres eran los que se necesitaban para armar una estructura en la que se torturaba a los esclavos, a los peones, a la mano de obra. Quizás por ello es que a veces el trabajo lo sentimos como una tortura, como un castigo, como una labor de sufrimiento necesaria para la subsistencia y para la obtención del bien que anhelamos.

El trabajo adquiere sentido cuando le atribuimos un objetivo, pero como nuestras falsas necesidades son muchas, tan pronto como obtenemos el bien preciado inmediatamente colocamos otro en la mira, olvidando así el primero y corriendo hacia el segundo. Trabajar y trabajar y la vida se nos va en eso hasta que, si fuimos favorecidos, si nos esforzamos lo suficiente, llega un momento en el que ya no tenemos que trabajar, ya no es necesario desvestirse en el *tripallium*, sino sólo esperar cada mes por un dinero que nos hemos ganado y que será seguro y constante hasta nuestra muerte.

Cuántos no ansían merecer una pensión cuando su adultez es madura y un tanto envejecida, pero todavía funcional, sin embargo, cuántos también de los que han sido coronados con la ansiada pensión no se han reducido rápidamente a ser un saco de huesos incapaz de valerse por sí mismo, y es que, si bien el trabajo puede llegar a ser un martirio, posee la virtud de otorgarnos un objetivo por el cual despertarnos cada mañana para hacer algo. Todos conocemos a alguien que envejeció, enfermó y murió tan pronto como se entregó a la vida del retiro, pero que mientras trabajaba destellaba por su fuerza, ánimo y entereza.

---

[82] Michel de Montaigne pertenece al siglo XVI y su principal aporte es la consolidación del género literario del ensayo, género que aprovechó para desarrollar una amplia obra filosófica centrada en temas variados y de prácticamente cualquier ámbito de la vida humana; a diferencia de Giovanni Pico della Mirandola que representó al humanismo italiano, Montaigne representa al humanismo francés.

No es que tener una pensión sea inconveniente, lo que pasa es que muchas veces uno se equivoca en sus objetivos, en sus metas, en su plan de vida y concibe al abandono del trabajo como una finalidad, por lo que una vez conseguida no hay nada más que hacer. En este sentido, lo que verdaderamente nos envenena hasta la muerte es el ocio, el vivir sin metas, sin un curso por el cual encaminar nuestros pasos. Todo en la naturaleza tiene un propósito: el sol escala el cielo para iluminar; la vegetación se abre a la fotosíntesis; los animales enriquecen los ciclos vitales con su nacimiento y descomposición; el que vive para el ocio, sólo espera a la muerte.

Si alguien nos preguntara por nuestro plan de vida ¿qué le responderíamos? El trabajo es tan necesario como el ocio, el problema es que al primero lo confundimos con un empleo y al segundo con el vicio. Trabajar no es necesariamente tener un empleo, y ser ocioso no es precisamente perder el tiempo de incontables maneras. Trabajar es tener objetivos y ser ocioso es hallar espacios, como los antiguos griegos, para contemplar al mundo y conocernos. Sobre el ocio, Michel de Montaigne (siglo XVI) nos dice en sus *Ensayos*:

> Vemos los terrenos baldíos poblarse de hierbas espontáneas e inútiles, y que para que produzcan provechosamente es preciso cultivarlos y sembrarlos de determinadas semillas para nuestro servicio. Como estos terrenos baldíos y malas hierbas, algunas personas sólo se reproducen adoptando la apariencia de montones informes de carne. Para que resulte una generación provechosa y natural es necesario depositar en ellas otra semilla, así acontece con los espíritus; si no se los ocupa en labor determinada que los sujete y contraiga se lanzan desordenadamente en el vago campo de las fantasías (2007: 76-77).

Montaigne veía el ocio como una actividad necesaria, pero que tenía que ser medida, pues "el alma se pierde cuando no tiene un fin establecido, pues como suele decirse, estar en todas partes no es encontrarse en ninguna" (p. 77). Y es que si de por sí el ser humano tiene una inclinación a no vivir en el presente al pensar enfermizamente en el pasado y en el futuro, es en los espacios de ocio en donde este riesgo se acrecienta:

> No estamos nunca concentrados en nosotros mismos, siempre permanecemos más allá: el temor, el deseo, la esperanza nos empujan hacia lo venidero y nos alejan de la consideración de los hechos actuales, para llevarnos a reflexionar sobre lo que acontecerá, a veces hasta después de nuestra vida (p. 59)[83].

El ocio, bien encaminado, es tan productivo como el trabajo, pero nuestro mal entendimiento de ambos nos lleva a caer en un grave mal: la procrastinación, es decir, en un deseo irracional por dejar todo para la última hora de mañana, y por eso, añade Montaigne: "Buscamos otras condiciones por no comprender el empleo de las nuestras, y salimos fuera de nosotros, por ignorar lo que dentro pasa" (p. 1283)[84] Ahora, así como no debemos de confundir trabajar con tener un empleo –a veces son diferentes–, tampoco pensemos que por mucho trabajar se deja de ser ocioso, pues no es así, y es que si nuestro valioso tiempo se nos va en actividades que enriquezcan –en todos los sentidos– más al otro que a uno mismo, eso será también ocio, pues a fin de cuentas el trabajo del que no obtenemos fruto alguno es inútil y ocioso.

Cerremos con otra magistral afirmación de Montaigne: "Es necesario aprender a sufrir lo que no se puede evitar" (p. 1251), y esto es el trabajo, aquello que consumirá nuestras fuerzas, pero que también nos dotará de un sentido para nuestras efímeras vidas. Quizás podríamos distinguir el empleo del trabajo pensando que el primero es el más semejante a la tortura del tripallium, mientras que el segundo es el que nos acerca a un ocio del que sabremos obtener sus ansiados frutos. Aprender a sufrir y encontrar la felicidad en ello es tan posible como necesario si lo que queremos es evitar descubrirnos una noche como un saco de huesos incapaz de valerse por sí mismo, como un estorbo que a la vista de los demás no es más que un montón de carne.

---

[83] Este fragmento corresponde al Libro I, Capítulo III: "Nuestros sentimientos se arrastran más allá de nosotros".

[84] Del Libro III, Capítulo XVIII: "La experiencia".

John Donne: reclusión imaginaria[85]

El siglo XVI fue particularmente luminoso para la historia de la literatura. Por ejemplo, en Francia, Michel de Montaigne, padre del género del ensayo, nació en el año de 1533, legándonos incontables ensayos sobre todos los tópicos humanos. Pocos años después, en España, nació Miguel de Cervantes, en 1547, recordado siempre por su *Don Quijote de la Mancha*, obra satírica de caballerías casi imposible de leer hoy en día, incluso por "estudiantes" de letras, pues la ignorancia contemporánea parece ser un problema que se agrava con cada nuevo día en todos los sectores sociales. Tenemos, además, el caso de William Shakespeare, dramaturgo inglés nacido en 1564 y muerto en 1616, un día después que Cervantes; a Shakespeare lo recordamos, sobre todo, por su drama *Romeo y Julieta*. Montaigne, Cervantes y Shakespeare no sólo nacieron en el mismo siglo, sino que hasta hoy se mantienen como los referentes literarios de las lenguas francesa, española e inglesa, respectivamente.

La encumbración de las tres lumbreras literarias antes mencionadas tuvo como consecuencia adversa que otros también grandes espíritus del siglo XVI fueran opacados. Ejemplos nos sobran, pero baste para el presente propósito el caso del poeta inglés John Donne, coetáneo de Shakespeare cuyos poemas amorosos mantienen una vigencia abrumadora, no son menos sus textos introspectivos y religiosos. Donne fue un poeta educado en el catolicismo que durante su madurez se inició como sacerdote anglicano. En vida, se entregó únicamente a dos pasiones: una, la que sentía por su esposa, Anne; otra, la de la literatura, siendo ésta la única que lo acompañaría hasta la tumba, pues su esposa moriría antes que él. A partir del fallecimiento de Anne, la poesía de Donne cobraría un tono mucho más profundo, un sentido místico. Pero antes de abordar la literatura amorosa de Donne, pasemos revista a sus textos introspectivos y, por qué no

[85] Donne es un poeta y filósofo metafísico de la Inglaterra de los siglos XVI y XVII. Fue un lector interesado en los clásicos latinos y fue, además, contemporáneo de los grandes pensadores del siglo de oro español, de quienes aprendió la estética conceptista, la cual, en términos sencillos, insiste en decir mucho, con pocas palabras.

decirlo, filosóficos, tal es el caso de sus *Meditaciones en tiempos de crisis*, escritas hacia 1623, cuando una terrible enfermedad se introdujo en el cuerpo del poeta.

Las *Meditaciones* reflexionan en torno a la salud y a la enfermedad, y es imposible no encontrar semejanzas con nuestro contexto en el que un terrible virus nos ha mantenido en el mismo estado que a Donne hace quinientos años: la reclusión domiciliaria[86]. De la depresión y ansiedad, de su consciencia de la muerte, nacieron las veintitrés meditaciones del poeta, pero, como su extensión es considerable, revisemos únicamente algunos fragmentos de la primera para que, a manera de espejo, nos leamos en nuestra reclusión:

> ¡Variable y por lo tanto miserable condición la del hombre! [...] Estudiamos la salud, argumentamos sobre nuestros alimentos, nuestras bebidas, sobre el aire, el ejercicio, y tallamos y pulimos cada una de las piedras que componen este edificio, y de esta manera nuestra salud es un trabajo largo y constante, pero en un minuto un cañonazo lo echa todo por tierra, lo derriba todo. Una enfermedad que toda nuestra diligencia no ha podido prevenir, que toda nuestra curiosidad no ha podido contemplar [...] Con tanta maestría lo hicimos que ahora no sólo morimos sino que lo hacemos en el suplicio, morimos con el tormento de la enfermedad y ya no sólo eso, además nos afligimos con antelación por esa aprehensión de la enfermedad antes de que podamos llamarla enfermedad [...] (2012: 15) ¡Oh, perpleja descomposición, oh, enigmático desorden, oh, miserable condición del hombre! (p. 16).

¿No es, acaso, el suplicio de Donne por la enfermedad, el mismo que el nuestro? ¿No somos nosotros también cuerpos que ya desde antes de haber contraído el mal se sienten enfermos? Dice Donne: variable y miserable condición del hombre; y podemos agregar nosotros: mas siempre la misma. No hay diferencias profundas entre ser un enfermo del siglo XVI y uno del XXI, o de cualquier otra época, el temor es el mismo: la muerte del cuerpo, el dolor del cuerpo. Sin embargo, hay algo que no hemos mencionado y es que las "Meditaciones" fueron escritas en 1623, año para el que Anne, la esposa de Donne, contaba con seis años de haber fallecido. De lo anterior podemos concluir que cuando nuestro poeta

---

[86] Estas reflexiones surgen a partir de la pandemia por Covid-19.

enfermó y escribió sus Meditaciones realmente su temor a la muerte era inexistente, pues él, con la pérdida de su amada, de su compañera de vida, también ya había muerto. De su deificado amor por su esposa, nuestro poeta nos dejó estos versos que llevan por título "Éxtasis", leamos algunos:

> Donde una preñada ribera se erguía
> nos sentamos los dos.
> Firmemente asidas iban nuestras manos,
> se entrelazaron las miradas,
> tejiendo en una doble trenza nuestros ojos.
> Rizar así nuestras manos
> era entonces el único medio de hacernos uno,
> y las imágenes de nuestros ojos
> fueron nuestra única propagación.
> Y mientras ahí nuestras almas negociaban,
> yacíamos como estatuas sepulcrales.
> [...]
> Este Éxtasis nos ilumina
> y nos revela lo que amamos;
> el amor vuelve a mezclar
> estas almas diluidas,
> haciendo de ambas una -ésta y otra-.
> [...]
> Tornemos pues a nuestros cuerpos,
> para que débiles puedan contemplar
> el amor revelado;
> los misterios de amor se escriben en el alma,
> pero el cuerpo es el libro en que se leen (pp. 63-69).

El poema es mucho más extenso que los pobres versos antes citados y describe al amor desde dos dimensiones, desde la carnal o física, y desde la inmaterial o del alma. En el poema, el par de amantes se dan cita en el campo dejando a sus cuerpos fijos como estatuas, mientras que sus almas se elevan y gozan juntas. El poema de Donne, como muchos otros que nos dejó, es un precedente del roman-

ticismo del siglo XIX. Pensando en las *Meditaciones* y en el "Éxtasis" nos encontramos con que Donne concibe al ser humano como una entidad dual cuya cima más elevada es la del amor. Muerta Anne, nuestro poeta se entregó a una vida de silencio y oración, estando entre sus últimos versos los siguientes:

> Desde que la que amé pagó su deuda
> a la ley natural, y el bien mío ha muerto,
> y su alma voló al cielo arrebatada,
> mi mente sólo está en cosas del cielo[87].

La enfermedad nos llega, el amor se nos escapa, nuestra reclusión es imaginaria.

Blaise Pascal: Al borde del precipicio[88]

La vida rutinaria es la que nos acontece todos los días desde nuestro nacimiento. Es inconsciente, es decir, ocurre todo el tiempo sin que nos demos cuenta de ella. La vida rutinaria es eso que nosotros llamamos como "lo normal" o "lo cotidiano" y el riesgo de esta vida es que, como no sabemos que existe, la damos por buena, es decir, para nosotros es bueno o normal que lo que está mal sea parte de nosotros. ¿Y qué es eso que está mal o por qué si la vida rutinaria nos ocurre a todos y en todo momento la condenamos; acaso no es normal vivir así? En resumidas cuentas, vivir de manera mediocre y sin consciencia nunca será bueno. Vivimos mediocremente, rutinariamente, porque nunca se nos dijo que había otra forma de existir, pero también porque nunca nos detuvimos a hacernos la pregunta correcta. ¿Cuándo llega a su fin la vida rutinaria? Simple, cuando mo-

---

[87] Estos versos corresponden al soneto XVII de los *Sonetos sacros*. En su lengua original, el poema comienza así: "Since she whom I lov'd hath paid her last debt..."

[88] Blaise Pascal fue un filósofo francés del siglo XVII con una particular inclinación por el pensamiento científico, de ahí su amplia obra matemática, pero, también fue defensor de la teología, de la vida del espíritu y de la práctica contemplativa. Pascal es uno de los pocos filósofos de la historia que asegura haber experimentado un éxtasis divino.

rimos o también cuando un hecho repentino y portentoso se nos presenta para romper con nuestra realidad, con nuestra mediocridad.

Blaise Pascal, filósofo y científico del siglo XVII, llevaba una vida rutinaria de la que era inconsciente hasta que un hecho repentino y portentoso rompió con su cotidianidad. Pascal era de ascendencia noble, por lo que todas sus necesidades materiales estaban resueltas, y quizás fue gracias a esta suerte, además de su mente superdotada, que pudo dedicarse con profusión a sus estudios, introduciéndose al mismo tiempo en una vida rutinaria y monótona en la que si bien obtuvo cierto respeto, distaba mucho de conquistar la trascendencia. Pascal destacó en las matemáticas desde niño y cuando llegó a su vida adulta mejoró sus postulados en las ciencias de los números, mejoró, además, sus relaciones públicas, materialmente lo tenía todo y era respetado como intelectual, pero, a pesar de todo esto, su existencia transcurría en un constante estado de depresión, de la cual ni siquiera su vida medianamente religiosa lo salvaba.

El año 1654 fue crucial para Pascal. Desde su adolescencia había comenzado a participar en un movimiento cristiano llamado jansenismo, sin embargo, su fe, más que certeza era imitación. Pascal tenía entonces treintaiún años de edad, era de noche y daba un paseo con amigos en un carruaje tirado por caballos. No se sabe por qué, pero cuando los caballos atravesaban un puente perdieron el rumbo y se desbocaron, los dos corceles del frente cayeron hasta una oscuridad sin fondo, mientras que el resto de los caballos, así como el carruaje, permanecieron colgando sobre el ignoto abismo. Pascal y sus acompañantes sobrevivieron, sin embargo, ese contacto con la muerte fue el fin de su vida rutinaria.

Las razones de su supervivencia se las atribuyó a la voluntad divina. Ya habíamos mencionado que su fe no era del todo genuina antes del percance en el puente, pero conforme fue meditando en ella fue adoptando matices vivos y certeros. Pascal se estaba transformando, aunque no tenía claro el actuar de su transformación. La vida rutinaria quedaba atrás para dar paso a una vida de fe que a pesar de su religiosidad no abandonaba, ni mínimamente, su pensamiento científico, y así, en una noche del mismo año en el que casi muere en aquel puente, Pascal tuvo una revelación, una epifanía que ocurrió, más o menos, entre las 22:30 horas del lunes 23 de noviembre, hasta las 0:30 del martes, es decir, Pascal había permanecido en estado de gracia durante dos horas y al volver a su cuerpo, queriendo dar testimonio de ello, dejó transcrito su éxtasis que, palabras

más, palabras menos, dice así en sus *Pensamientos*: "Fuego. Certidumbre alegría certidumbre sentimiento alegría paz. Alegría alegría alegría lágrimas de alegría" (2016: XXIII).

El éxtasis, revelación o epifanía de Pascal quedó registrado por su propia mano en un pequeño papelito que hoy se conoce como "Memorial" y que fue descubierto después de su muerte dentro de un bolsillo secreto que él mismo hizo en el forro de su abrigo. Sobre esta experiencia es necesario apuntar que la vivencia del éxtasis no depende del grado de fe del individuo, es más, podría ser incluso que la revelación le ocurriera antes a un ateo que a un creyente, pues ésta va más allá de la competencia humana, siendo decisión única de la voluntad divina. En resumidas cuentas, si creemos o no en lo sagrado es algo que no interesa.

La obra principal de Pascal sobre la experiencia de la fe lleva por título *Pensamientos*. De esta colección de aforismos es el número doscientos setenta y siete uno de los más consabidos, pues a la letra dice: "El corazón tiene razones que la razón no conoce" (p. 45). Con esto Pascal nos quiere dar a entender que si Dios existe es algo que nosotros como personas mortales, imperfectas y entregadas a la vida rutinaria no podemos saber, por lo que sólo contamos con la fe para vivir cada uno de nuestros días, pero no "vivir" en el entendido de despertarnos, trabajar y volvernos a dormir, sino "vivir" en tanto que tenemos la posibilidad de hacernos conscientes de quiénes somos, qué cadenas nos han sido impuestas y cuáles son las posibilidades que tenemos para alcanzar nuestra libertad. Entre tener fe o no, dice Pascal, es mejor siempre tener.

Volvamos al accidente que llevó a Pascal a replantearse su vida. A la mitad de un puente los caballos se desbocan y con los ojos fijos en el abismo él decide romper con su vida rutinaria, Pascal murió muy joven, a los treinta y nueve años de edad, pero lo hizo salvándose del precipicio y manteniendo vivo ese fuego y alegría que vislumbró durante su revelación. Nosotros estamos también a la mitad del puente, los caballos son nuestras emociones ingobernables que nos traicionan. ¿Qué esperamos para cambiar? Comenzamos a andar este puente cuando nacimos, pero su final no es la muerte, sino algo más, un fuego reservado para pocos. Todos hemos caído en la trampa de concebir por normal nuestro mediocre y cómodo carruaje, y tontos, nos olvidamos de que es tirado por caballos sedientos de abismo. Fuego, alegría, paz y certidumbre, el corazón tiene

razones que a la razón escapan y colgados del puente nos preguntamos cómo llegamos a estar al borde del precipicio.

Dioses y bestias

La búsqueda de la felicidad es legítima, pero dispar. Somos todos humanos, pero no por ello buscamos lo mismo, pues, aunque somos animales sometidos a la naturaleza, poseemos albedrío. La felicidad para algunos es el dinero, para otros podría ser la fama, hay quienes se regocijan en el ocio, en el buen comer y beber, o en el ejercicio del poder, sin embargo, este tipo de felicidad es efímero, temporal, ilusorio. Los griegos tenían la palabra ευτυχια[89] para referirse a las alegrías mundanas, es decir, aquellas que aunque en algún momento podrían hacernos sentir plenos, están vacías. Este tipo de felicidad es el que la mayoría persigue, sin embargo y como ya se afirmó, es una felicidad ilusoria y fuertemente impulsada por los medios de comunicación, por el estado y por las instituciones. Considerando lo anterior, es necesario decir que lo que llamamos felicidad no es felicidad, pero creemos que sí porque nunca hemos conocido la dicha.

No se puede adquirir la felicidad en una tienda departamental a meses sin intereses, tampoco con pago de contado, mucho menos en liquidación y esto es porque la felicidad, lejos de lo que nos han hecho creer, no se compra, se construye. La verdadera felicidad, aunque no lo parezca, tiene como semilla, como germen, al dolor. No es posible ser dichoso sin haber tocado antes el fondo del abismo, pues ¿cómo reconoceríamos el rostro de la felicidad si desconocemos el de su hermana, es decir, el de la desgracia? La mayoría de nosotros dice que quiere ser feliz, pero cuando se les pregunta qué entienden por felicidad son incapaces de responder algo que no tenga que ver con el dinero, con los viajes, con los "buenos" alimentos, con un "buen" trabajo y con una "buena" familia. ¿Qué es lo bueno en este sentido? Lo que puede ser medido desde el dinero, desde la materialidad, lo que es palpable, pero mientras el concepto "felicidad" siga siendo

[89] La pronunciación aproximada sería: "eutijía". La palabra se trató anteriormente en el texto "El arte del buen vivir", cuando se hizo referencia al trabajo de Aristóteles.

semejante a las capacidades de solvencia económica, aquello que tenemos y aun lo que somos será imposible de distinguir de un espejismo. No se niega la necesidad ni la importancia de la materialidad, pero sí se cuestiona la sobrevaloración que la caracteriza.

Decíamos que la búsqueda de la felicidad es dispar, lo atestiguamos principalmente en el hecho de que algunos la persiguen avanzando en el camino de la racionalidad, mientras que para otros la felicidad estará más ligada a la dimensión emocional. La disociación entre la razón y el corazón no es una novedad de nuestra época, ni tampoco un invento de los últimos tres siglos como se hace creer, pues ya desde hace milenios la especie animal a la que pertenecemos se debatía entre si valía más entregarse a una existencia pensada o, más bien, sentida. Todavía es así, algunos piensan más y sienten menos, mientras que otros piensan menos y sienten más, lo cual nos da cuenta no sólo de nuestras posibilidades de ser, sino de la variedad de caminos que existen para ir en busca de la felicidad, o al menos, de aquello que suponemos es la felicidad y es que la realidad es que sólo una minoría puede decir que ha hallado la verdadera felicidad, aquella que va más allá de la 'eutuxia' y que se consolida en otra palabra también griega: 'eudaimonía', es decir, la felicidad trascendente, la dicha que es imposible de resumir a una sencilla materialidad. A propósito de esto citemos un fragmento de los *Pensamientos*, de Blaise Pascal:

> Nada más extraño en la naturaleza humana que sus contradicciones. [...] ¿Qué quimera somos? ¡Qué novedad, qué monstruo, qué caos, qué motivo de contradicción, qué prodigio! ¡Juez de todas las cosas, imbécil gusano de tierra, depositario de la verdad, cloaca de incertidumbre y de error, gloria y vergüenza del universo! (2016: 98).
>
> [...] Conocemos la verdad no sólo por la razón, sino por el corazón [...] y tanto es ridículo que la razón exija al corazón la prueba de sus primeros principios, como sería ridículo que el corazón exigiera a la razón un sentimiento. Todos los hombres procuran ser dichosos. [...] La voluntad no da jamás un paso que no sea con el objetivo de alcanzar la dicha. Sin embargo, a pesar de los años transcurridos, nadie ha llegado jamás a tal felicidad (p. 99).

> [...] La guerra interior entre la razón y las pasiones ha hecho que aquellos que han querido tener paz se hayan dividido en dos sectas: los que han querido renunciar a las pasiones y convertirse en dioses; los que han querido renunciar a la razón y convertirse en bestias. Si el hombre está hecho por Dios, ¿por qué es tan contradictorio? (pp. 100-101).

La voluntad nos acerca a la dicha, dice Pascal, pero ¿estamos seguros de que tenemos voluntad? ¿Que nos asegura que no somos inconscientes de nuestro adoctrinamiento? No faltará quien quiera dar muestras de su supuesta libertad al asegurar que se ha liberado de toda religión, sin embargo, ¿podrá decir lo mismo de sus filias políticas o de su reconocimiento en ciertas agrupaciones musicales, equipos deportivos y marcas de "prestigio"? Porque aceptémoslo, quizás hoy no son las religiones las que someten nuestra voluntad, pero eso no significa que seamos dueños de nuestras emociones ni pensamientos, pues es casi seguro que éstos se encuentren subyugados a las determinaciones de los poderes empresariales y de los partidos políticos. El individuo de hoy dejó de seguir a las figuras eternas del pasado para hincarse ante los efímeros payasos que integran a la clase política, artística y empresarial de todos los países sin distinción.

La búsqueda de la felicidad es legítima, sin embargo, hemos confundido los caminos de la "eutuxia" y de la "eudaimonía", así como también los del pensamiento y de la emoción. A Pascal le debemos aquella frase que reza que "el corazón tiene razones que la razón no comprende" (p. 45), ¿qué significa? Podríamos intentar responder que el ejercicio de la voluntad, para ser realmente libre, exige el desapego prudente de la materialidad a la que nos hemos entregado, pero, también cuidándonos de no ceder ante las "trampas de consciencia" con que muchos "maestros espirituales"; en realidad son empresarios disfrazados. ¿Y por qué la razón y el corazón se encuentran en disputa? Porque así lo han determinado, en beneficio propio, quienes anulan nuestra voluntad y nos hacen creer que la felicidad está en jugar a ser dioses y bestias.

Nezahualcóyotl: lo invisible, lo secreto[90]

¿Qué es lo que nos hermana con otras culturas? ¿Qué es lo que nos distingue de ellas? ¿Son nuestras diferencias profundas o tan sólo exteriores? La pregunta no resulta ociosa, y es que para quienes en algún momento de sus vidas se hayan detenido a observar la cultura a la que pertenecen, así como las consideradas extranjeras, habrán notado que hay punto en la identidad, en los mitos, en las creencias más arraigadas de los pueblos en que unas y otras son semejantes, por no decir casi las mismas, es decir, por alguna razón todos los pueblos son filosóficamente iguales sin importar de qué lado del océano Atlántico se ubiquen. Demos, por ahora y sin profundizar, un ejemplo: el del diluvio, mito que existe tanto en las culturas de raíz mesopotámica como en aquellas surgidas en la América prehispánica. ¿Por qué, si estos pueblos eran ajenos los unos a los otros, explicaron el origen del mundo con los mismos símbolos? ¿Será que el psicoanálisis jungiano no se equivocó cuando propuso que todas las personas tienen arquetipos inscritos en la región más oscura de su psique: el inconsciente?

Además de las coincidencias filosóficas, las culturas del mundo mantienen otras, como es el caso de la poesía. Académicamente, el origen de la poesía suele situarse en el griego poeta Homero, autor de la *Ilíada* y de la *Odisea*, sin embargo, realmente la poesía no inició con él, ya desde antes era conocido el poema de Gilgamesh, cuya datación es del segundo milenio antes de Cristo, es decir, de la misma fecha en que ha sido datado el libro del *Génesis* con el que inicia la *Biblia*, así como los libros sagrados judíos. Homero pertenece al siglo VIII a. C., el poema de Gilgamesh es del año 2000 a. C., pero más allá de las fechas las preguntas que interesan son las siguientes: ¿Por qué las culturas tuvieron la necesi-

[90] No podían quedar fuera de este compendio algunos ejemplos de la cosmovisión indígena precolombina. Si bien Nezahualcóyotl únicamente representa a la civilización mexica, su filosofía es producto de la asimilación cultural de su tiempo. Ejerció como arquitecto, fue reconocido como erudito y alcanzó la distinción de tlatoani, es decir, de gobernante. La privilegiada posición social que ejerció permitió que sobreviviera su obra poética, la cual nos permite conocer las semejanzas filosóficas con respecto al resto de la tradición occidental.

dad de expresarse poéticamente? ¿Por qué la lengua fue más allá de lo útil para centrarse en lo bello? ¿Cómo necesita ser el avance de una sociedad para que privilegie el decir algo bello por sobre lo útil? Y es que esto no es trivial, pues las sociedades en las que se gesta la poesía son aquellas en las que las necesidades básicas han sido, de alguna manera, subsanadas.

Regresemos a la idea principal: las culturas del mundo antiguo coinciden filosóficamente en su percepción de la realidad aun cuando éstas no hayan establecido nunca ningún tipo de contacto, pero esto no sólo ocurre con la filosofía, a veces sucede también con la poesía, lo cual no debe de extrañarnos, pues qué es la poesía, sino una síntesis de la filosofía. Pongamos para esto dos ejemplos. El primero es el de un poeta increíblemente desconocido aún para quienes se dicen "ávidos lectores" expresión fea y gastada que se resiste a desaparecer), se trata de Sully Prudhomme, poeta francés nacido en el siglo XIX y muerto en el XX que entre sus tantos méritos tiene el de haber sido el primer poeta de la historia en haber recibido el Premio Nobel de Literatura, en 1901. Prudhomme escribió incontables poemas, y para ejemplificar que entre filosofía y poesía existe un vínculo innegable, leamos algunos de sus mejores versos:

> La aurora vieron numerosos ojos
> que ahora duermen en el fondo de las tumbas.
> [...]
> ¡Oh! Que ellos la mirada hayan perdido
> no puede ser posible
> Se han vuelto y miran hacia alguna parte,
> hacia eso que llaman lo invisible (1991: 14).
> [...]
> Aquí todas las lilas
> en la tarde fenecen,
> todos los cantos de las aves pasan.
> [...]
> Aquí a todos los hombres esclaviza la muerte (p. 16).
> [...]
> Queriendo amarlo todo creció mi desventura,
> y así de mi martirio multipliqué las fuentes.

> Mi corazón es atraído con igual atractivo por la Verdad con sus faros y por lo Ignoto con sus velos (p. 17).
> [...]
> Quisiera olvidar, volver a nacer y gozar a ojos cerrados de la novedad,
> flor de las cosas, que se desvanece como edad.
> Saludaría de nuevo la luz, pero iría abriendo lentamente mi alma virgen y mis párpados para saborear mi asombro.
> Adivinaría por mí mismo esos secretos que se nos enseñan (p. 27).

Estos son algunos de los versos de Prudhomme que lo llevaron a ganar el Nobel, versos parisinos y exquisitos del siglo XIX, sin embargo, no son originales, se tratan del eco de un grito que estalló muchos siglos atrás en un tiempo en el que la memoria se pierde, un grito que ha tenido resonancia en muchas otras voces como la de Nezahualcóyotl, por ejemplo, poeta y soberano chichimeca del siglo XV que entre sus enigmáticos versos nos dejó dicho lo mismo que el francés Prudhomme; leamos los versos del tlatoani:

> Percibo lo secreto, lo oculto:
> ¡Oh, vosotros señores!
> Así somos, somos mortales,
> de cuatro en cuatro nosotros los hombres,
> todos habremos de irnos,
> todos habremos de morir en la tierra.
> Nadie en jade,
> nadie en oro se convertirá:
> en la tierra quedará guardado.
> Todos nos iremos
> allá, de igual modo.
> Nadie quedará,
> conjuntamente habrá que perecer,
> nosotros iremos así a su casa.
> Como una pintura
> nos iremos borrando.
> Como una flor,

nos iremos secando
aquí sobre la tierra.
¡Aquí iremos desapareciendo:
nadie ha de quedar!
Meditadlo, señores,
águilas y tigres,
aunque fuerais de jade,
aunque fuerais de oro,
también allá iréis,
al lugar de los descarnados.
Tendremos que desaparecer,
nadie habrá de quedar (López Portilla, 1986: 116).

¿Por qué un tlatoani chichimeca del siglo XV y un poeta francés del XIX escribieron prácticamente lo mismo? ¿Y por qué ambos recurrieron a la poesía para hablarle a sus iguales del aparente funesto final? Algunas coincidencias son tan maravillosas como asombrosas, sobre todo cuando ambos mencionan la experiencia de la muerte no como un término, sino como un acto de trascendencia. Prudhomme dice que en la muerte los ojos se voltean para mirar hacia otra parte (lo invisible), y Nezahualcóyotl, también con sus ojos (los inmateriales) nos dice que en la muerte él percibe algo más (lo secreto), algo más de lo que también habla el francés en su último verso. ¿Qué es lo que nos hermana con otras culturas? La poesía, síntesis filosófica y puerta a través de la que pasa lo esencial que nos conforma, aquello que tiene sed del mismo cáliz en el que alguna vez bebieron un tlatoani y un poeta parisino lo invisible, lo secreto.

Una flor secándose

La fuente de la sabiduría Occidental se halla en la filosofía de la antigua Grecia, pues no hay tema trascendente que sus filósofos no hayan considerado. Fueron los pensadores de la escuela estoica los que meditaron profundamente en la condición humana y en las desavenencias que la misma implica. Tenemos el caso de Séneca, por ejemplo, quien formuló la idea de que "no es que el tiempo que te-

nemos sea escaso, sino que más bien es mucho el que desperdiciamos"[91]. Un estoico más fue Epicteto, de quien podemos rescatar que "el único deber que tenemos en esta vida es aprender a distinguir lo que está en nuestras manos de lo que no depende de nosotros, a fin de alcanzar la tranquilidad"[92]. Por su parte, el sabio emperador Marco Aurelio, también de la línea de los estoicos, señaló que "aquello que escuchamos es tan sólo una opinión, no un hecho, pues cada quien mira desde su perspectiva y no desde lo real"[93]. Las ideas de los filósofos estoicos son ejemplares en tanto que enseñan cómo enfrentar con alegría la desdicha cotidiana.

Sin embargo, el pensamiento estoico no fue inventado por los estoicos; es decir, las reflexiones en torno a la muerte, a la incertidumbre y al infortunio que nos aqueja no son exclusivas de los griegos, pues antes que ellos hubo mentes encargadas en mostrar la senda de la templanza, tal es el caso del rey Salomón y su famoso *Eclesiastés*, incluido en el conjunto de libros que hoy conocemos como el *Antiguo Testamento*. Entre las múltiples enseñanzas del mencionado texto, podríamos señalar las siguientes en relación al estoicismo:

> Vanidad de vanidades, todo es vanidad (Ec 1:2). [...] Que sean pocas tus palabras y que tu corazón no se precipite a hablar (Ec 5:2). [...] Los que viven habrán de morir (Ec 9:5). [...] No hay memoria de las cosas primeras, ni habrá memoria de nosotros (Ec 1:11). [...] Desnudos como llegamos, así, sin nada, nos iremos (Ec 5:15). [...] Hay un tiempo para llorar y hay un tiempo para reír (Ec 3:4). Todo está dicho (Ec 12:13).

La sabiduría del *Eclesiastés* aventaja por setecientos años a la de los estoicos, pues Salomón reinó hacia el siglo X a. C., es decir, setecientos años antes de que el primer estoico viera la luz.

Nadie escapa de los infortunios de la vida, pues ésta, máxima autoridad de nuestra realidad material, da a cada quien lo que le corresponde. Llegamos sin

---

[91] Séneca menciona lo anterior en su tratado *De la brevedad de la vida*.

[92] Esta paráfrasis de Epicteto se basa en su ya mencionado *Enquiridión* o *Manual de vida*.

[93] Marco Aurelio menciona esto en sus *Meditaciones*.

nada al mundo y conforme nos vamos desarrollando se nos permite acumular ciertas riquezas que nos inclinan a pensar que hemos triunfado por sobre la naturaleza, sin embargo, y conforme nos vamos alejando de la edad de la niñez, la enfermedad, la pobreza y la muerte empiezan a anunciarse en nuestros caminos, de tal suerte que un día nos descubrimos débiles, mutilados, pues aquello que con esfuerzo creímos habernos ganado, sencillamente nos es retirado. Nadie es inmune a las desdichas y en el momento en el que suponemos tenerlo todo mueren nuestros padres, amigos y seres amados, enfermamos de un mal que lentamente nos va fulminando y los castillos de naipes adelantan su inevitable desplome, pues la vida no es más que un precipitarse hacia la muerte, primero, y al olvido, después. A pesar de ello, dice el Eclesiastés, hay un tiempo para reír.

La semejanza de pensamiento entre el rey Salomón y los filósofos estoicos más que responder a una correspondencia académica, es reflejo de la preocupación que cualquier persona puede llegar a sentir cuando descubre que todo cuanto ve está condenado a la extinción. Así, no son sólo los israelitas o los griegos quienes han detenido su casi automático andar para dar respuesta a las preguntas esenciales de la vida, sino que prácticamente cualquier cultura ha pretendido encarar, aunque sea sólo por una vez, a la muerte. El sacerdote mexicano Ángel María Garibay, en su *Poesía indígena de la altiplanicie*, habla de la siguiente manera:

> los poemas de las culturas precolombinas no reflexionan en torno a la condición humana porque hayan establecido un contacto con los grecolatinos, sino porque son la voz del hombre, que reacciona de manera semejante en todas partes y tiempos, ante el enigma de la vida y la inapelable necesidad de morir (2014: XV).

De lo anterior, señalemos los siguientes versos indígenas, escritos algunos de ellos mucho antes del sometimiento español:

> Sólo venimos a dormir, sólo venimos a soñar:
> no es verdad que venimos a vivir en la tierra.
> En yerba de primavera venimos a convertirnos:

llegan a reverdecer, llegan a abrir sus corolas nuestros corazones,
es una flor nuestro cuerpo: da algunas flores y se seca (p. 139).
[...]
¿Conque he de irme cual flores que fenecen?
¿Nada será mi nombre alguna vez?
¿Nada dejaré en pos de mí en la tierra?
¡Al menos flores, al menos cantos!
¿Cómo ha de obrar mi corazón?
¿Acaso en vano venimos a vivir, a brotar en la tierra? (p. 140).
[...]
¿Acaso es verdad que se vive en la tierra?
¿Acaso para siempre en la tierra? ¡Sólo un breve instante aquí!
Hasta las piedras finas se resquebrajan,
hasta el oro se destroza, hasta las plumas preciosas se desgarran.
¿Acaso para siempre en la tierra? ¡Sólo un breve instante aquí! (p. 142).
[...]
En vano nací, en vano vine a brotar en la tierra:
soy un desdichado, aunque nací y broté en la tierra:
digo: "¿Qué harán los hijos que han de sobrevivir?" (p. 149).

Es por ignorancia que solemos fijar nuestra atención únicamente en las culturas euroasiáticas. No negamos aquí la importancia de las culturas antiguas de los mencionados continentes, pues a fin de cuentas son la base de nuestra moralidad, pero hay aceptar que si desdeñamos a las culturas prehispánicas es, generalmente, porque las creemos inferiores, incluso bárbaras, y es por este prejuicio que no nos percatamos de joyas como los anteriores poemas, los cuales replican, sin buscarlo, las mismas ideas del *Eclesiastés* y de los estoicos, y estas ideas son aquellas que insisten en que la realidad no es más que una ilusión y que la única certeza es que un día alimentaremos a los gusanos con nuestro cuerpo. Sólo soñamos, dicen los poetas precolombinos, y en esta tierra nunca vivimos realmente, pues estamos dormidos. Sólo un instante aquí porque al final de los días todos nos quebraremos, nos romperemos, todos nos marchitaremos, pues desde que fuimos sembrados no somos más que una flor secándose.

Sor Juana Inés de la Cruz: revelación onírica[94]

¿Es posible estar presentes en dos lugares al mismo tiempo? Muchos son los relatos, tanto literarios como populares, que describen este tipo de experiencias. La bilocación, es decir, el estar en más de un sitio a la vez, comúnmente ha sido atribuido a personalidades que gozaron del bien de la santidad, como es el caso de Agustín de Hipona, Teresa de Ávila y Francisco de Asís, incluso a Cristo mismo se asegura que se le vio en dos sitios a la vez, al mismo tiempo y en edades diferentes, es decir, como hombre y niño a la vez. De la misma manera, se ha dicho que el demonio posee estas facultades, siendo sus fines, como es predecible, malignos.

En el ámbito de lo popular, lejos de lo religioso, los fenómenos de bilocación han sido consignados en semejanza con los sueños astrales; es decir, con las experiencias extrasensoriales que permiten una disociación del ser que, a diferencia de los santos, no tiene meramente una finalidad divina, sino más humana. Es decir, cuando los santos conseguían la bilocación o presenciaban la de Cristo, el milagro y la prueba de fe estaban de por medio, caso contrario sucede con los sueños astrales y experiencias extrasensoriales cuyo objetivo es difuso; salir del cuerpo propio mientras se duerme podría ser a la vez un mero divertimento, así como un viaje hacia el conocimiento de uno mismo, pues el que viaja es capaz de verse a sí mismo durmiendo y sin perder la consciencia de que al mismo tiempo ha adquirido una nueva forma inmaterial.

Uno de los ejemplos más llamativos, como inesperados, de las experiencias extrasensoriales o sueños astrales lo encontramos en el año de 1692 en un poema escrito por sor Juana Inés de la Cruz y que lleva por título "Primero sueño". Hoy en día, no se tienen noticias de si ella tenía pensado escribir un "segundo sueño", pero de lo que sí hay una certeza absoluta es que se trata del primer poema filo-

---

[94] Sor Juana Inés de la Cruz perteneció al siglo XVII novohispano. Su obra intelectual consiste en composiciones líricas, obras de teatro, cartas de corte teológico e incluso algunos le atribuyen ser la autora de un juego de mesa llamado *El oráculo de los preguntones*, así como la enmendadura del recetario del convento de San Jerónimo. Su poema "Primero sueño" es el primer poema filosófico de la tradición literaria mexicana.

sófico de la literatura mexicana y su complejidad es tal que todavía se duda del significado de algunos de los novecientos setenta y cinco versos que lo componen[95].

Sor Juana Inés de la Cruz es una escritora conocida por muchos, pero leída por pocos. Son múltiples los mitos y lecturas a conveniencia que se han hecho de ella, sin embargo, no es necesario centrarnos en ello por ahora, y baste con que nos enfoquemos en seguir descifrando la intención de su magnánimo poema, en el cual algunos han leído referencias a la cábala[96], así como a referencias herméticas del antiguo Egipto[97]. Los primeros versos del complejo poema son estos:

> Piramidal, funesta, de la tierra
> nacida sombra, al cielo encaminaba
> de vanos obeliscos punta altiva,
> escalar pretendiendo las estrellas (1995: 335).

¿Qué significan? Sencillamente que la noche está llegando y que la oscuridad se apropia del mundo. Es en esta oscuridad en la que el protagonista del poema, por decirlo en términos simples, dormirá, dando paso a la liberación de su alma. Leamos unos versos más:

> El alma, pues, suspensa
> del exterior gobierno, —en que, ocupada
> en material empleo,
> o bien o mal da el día por gastado—,
> solamente dispensa
> remota, si del todo separada

---

[95] He explicado con profusión el significado de este poema en mi libro: *El mundo iluminado: filosofía y revelación en "Primero sueño"*.

[96] Véase: Sergio Fernández, *La copa derramada*.

[97] Véase: Octavio Paz, *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*. Específicamente la tercera parte de la mencionada obra..

no, a los de muerte temporal opresos
lánguidos miembros, sosegados huesos,
los gajes del calor vegetativo,
el cuerpo siendo, en sosegada calma,
un cadáver con alma,
muerto a la vida y a la muerte vivo, (p. 340)
[...]
Y por mirarlo todo; (el alma) nada veía,
ni discernir podía
(bota la facultad intelectiva
en tanta, tan difusa
incomprehensible especie que miraba
desde el un eje en que librada estriba
la máquina voluble de la esfera,
al contrapuesto polo)
las partes ya no sólo
que al universo todo considera
serle perfeccionantes,
a su ornato, no más pertenecientes,
mas ni aun las que integrantes
miembros son de su cuerpo dilatado,
proporcionadamente competentes (p. 347).

Iluminemos los anteriores versos. El cuerpo, que es la cárcel, duerme, y el alma, que ha adquirido su libertad ve a su cuerpo dormir mientras se eleva hacia las regiones superiores en las que el conocimiento de las esencias se halla. ¿Qué es lo que el alma conoce allá arriba? No lo sabemos porque ni siquiera ella es capaz de asimilarlo; "Y por mirarlo todo; nada veía" son las palabras de sor Juana. Preguntémonos ahora: ¿Qué es lo que llevó a una monja católica de la orden de las jerónimas a escribir un poema filosófico cuya descripción del mundo se asemeja más a la visión de los antiguos paganos? La respuesta no es sencilla de hallar, acaso imposible hacerlo y si bien son muchos los lectores de sor Juana que aseguran que al final del sueño no hubo una visión concreta, lo cierto es que esto no parece así, y para muestra, leamos su final:

Consiguió, al fin, la vista del ocaso
el fugitivo paso,
y en su mismo despeño recobrada,
esforzando el aliento en la rüina,
en la mitad del globo que ha dejado
el sol desamparada,
segunda vez rebelde, determina
mirarse coronada,
mientras nuestro hemisferio la dorada
ilustraba del sol madeja hermosa,
que con luz judiciosa
de orden distributivo, repartiendo
a las cosas visibles sus colores
iba, y restituyendo
entera a los sentidos exteriores
su operación, quedando a luz más cierta
el mundo iluminado, y yo despierta (p. 359).

Los versos finales, en oposición a los iniciales, son la descripción de la llegada del día, del fin del sueño y del regreso del alma al cuerpo que la encierra, y es en el verso novecientos setenta y cinco que sabemos que quien soñaba era mujer y posiblemente se trate de sor Juana. ¿Qué es lo que quiere decir nuestra monja mexicana con aquello de "el mundo iluminado y yo despierta"? Las interpretaciones usuales consideran que únicamente amaneció, pero también sería posible proponer que luego del largo viaje astral aquella alma ha regresado a este mundo oscuro con una nueva luz de consciencia. Después de saber esto, regresemos al inicio: ¿es posible estar en dos sitios al mismo tiempo? Quizás a través del sueño, sin embargo, pareciera que más difícil es todavía estar en un sólo lugar y con plena consciencia, abandonando toda esperanza de vivir una revelación onírica.

EPÍLOGO

Es frecuente que en nuestro día a día escuchemos que la lectura nos hace mejores personas, por lo que es pertinente que dediquemos al menos 30 minutos de nuestro tiempo a esta actividad, sin embargo, hay algunas consideraciones a mencionar: la primera es que si bien la lectura podría resultarnos provechosa, pues alentaría la posibilidad de reflexionar, es necesario que a los neófitos, es decir, a los lectores no experimentados, se les proporcione una guía de lectura, pues no se trata de leer por leer, sino de hacerlo con orden, de lo contrario las posibilidades de aprender serán mínimas. En segundo lugar, si bien leer treinta minutos al día es mejor que no leer nada, no es suficiente; la lectura debe de ser constante y prolongada, pues el cerebro, aunque sea un órgano, necesita ser ejercitado de manera semejante a un músculo, esto es frecuentemente, a fin de que su desarrollo sea óptimo; 30 minutos diarios de lectura, comparados con las horas que dedicamos al ocio y a otras actividades banales, son una mera simulación. En tercer lugar, y esto podría despertar desacuerdos, la lectura, si bien podría fortalecernos intelectualmente, no necesariamente nos hará mejores personas y para muestra revisemos en la historia de la humanidad cuántos individuos leídos, eruditos y bien preparados optaron por el camino del mal antes que por el de la virtud. La lectura es un arma de doble filo y sin una guía adecuada podría causar más estragos que beneficios.

El acto de leer es una oportunidad para contrastar nuestras ideas con las de los demás y si hay una guía de por medio, leer siempre será provechoso. Sin embargo, el acto de leer exige además dos pasos adicionales para alcanzar su realización: el primero es la reflexión, es decir, detenerse a pensar en lo que hemos leído, observando en todo momento si coincide o no con nuestras ideas y escu-

driñando las razones de por qué sí o por qué no existiría tal coincidencia. El segundo paso, y este es de suma importancia, es aplicar lo que hemos leído en nuestra realidad inmediata, pues toda información que no alcanza su ejecución, jamás logrará su transformación en conocimiento. Este segundo paso es el que más problemas representa tanto para los lectores principiantes como para los experimentados, y es al mismo tiempo la única manera de interiorizar lo leído. Lo que se lee y no se practica no se aprende, y lo que no se aprende difícilmente podrá producir un efecto útil en nosotros y transformador en nuestro entorno.

Muchas veces, cuando como lectores nos acercamos a una novela, a un cuento, a un poema o a cualquier texto literario, solemos leerlo sin que ello repercuta en nuestras ideas y esto es porque hemos permitido que nos convenzan de que la literatura es un mero entretenimiento, cuando en realidad es una oportunidad para hacer filosofía, es decir, para dudar y aprender a pensar. A lo largo de estas páginas nos hemos acercado a obras de todas las épocas con la única intención de demostrar que de todo se puede aprender, que de todo se puede dudar filosóficamente y que de todo se puede extraer información con posibilidades de convertirse en conocimiento mediante su aplicación en el diario vivir. Entender un texto va mucho más allá de descifrar los sonidos y significados de las letras y palabras que percibimos, implica transformarlo en una especie de alimento inmaterial que nutrirá el alma de quienes crean en su existencia, o el intelecto de quienes se decanten más por una realidad naturalista. En este sentido, leer un texto es lo mismo que leerse a sí mismo, pues no hay novela, cuento o poema que no pueda actuar de una forma semejante a la de un espejo en el que más que ver nuestro rostro, vemos nuestros miedos, nuestras angustias, nuestros deseos y nuestros anhelos.

La literatura exige a sus lectores lo mismo que la filosofía a sus practicantes: paciencia. Leer adecuadamente es ir meditando en cada una de las palabras que ante nuestra vista van adquiriendo su forma. La literatura, como la filosofía –a veces son lo mismo– no puede hacerse apresuradamente. La literatura y la filosofía tienen al lenguaje como materia prima y para que el lenguaje pueda decirnos algo es necesario que lo conectemos con la mayor cantidad de conceptos, estímulos, seres, cosas y experiencias de las que nos rodean. La literatura y la filosofía, a diferencia de la vida de todos los días, necesitan de reposo, así como de lentitud. La vida cada vez es más rápida, más vertiginosa, comemos rápido,

trabajamos rápido, incluso buscamos que el entretenimiento sea rápido, pues creemos que si todo va a velocidades apresuradas seremos capaces de comer, de trabajar y de divertirnos más, pero lo cierto es que nuestra sociedad ha alcanzado un punto enfermizo en el que ni comemos, ni trabajamos y ni nos divertimos como esperamos, sino que tan sólo nos angustiamos, pues la rapidez con la que vivimos es tal, que nos es imposible comprender los estímulos e ideas a que estamos expuestos. Nuestra sociedad, es la sociedad de la fugacidad, en la que todo parece caótico e insignificante.

Los primeros filósofos de Occidente estuvieron muy interesados en reflexionar sobre la búsqueda de la felicidad. Desde los presocráticos y hasta Plotino, pasando por Platón y Aristóteles, son reiterados los episodios en los que se medita en torno a qué es la felicidad y si bien varias fueron las escuelas filosóficas de la antigüedad, en general coinciden todas en que la condición para ser felices mantiene una relación directa con las capacidades que tengamos para mantener la tranquilidad de ánimo, en otras palabras, la felicidad dependerá de la calidad de nuestras ideas, calidad que dependerá totalmente de si sabemos o no pensar, es decir, mantener orden, equilibrio y método en lo que imaginamos.

Con el paso del tiempo y el cambio de las épocas la filosofía fue virando su rumbo. Temas como la felicidad, la naturaleza, el deber cívico y la política si bien se mantenían y manifestaban con cierta fuerza, tenían también una tendencia a disminuir, fomentando que los filósofos centraran su interés reflexivo en otros ámbitos de la vida humana. La filosofía grecolatina en general tenía un interés por el bien colectivo, pero con la llegada de la Edad Media y, por ende, del cristianismo todo se volcó hacia la interioridad, pero, principalmente, hacia la individualidad. Los filósofos grecolatinos pensaron hondamente en el bien colectivo, mientras que los filósofos cristianos se enfocaron más en el bien personal, pues cada quien era responsable de su alma. La individualización del ser en la Edad Media tenía un componente espiritual que hasta cierto punto lo salvaba del egoísmo, pero con la llegada del humanismo renacentista y después de la modernidad se perdió el interés por la espiritualidad y se le dio mayor peso a lo que podía ser verificable por medio de la ciencia y es por la entronización de la racionalidad que hoy en día la sociedad es incapaz de ver mucho más allá de la materialidad, pero sobre todo de sí misma, de ahí que el distintivo de la época contemporánea, como ya se ha mencionado, sea la soledad.

Es de sumo interés pensar que los grandes temas de los primeros filósofos de Occidente siguen siendo los mismos en nuestro tiempo y con toda seguridad podemos decir que en el futuro cercano y lejano la filosofía seguirá pensando sobre los mismos aspectos de la antigüedad y que la literatura se mantendrá creando realidades dependientes del amor y del odio, de la vida y de la muerte, de la amistad y del orgullo, de la finitud y de la eternidad, etcétera, pues, como lo hemos leído en reiteradas ocasiones, "no hay nada nuevo bajo el sol".

La palabra "tiniebla" viene del latín *tenebrae*, que significa "oscuridad". De *tenebrae* se forman las palabras "temeridad" y "temerario", las cuales tienen el mismo significado: "andar a ciegas". Cuando se pensó en el título de este libro, además de las palabras de Popper, se consideró la relevancia del acto de salir de la oscuridad, que es lo mismo que el abandono del estado de ignorancia, lo cual sólo puede hacerse de la mano de la filosofía. Nuestra sociedad es preocupantemente temeraria y parece ser que no tiene la menor preocupación por andar a ciegas, en tinieblas, tal y como los esclavos que Platón retrata en su ya conocida alegoría de la caverna. Todos los días escuchamos discursos provenientes de las instituciones educativas, religiosas y políticas alusivos a la necesidad de mejorarnos como sociedad a través de la toma de consciencia de las diferentes realidades que coexisten; sin embargo, el incremento de la desigualdad, de la pobreza y de la injusticia nos orilla a considerar hasta qué punto estos discursos no son nada más que placebos con los que se busca seguir manteniendo a la sociedad en un estado de aletargamiento y de pasividad. ¿Pero es que es posible cambiar lo anterior? Pareciera que no. Desde los griegos las instituciones se han empeñado en manejar un doble discurso y la sociedad, en términos generales, se ha mostrado complacida con las migajas que, de vez en vez, le son lanzadas con la misma actitud burlona de quien alimenta aves en un parque no para resolver sus problemas de hambre, sino para deleitarse en espectáculo que recrean.

A pesar de la densidad de nuestras tinieblas –que todavía son las mismas que las de la caverna de Platón– y de la desazón que podría suscitar el reconocimiento de la apatía social, no podemos quedarnos de brazos cruzados y dejarle el paso franco a la ignorancia. La filosofía –ya sea que nos haya llegado gracias a Eva, a Prometeo, a Lucifer, a la naturaleza o la coincidencia– busca sembrar la duda en el espíritu de cada quien e incitarnos a tocar la llaga de la esclavitud en que hemos

vivido, despertando en nuestro corazón, además, el sentimiento de la propia dignidad e impulsarnos, libres de preocupaciones, al estudio de la Verdad.

Platón, con su caverna, nos demostró que las cadenas que mantenían esclavizados a los sujetos que habitaban el subsuelo no eran más que mentales. Es por la idea, por la palabra, que uno se somete, pero también es por la idea, por la palabra, que uno alcanza su liberación. Entre tinieblas llegamos a esta tierra sórdida y es por ellas que en nuestro andar nos extraviamos. ¿Podemos reformar nuestros pasos? Sí, encendiendo la lámpara de la filosofía –que es la de Diógenes y la del Loco de Nietzsche– para enfrentar a la esfinge que nos asfixia y nos engaña haciéndonos creer que no podemos decidir nada desde las tinieblas.



REFERENCIAS

Apolodoro. (1987). *Biblioteca mitológica*. Edición de José Calderón Felices. España: Ediciones Akal.

Apuleyo. (1983). *El asno de oro*. Introducción, traducción y notas de Lisardo Rubio Fernández. España: Gredos.

Aristóteles. (1985). *Ética nicomaquea. Ética Eudemia*. Traducción y notas por Julio Palli Bonet. España: Editorial Gredos.

________. (1992). *Investigación sobre los animales. Ética Eudemia*. Traducción y notas de Julio Palli Bonet. España: Editorial Gredos.

________. (1996). *Acerca del cielo. Metereológicos*. Introducción, traducción y notas de Miguel Candel. Editorial Gredos. España.

Baudelaire, Ch. (2014). *Poesía completa*. Traducción de Mario Bulmaro Berruecos Fresnillo. México: Editorial Inexistencia.

Becquer, G. A. (2005). *Obras completas*. Estudio preliminar de Carlos J. Barbáchano. España: RBA Coleccionables.

Bernabé Pajares, A. (Trad.). (2008). *Fragmentos presocráticos. De Tales a Demócrito*. España: Alianza Editorial.

Boecio. (2005). *La consolación de la filosofía*. Traducción del latín por Pablo Masa. Prólogo y notas de Alfonso Castaño Piñán. España: Ediciones Perdidas.

Borges, J. L. (1974). *Obras completas*. Argentina: Emecé editores.

__________. (1980). *Siete noches*. México: Editorial Meló.

Byron, Lord G. (2012). *Poems*. USA: Poem Hunter.

Campillo, A. "Aión, Chrónos y Kairós: La concepción del tiempo en la Grecia Clásica". En *La(s) Otra(s) Historia(s)*, núm. 3, 1991, pp. 33-70. España.

Cicerón. (1997). *La invención retórica.* Introducción, traducción y notas de Salvador Núñez. España: Gredos.
Confucio y Mencio. (1969). *Los cinco grandes libros de política, moral y filosofía de la antigua China.* Traducción, noticias preliminares y notas de Juan B. Bergua. España: Clásicos Bergua.
Copérnico, N. (1997). *Sobre las revoluciones.* Traducción, estudio preliminar y notas de Carlos Mínguez Pérez. España: Editorial Altaya.
Cordero, N. L. y otros (Trads.). (1985). *Los filósofos presocráticos Volumen II.* España: Gredos.
De la Cruz, sor J. I. (1995). *Obras completas: Lírica personal. Tomo I.* Edición, prólogo y notas de Alfonso Méndez Plancarte. México: Fondo de Cultura Económica.
De Hipona, San A. (2010). *Confesiones.* Introducción, traducción y notas de Alfredo Encuentra Ortega. España: Editorial Gredos.
Della Mirandola, G. P. (1984). *De la dignidad del hombre.* Edicion preparada por Luis Martinez Gomez. Espana: Editora Nacional de Madrid.
De León, fray L. (1928). *Poesías.* Anotaciones de Marcelino Menéndez y Pelayo (facsímil). Real Academia Española. España.
De Montaigne, M. (2007). *Ensayos.* Edicion y traduccion de J. Bayod Brau. España: Acantilado.
Diógenes Laercio. (2007). *Vidas de los filósofos ilustres.* Traducción, introducción y notas de Carlos García Gual. España: Alianza Editorial.
Donne, J. (2011). *Poesía erótica. Canciones y sonetos.* Versión de José Luis Rivas. México: Universidad Autónoma de Nuevo León.
________. (2012). *Meditaciones en tiempos de crisis.* Prólogo de Vicente Campos. España: Ariel Quintaesencia.
________. (2013). *Sonetos sacros.* Edición y comentarios de Torcuato Bloom. USA: Indiana University Press.
Epicteto. (1995). *Manual. Fragmentos.* Introducciones, traducción y notas de Paloma Ortíz García. España: Gredos.
Epicuro. (1962). *Máximas y exhortaciones.* Nota y traducción de J. Zaranka. Colombia: Revista Ideas y Valores.
________. (2012). *Obras completas.* Edición y traducción de José Vara. España: Cátedra.

Euclides. (1991). *Elementos. Libros I-IV.* Traducción y notas de María Luisa Puertas Castaños. Editorial Gredos. España.

García-Bacca, J. D. (2012). *Los presocráticos.* México: Fondo de Cultura Económica. México.

García Gual, C. (2002). *Epicuro.* España: Alianza Editorial.

García Márquez, G. (1995). *Cómo se cuenta un cuento.* Colombia: Voluntad.

Garibay K., Á. M. (2014). *Poesía indígena de la altiplanicie.* México: Universidad Nacional Autónoma de México. México.

Henley, W. E (2020). *Complete poetical works.* UK: Delphi Classics.

Hesíodo. (1978). *Obras y fragmentos.* Introducción, traducción y notas de Aurelio Pérez Jiménez y Alfonso Martínez Díez. España: Gredos.

Hipócrates. (1983). *Tratados hipocráticos I.* Introducciones traducciones y notas por C. García Gual, Ma. D. Lara Nava, J. A. López Pérez, B. Cabellos Álvarez. España: Gredos.

Hölderlin, F. (1995). *Poesía completa.* Traducción: Federico Gorbea. España: Ediciones 29.

Homero. (1991). *Ilíada.* Traducción, prólogo y notas de Emilio Crespo Güemes. España: Gredos.

________. (1993). *Odisea.* Traducción de José Manuel Pabón. España: Gredos. España.

Horacio. (2007). *Odas. Canto secular. Epodos.* Introducción general, traducción y notas de José Luis Moralejo. España: Gredos.

Juvenal y Persio. (2008). *Sátiras.* Introducciones, traducciones y notas de Manuel Balasch y Miquel Dolç. España: Gredos.

Kipling, R. (2013). *100 poems old and new.* Selección y edición de Thomas Pinney. UK: Cambridge University Press.

Lactancio. (2020). *Sobre la ira de Dios.* Traducción del latín al español, introducción y notas de Marcela Islas Jacinto. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

León Portilla, M. (1986). *Cantos y crónicas del México antiguo.* Madrid: Cambio 16.

Maimónides. (2006). *Obras filosóficas y morales.* Traducción, notas y apéndices del Rabino Aryeh Nathan. España: Ediciones Obelisco.

Manrique, J. (2016). *Poesía*. Editor: Giovanni Caravaggi. EE. UU. :Penguin Clásicos.

Marco Aurelio. (1977). *Meditaciones.* Traducción y notas de Ramón Bach Pellicer. España: Gredos.

Martin, R. (2005). *Diccionario Espasa de mitología griega y romana.* España: Espasa.

Nasón, O. P. (1994). *Cartas de las heroínas. Ibis.* Introducciones, traducciones y notas de Ana Pérez Vega. España: Gredos.

_________. (2008). *Metamorfosis. Libros I–V.* Traducción, introducción y notas de José Carlos Fernández Corte y Josefa Canto Llorca. España: Gredos. España.

_________. (2012). *Metamorfosis. Libros VI–X.* Traducción, introducción y notas de José Carlos Fernández Corte y Josefa Canto Llorca. España: Gredos.

ONU. (2015). *Declaración Universal de los Derechos Humanos.* Edición Ilustrada. Naciones Unidas. Sin país.

Pacheco, J. E. (1999). *Antología del modernismo 1884–1921.* México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Pascal, B. (2016). *Pensamientos.* Traducción de Olga Riebeling Amozorrutia. México: Universidad de Guadalajara.

Paz, O. (1993). *La llama doble. Amor y erotismo.* España: Seix Barral.

Petronio. (1978). *El Satiricón.* Introducción, traducción y notas de Lisardo Rubio Hernández. Edición bilingüe. España: Gredos.

Pierre, G. (1979). *Diccionario de mitología griega y romana.* España: Paidos.

Platón. (1985). *Diálogos I: Apología, Critón, Eutifrón, Ion, Lisis, Cármides, Hipias menor, Hipias mayor, Laques, Protágoras.* Traducción, introducción y notas por J. Calonge Ruiz, E. Lledó Íñigo, C. García Gual. España: Gredos.

________. (1987). *Diálogos II: Gorgias, Menéxeno, Eutidemo, Menón, Crátilo.* Traducción, introducción y notas por J. Calonge Ruiz, E. Acosta Méndez, F. J. Olivieri, J. L. Calvo. España: Gredos.

________. (1988a). *Diálogos III: Fedón, Banquete, Fedro.* Traducciones, introducciones y notas por C. García Gual, M. Martínez Hernández, E. Lledo Íñigo. España: Gredos.

________. (1988b). *Diálogos IV: La República.* Traducción, introducción y notas por Conrado Eggers Lan. España: Gredos.

Plauto. (1992). *Comedias I.* Introducción, traducción y notas de Mercedes González-Haba. España: Gredos.

Plotino. (1982). *Eneadas I–II.* Introducción, traducción y notas de Jesús Igal. España: Gredos.

Plutarco. (1985). *Vidas paralelas I. Teseo-Rómulo. Licurgo-Numa.* Introducción general, traducción y notas por Aurelio Pérez Jiménez. España: Gredos.

Popper, K. (1994). *En busca de un mundo mejor.* Argentina: Paidós.

Prudhomme, S. (1991). *Poemas.* España: Ediciones Rueda J. M.

Renau Nebot, X. (Trad.). (1999). *Textos herméticos.* España: Gredos.

Schopenhauer, A. (2012). *Aforismos sobre el arte de vivir.* Traducción de Fabio Morales. España: Alianza Editorial.

Scruton, R. (2016). *Confessions of a heretic.* USA: Notting Hill Editions.

Séneca. (2013). *Consolaciones. Diálogos. Apocolosintosis. Epístolas morales a Lucilio.* Estudio introductorio por Juan Manuel Díaz Torres. España: Gredos.

Sitges-Serra, A. (2020). *Si puede, no vaya al médico.* EE. UU.: Penguin Random House.

Sófocles. (1981). *Tragedias.* Traducción y notas de Assela Alamillo. Gredos. España.

Tolkien, J. R. R. (2022). *El señor de los anillos. La comunidad del anillo.* Argentina: Minotauro.

UNESCO. (2020). *Hacia el acceso universal a la educación superior: tendencias internacionales.* Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura y Oficina y el Instituto Internacional de la UNESCO para la Educación Superior en América Latina y el Caribe.

Wittgenstein, L. (2009). *Tractatus Logico-Philosophicus. Investigaciones filosóficas. Sobre la certeza.* Estudio introductorio por Isidoro Reguera. Gredos. España.

Nada desde las tinieblas: Filosofía para extraviados. Desde Grecia hasta la Nueva España
se terminó de imprimir en los talleres de Fides Ediciones
en agosto de 2023. 2da. Cerrada de Hidalgo 5,
col. Prolongación Barrio de San Miguel,
Alcaldía de Iztapalapa, CDMX. C. P. 09360.
www.fidesimpresiones.com

PUBLICACIONES FFYL / BUAP

Diálogos: Educación para la esperanza

Currículum. Escolarización y pandemia

El caldero de Hermes: hermenéutica y Hermetismo en las artes

Escaramuzas: con amigos, enemigos y neutrales

Wittgenstein: entre lo decible y lo inexpresable. Esbozo sobre la ética y la religión

Violencias estructurales y desigualdades sociales

La mujer transgresora

Viaje a lo imposible: la narrativa fantástica de Ignacio Solares



DISPONIBLE

Podríamos afirmar, sin temor a errar, que la principal diferencia entre la filosofía y la literatura es que la primera está llena de preguntas, mientras que la segunda, de respuestas. La filosofía tiene un interés particular por cuestionar todo, mientras que la literatura se deleita en la imprudencia de responder todo, sin embargo, hay un punto en el que a pesar de los más de dos mil años que nos alejan de la antigua Grecia, la filosofía y la literatura permanecen hermanadas y es en esta frontera en donde *Nada desde las tinieblas: Filosofía para extraviados* encuentra su posibilidad de realización. El título de esta obra está pensado a partir de una afirmación del filósofo Karl Popper que dice que puesto que un intelectual tiene el privilegio de estudiar, adquiere el compromiso de devolver a la sociedad de un modo simple, claro y modesto los frutos de su estudio, y es que cuántas veces no hemos sido testigos de intelectuales que para dar muestra de su "inteligencia" expresan sus ideas de un modo tan enredado y artificial que termina siendo semejante a que si no hubieran dicho palabra alguna.


ISBN 978-607-59618-7-3





